BIANCA™

HARLEQUIN™



LORRAINE HALL

SIN RESISTENCIA AL DESEO

Portadilla

BIANCA™

LORRAINE HALL

SIN RESISTENCIA AL DESEO

HARLEQUIN™

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Lorraine Hall
© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Sin resistencia al deseo, n.º 3209 - enero 2026
Título original: Pregnant, Stolen, Wed
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370172350

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Prólogo

Rebecca Murphy nunca se había sentido tan feliz de volver a su hogar, aunque el camino hasta la casa de sus padres fuese un poco accidentado y, por lo tanto, doloroso para su pobre cadera destrozada.

En fin, había pasado por el quirófano y por meses de rehabilitación para volver a caminar. Regresar a casa era lo más sencillo.

Y la finca Desmond era su hogar. Su familia no era adinerada, propietaria de fincas que pasaban de generación en generación, pero ella entendía bien la historia de esa tierra y de los caballos, y aquel era su sitio.

Le gustaba pensar que, a pesar de su modesta familia, eso era lo que Patrick Desmond había visto en ella.

Rebecca sonrió.

Patrick le había prometido un anillo de compromiso cuando saliera del hospital. Y también que anunciaría oficialmente el compromiso. Aunque Rebecca no sabía cómo se tomaría la noticia su padre. Los Desmond la conocían bien y apreciaban a su familia. Incluso habían ayudado a financiar su candidatura para el equipo de equitación en los Juegos Olímpicos.

Un sueño roto ahora.

Rebecca no quería pensar en el dolor, tanto físico como emocional. Todo saldría bien. Sería la esposa de Patrick Desmond y se entregaría por completo al papel. Sería todo lo que él… todo lo que ambos deseaban.

Le indicó al conductor que la dejase en la casa principal en lugar de en la casita de sus padres, junto a los establos. Patrick podría llevarla luego hasta allí y compartir la feliz noticia. Con suerte, eso

aliviaría la preocupación de sus padres por su recuperación y por la pérdida de todos sus sueños.

Y quizá más que eso. Ella necesitaba algo positivo que la impulsara. Algo que esperar con ilusión. Si no contase con la promesa de Patrick, regresar a casa con su sueño olímpico destrozado podría haber acabado con ella.

Rebecca llamó al timbre y sonrió cuando Maeve abrió la puerta.

–¡Ay, nuestra pequeña Rebecca! –gritó la mujer abrazándola–. De vuelta a casa, donde tienes que estar.

Ella deseaba creerlo desesperadamente. Sí, su sitio estaba allí. En la finca Desmond, al lado de Patrick. Tal vez nunca volvería a montar profesionalmente, tal vez pasarían años antes de que pudiera subirse a un caballo de nuevo, pero tendría una vida nueva y diferente.

–¿Está Patrick aquí? Me gustaría hablar con él.

–Ah, Patrick. –Maeve apartó la mirada–. Supongo que no has ido a ver a tus padres, ¿no?

–No, antes quería…

Tachar aquello de la lista, seguramente. Tener una buena noticia que darles.

Pero, antes de que pudiese interpretar la extraña respuesta de Maeve, Patrick apareció en el vestíbulo.

–Maeve, pensé que ibas a…

Su voz se apagó al verla. Se detuvo en medio del pasillo con su elegante traje de chaqueta, perfecto.

Y sorprendido.

–Rebecca.

No sonrió. No se acercó a ella. Se quedó mirándola como si fuera un fantasma.

Y, de repente, Rebecca sintió que estaba en el sitio equivocado. En el peor momento. Lo cual era ridículo.

–Te envié un mensaje.

–No… –Patrick miró hacia atrás–. No deberías haber venido. Aún no. Necesito… yo…

–¿Pat?

Era una voz de mujer. Una que Rebecca no reconoció.

Apareció un segundo después. Una rubia esbelta con tacones altísimos y un vestido de color pastel que probablemente costaba más que alimentar a los caballos de la finca.

Llevaba un anillo en el dedo anular. Brillante y reluciente, parecía hacerle guiños mientras rodeaba a Patrick con un brazo.

–¿Quién es? –preguntó sonriendo alegremente.

–Cariño –dijo Patrick, tomando su mano. Delante de ella–. Es Rebecca, la hija de nuestro entrenador de caballos.

«La hija de nuestro entrenador de caballos».

Rebecca miró a Maeve, pero la mujer había bajado la cabeza y se miraba los zapatos. Allí pasaba algo raro y, aunque en el fondo Rebecca sabía lo que era, no parecía capaz de asimilarlo.

–Ah, la que casi fue a los Juegos Olímpicos.

La rubia sonrió y Rebecca se sintió aún peor porque no parecía decirlo con mala intención. Tal vez no sabía cuánto le dolía ese «casi», cuántos sueños había destrozado.

Siempre sería una atleta «casi» olímpica. Para siempre.

Rebecca no podía articular palabra. Se quedó completamente inmóvil, mortificada, intentando asimilar lo que estaba pasando.

–Sé que has sido una buena amiga para Patrick, sobre todo tras la muerte de su madre. Tienes que venir a la boda.

«La boda». Rebecca miró a la mujer, a Patrick y de nuevo el anillo que llevaba en el dedo.

No su boda, sino la de ellos.

–Qué amable –logró decir por fin–. Seguro que será preciosa. ¡Enhorabuena!

Sonriendo, la mujer le dio un beso a Patrick.

–Bueno, podéis poneros al día, pero no tardéis mucho. Necesito que hagas de mediador entre mi madre y yo cuando elijamos las flores.

Después de dedicarle una sonrisa a Rebecca se dio la vuelta y desapareció.

Patrick se quedó inmóvil, mirándola con gesto abatido.

–Lo siento. Yo… mi padre… Bridget es la elección correcta.

–Claro que sí. –Rebecca intentó sonreír–. Que seas feliz, Patrick.

Luego se dio la vuelta. Quería correr, pero no podía hacerlo sin lastimarse la cadera. Así que caminó.

Y lloró durante todo el camino a casa.

Capítulo 1

No tienes que ir.

Rebecca se miró en el espejo.

–Pero quiero hacerlo.

Había gastado más dinero del que debería en el vestido, pero no iba a dejar que la etiquetasen como «la criada».

Su familia había sido invitada a la boda porque los Desmond eran leales con sus empleados, aunque no quisieran que Patrick se casara con la hija de uno de ellos.

No iría a la ceremonia, pero sí al banquete. Y decidió divertirse. No les daría la satisfacción de pensar que Patrick le había roto el corazón. Y las pocas esperanzas que le quedaban.

Tenía el orgullo de su padre y la terquedad de su madre. Al menos, eso era lo que decía todo el mundo, de modo que iría al banquete. No lloraría. No huiría. Tenía que ser fuerte.

Patrick se había casado y todos sus sueños habían muerto. Había luchado durante esos meses para encontrar una nueva ilusión. Aún no lo había logrado, pero lo lograría… de alguna manera.

Se dirigió con paso tranquilo hacia la zona del jardín en la que tenía lugar el banquete. La temperatura era agradable y parecía como si Patrick y Bridget hubiesen encargado una preciosa puesta de sol.

Rebecca mantuvo la cabeza alta. Sonrió, saludó, bebió el champán que le ofrecían los camareros y evitó a los novios como a la peste. Buscaría a Hank o a Sullivan, empleados de los establos, para bailar con ellos, solo para que la viesen. Solo para demostrar que estaba bien.

Eso era precisamente lo que estaba haciendo cuando se encontró cara a cara con la última persona a la que quería ver.

–Señor Desmond.

Rebecca intentó sonreír. El padre de Patrick siempre había sido amable con ella. Nunca le había hecho pensar que desaprobaría una relación con su hijo hasta el punto de buscarle una esposa mientras ella estaba en el hospital operándose de la cadera y haciendo rehabilitación.

–Rebecca –dijo el señor Desmond, con su cálida sonrisa de siempre–. Espero que lo estés pasando bien.

–Claro que sí. ¡Menuda boda ha organizado!

–Ah, eso es obra de la novia y su familia.

Luego se aclaró la garganta y miró alrededor. No se disculpó. En cambio, se inclinó para hablarle al oído.

–Os conozco bien a los dos. Es mejor así, Rebecca.

Con delicadeza, con los mejores modales. Cuando los últimos seis meses habían sido una puñalada tras otra.

Y, aun así, Rebecca sonrió como si no pudiera estar más de acuerdo.

–Por supuesto, señor Desmond. Es mejor para todos.

Observó cómo su mirada se posaba en su cadera. Sin duda, pensando que su inversión en ella no había dado frutos.

–Diviértete, Rebecca –dijo antes de alejarse.

Maeve y su madre la miraban con ojos tristes desde el otro lado del jardín, de modo que siguió sonriendo.

No podía escapar, pero podía esconderse. Había muchos sitios en los que esconderse. Allí, en el jardín, o en el bosquecillo, era donde Patrick y ella habían pasado la mayor parte del tiempo. No había visto quién era en realidad. El amor la había cegado.

Siempre fuera de la casa. Él nunca la había querido dentro, donde su posición como hija de un empleado podría dejar una mancha.

Había árboles, setos y bancos que quedarían en sombra cuando el sol se ocultase en el horizonte. Solo tenía que encontrar uno para intentar calmarse. Luego buscaría más champán y a algún guapo desconocido como pareja de baile. Alguien en quien descargar sus penas. Había muchos hombres guapos en la fiesta.

En realidad, no esperaba que un hombre así la encontrase, pero media hora después, sentada en un banco entre los árboles,

escondida entre las sombras, un hombre se detuvo a su lado.

Era todo lo opuesto a Patrick. Alto y corpulento, de pelo y ojos oscuros. Llevaba un caro traje de chaqueta, como los demás invitados, pero tenía una elegancia innata, decidió Rebecca.

Y le gustaba.

–Me temo que tendrás que buscar otro escondite porque este está ocupado –le dijo al desconocido, esbozando una sonrisa irónica.

–¿No podrías compartirlo?

Su voz era oscura, aterciopelada. No del todo suave, pero tampoco áspera. Con un acento que no lograba identificar y que provocó una oleada de calor por todo su cuerpo.

Dios, necesitaba algo de calor. Algo en qué pensar aparte de su maltrecho orgullo.

–Eso depende –dijo Rebecca–. ¿De qué te escondes?

–De una mujer que cree que sería perfecto para su hija –respondió él–. Es una pesadez tener que lidiar con madres depredadoras. ¿Y tú?

Lo preguntaba como si de verdad tuviese interés y Rebecca no quería pensar en Patrick ni en su flamante esposa. No quería pensar en nada más que en esa atracción emocionante hacia un desconocido oscuro y misterioso, de modo que intentó esbozar lo que esperaba fuese una sonrisa enigmática.

–No sé si debería intercambiar secretos con un desconocido.

Él esbozó una media sonrisa que le pareció extrañamente cautivadora.

–Theo –se presentó, ofreciéndole su mano.

Y, en ese mismo instante, Rebecca decidió que no quería ser ella misma esa noche. No quería ser la atleta dedicada ni la ingenua que había creído que algún día sería la señora de la casa.

Quería algo más. Incluso un nombre diferente.

–Becca.

Diferente, al menos.

–¿Lo ves? Ya no somos desconocidos.

Theo tomó su mano y se la llevó a los labios sin dejar de mirarla a los ojos.

Y a Rebecca le gustó. Era un beso casto al que, sin duda, la gente de su posición estaba acostumbrada, pero sus ojos no se apartaban de los de ella mientras rozaba apenas sus nudillos.

Una oleada de excitación la recorrió. Nunca había tenido esa reacción ante un hombre y era como un antídoto para el dolor.

Y quería más.

–Quizá incluso podríamos resolver nuestros problemas –sugirió sin apartar la mano.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo podríamos hacerlo? –preguntó él, visiblemente interesado–. ¿Vas a compartir tu banco conmigo?

–Tal vez. –Rebecca se levantó–. Pero, primero, creo que deberíamos bailar.

Theodorou Nikolaou no había planeado divertirse en la boda de Patrick Desmond. Solo había ido para apaciguar a su padre y quizá también para tomarse un respiro de los problemas.

Ese tipo de eventos eran más del gusto de Atlas Nikolaou. Codearse con la gente, hacer contactos. La actitud alegre y despreocupada de su padre hacía que los inversores se desprendieran fácilmente de su dinero.

Theo solía encargarse de los detalles en el despacho. Su padre lo llamaba *katharistís* porque había pasado la mayor parte de su vida adulta solucionando los desastres que él organizaba.

Pero el infarto del mes anterior había dejado a Atlas en casa últimamente. Por suerte, su cuarta esposa estaba encantada de atender todas sus necesidades. ¿O era la quinta? Era difícil llevar la cuenta, ya que su madre no era ninguna de ellas.

Por desgracia, ahora que tenía que quedarse en casa para recuperarse y para «encontrarse a sí mismo», Theo se había convertido en el centro de atención. Ahora era la imagen de la Banca Titan, el conglomerado financiero de su padre.

A Atlas le gustaba ser la imagen de su empresa. Y le encantaba que las mujeres se le insinuaran, como podían atestiguar sus cuatro o cinco esposas. Theo prefería elegir antes que defenderse de una horda de cazafortunas. Desconfiaba de los halagos, del interés y de

los bonitos paquetes con poco contenido. Prefería tener el control antes que ser el centro de atención. Había pasado la mayor parte de su vida adulta evitando precisamente eso.

Theo miró a la joven con la que estaba bailando. Era muy guapa y podría encontrar la forma de sacarle el máximo provecho a aquella aburrida fiesta.

Becca no daba la impresión de saber quién era y él no era tan diferente a su padre como para no disfrutar de esa recién encontrada joya.

–¿De qué conoces a la feliz pareja? –preguntó.

Tal vez si pudiera descifrar cómo encajaba en ese escenario podría determinar si sabía quién era o no.

No era famoso exactamente. Su padre tenía más renombre, pero debido a su personalidad desbordante, a su dinero y a su afición por los numerosos matrimonios, había mucho interés en su único heredero, aunque fuese un hijo ilegítimo.

Theo prefería a las mujeres que no mostraban interés por su dinero o su apellido.

Su compañera de baile miró hacia la pareja de recién casados.

–¿Crees que son felices? –preguntó pensativa.

A él le parecían como cualquier otra pareja el día de su boda. Sonrientes, emocionados. ¿Era de felicidad o por el momento? No lo sabía y no le importaba.

–Son ricos y jóvenes. ¿Por qué no iban a ser felices?

Ella rio, un sonido bajo y ronco, como un trago de buen *whisky* irlandés. Era una chica interesante. No muy alta, pero ágil, con cuerpo de atleta, aunque no imaginaba en qué deporte encajaría.

Su tez era tan suave como su sonrisa, pero había algo debajo de esa suavidad. Un toque de ironía, de burla. Estaba en su risa, en la forma en que miraba a su alrededor, como si estuviera riéndose de todo aquello.

Le parecía un reto y le gustaba.

Ella lo miró entonces esbozando una sonrisa, sus ojos azules llenos de posibilidades.

Theo no había planeado una cita, pero no era de los que rechazaban una perspectiva tan interesante. Sobre todo, si ella no

sabía quién era y no buscaba fama o dinero.

De modo que la apretó un poco más. Sus cuerpos se rozaban y el intenso calor que se desplegaba en su pecho intensificaba el rubor de sus mejillas. Theo deslizó una mano desde su cadera hasta su espalda, donde el vestido era tentadoramente inexistente.

Deslizó los dedos por su espalda desnuda y sonrió cuando ella se acercó un poco más, provocándolo, invitándolo.

Estaban cada vez más cerca. Incitándose el uno al otro con el roce de sus cuerpos, sus manos, sus miradas maliciosas. Hasta que Theo estuvo duro y dolorido, listo para algo más que una mera provocación.

Sonriendo, inclinó la cabeza para hablarle al oído:

–He alquilado una casa en el pueblo. Podríamos ir allí.

–¿Dónde? –preguntó ella sin mirarlo.

Theo se lo dijo.

Becca asintió, levantando la mirada por fin.

–Nos vemos allí.

Capítulo 2

Si era un error, Rebecca estaba decidida a disfrutarlo. Y se alegró de que no pareciese un revolcón solo por venganza.

No, en realidad estaba emocionada. No pensó en Patrick cuando Theo abrió la puerta de la casa, sino en el roce de esas manos en su espalda mientras bailaban y en el olor de su cara colonia.

Pero había algo más en ese encuentro… naturalidad, autenticidad.

Tal vez fuese una reacción al desmoronamiento de su vida, pero no lo hacía por eso, sino por ella misma.

–¿Puedo invitarte a una copa? –preguntó él con esa voz baja y ronca, tan masculina.

Muy cortés, pero Rebecca decidió que no quería cortesía. No quería paciencia ni control. Quería desprenderse de todo aquello a lo que se había aferrado, segura de que eso le daría la vida que deseaba.

Quería ser audaz, temeraria. Quería ceder a todos sus impulsos en lugar de luchar contra ellos… para conseguir un mejor salto o la ridícula aprobación de Patrick.

–No, gracias –respondió mirando la sala de estar, decorada con buen gusto. Lujosa, pero acogedora. Solo era una casa de alquiler, así que en realidad no importaba–. ¿Por qué no te has alojado en un hotel?

–Me gusta mi privacidad –respondió él, girándose para mirarla.

Y ella estaba harta de la charla intrascendente. Había ido allí por una razón, con un objetivo.

Sin dejar de mirarlo, alargó una mano hacia atrás y empezó a desabrocharse el vestido. Él no se movió mientras se lo quitaba, pero sus ojos se encendieron mientras permanecía allí, de pie, como

un dios de bronce, furioso y vengativo. Pero ella sabía que no era ira lo que se reflejaba en su rostro.

Era deseo.

Rebecca se deshizo del vestido. No llevaba sostén y las bragas dejaban poco a la imaginación.

Ella no era tímida, pero nunca se había permitido ser tan atrevida. Tal vez nunca volvería a serlo, pero esa noche lo era. Estaba decidida y cuando estaba decidida era peligrosa.

Su decisión se vio recompensada cuando él se acercó, murmurando algo en un idioma que no reconoció. Y no tenía fuerzas para descifrarlo cuando puso las manos sobre su cuerpo.

Todo su cuerpo pareció suspirar de alivio. Como si él fuera el antídoto a su sufrimiento. Como si hubiera algo especial en compartir su cuerpo con un desconocido.

Entonces la besó y fue una revelación. Era diferente a todo lo que había experimentado. Un beso carnal, sin vacilación, sin cautela.

Se abalanzó sobre ella. La tomó. La conquistó. Su boca era dura, pero sus labios eran suaves. Exigía, y ella aún tenía suficiente espíritu de atleta como para disfrutar satisfaciendo cada exigencia, para esforzarse al máximo y darlo todo hasta el objetivo final.

Y mientras su boca encontraba nuevas e ingeniosas maneras de excitarla, sus manos hacían lo mismo. Moviéndose sobre ella, moldeándola. Y Rebecca hizo lo mismo. Levantó una mano para desabrocharle la camisa y apartarla de sus anchos hombros.

Un gemido escapó de lo más profundo de su garganta. Podría ser un atleta él mismo. Su cuerpo era duro, musculado, un testimonio de fuerza masculina. Rebecca dejó que sus manos se deleitaran sobre esos músculos mientras él acariciaba sus pechos, provocándola hasta dejarla sin aliento.

Tenía intención de quitarle los pantalones, pero él la tomó en brazos y avanzó con paso decidido por la casa. La llevó a una habitación oscura y la tendió en una cama que olía a jabón de lavar.

Esperaba que se tumbase a su lado, rápido y seguro, que se apresurase, pero no lo hizo. Rebecca se incorporó sobre los codos, algo confundida, pero él encendió una lámpara, llenando la habitación de una luz tenue.

Se quedó allí, al pie de la cama, recorriéndola con la mirada.

–Quítate el resto de la ropa.

No lo formuló como una pregunta. Su tono no admitía discusión. Era un hombre acostumbrado a dar órdenes y a que las obedeciesen. Rebecca estaba acostumbrada a recibir órdenes, tanto en el trabajo como en su antigua vida como amazona, pero también las daba. Creía en la reciprocidad y la igualdad.

Aun así, se quitó las bragas de encaje, quedando completamente desnuda, esperándolo, sin exigirle nada en absoluto.

–Eres un regalo –murmuró él, con tono de admiración.

Esas palabras aterrizaron en su pecho, donde no debían. Las palabras de un desconocido no podían, no debían importar.

Theo se colocó sobre ella, acariciándola con las manos y la boca, explorando cada centímetro de su cuerpo y llevando su deseo a un punto álgido hasta que Rebecca se encontró suplicando.

Él rio sobre su cuello y entonces, por fin, la tocó donde ella necesitaba que la tocase.

–Ah, sí –murmuró–. Te gusta suplicar, ¿verdad?

La acariciaba mientras hablaba, y Rebecca se apretaba contra él, desesperada. Tanto que no estaba segura de que le importase lo que él dijera o lo que ella misma hiciese.

«Sí, por favor. Más».

El orgasmo la atravesó como si cayera a un abismo. Interminable. Impenetrable. Solo el abrumador flujo y reflujo de un placer tan nuevo, tan extraordinario que no estaba segura de si alguna vez volvería a respirar del todo.

–*Theos mou* –musitó él–. *Omorfiá mou*. Qué tesoro he encontrado en Irlanda.

Cuando se apartó, Rebecca intentó retenerlo, pero él abrió un cajón y sacó un preservativo que se puso con destreza antes de separar sus piernas y colocarse entre ellas.

Rebecca tuvo un momento de pánico, pero entonces Theo se enterró profundamente dentro de ella y… nunca sería suficiente. Nunca.

Como solo tenía experiencia con un hombre, no tenía mucho con lo que comparar, pero el sexo con Patrick había sido bueno.

O eso creía. Resultó que solo lo creía por inexperiencia.

Porque aquello no era un momento de placer y un leve escalofrío. Aquello lo abarcaba todo. De eso hablaban esas novelas que a su madre le encantaba leer.

Fuego, locura, desesperación. No necesitaba saber nada de aquel hombre para disfrutar de cómo parecía dominar su cuerpo, de cómo convertía las chispas en fuego, el placer en éxtasis. La forma en que encajaba en su interior como si estuvieran hechos para unirse. Sus manos eran ásperas, su mirada feroz y un poco salvaje, pero cada embestida era controlada, con un propósito.

Y cuando llegó el clímax fue como cuando estaba saltando un obstáculo sobre el caballo, cuando nada tocaba el suelo, cuando estaba prácticamente volando. Era esa libertad, esa emoción adictiva de no saber qué podría pasar después.

Y no le importaba. El placer explotaba, la envolvía. Y sus ojos oscuros estaban clavados en los de ella, dos carbones encendidos de perfecta libertad.

De repente, Theo la colocó sobre él, todavía asentado profundamente dentro de ella, pero en un nuevo ángulo igualmente perfecto.

Rebecca dejó escapar un suspiro, mitad placer, mitad diversión, todo asombro.

¿Quién era aquel hombre? ¿Quién era ella?

Él pasó una mano sobre las cicatrices de su cadera. Ya no sentía dolor, pero el reverente roce provocó un extraño cosquilleo. No era dolor ni placer, sino una extraña sensación de… entrega.

Theo siguió moviéndose con ese ritmo inexorable, despiadado, al borde de la libertad. Al borde de todo lo que ambos deseaban. Pero él llevaba el control. Rebecca quería correr hacia adelante, y él no la dejaba.

Él rio cuando dejó escapar un gemido de frustración.

–Tan impaciente…

Luego murmuró unas palabras en ese idioma desconocido que sonaban exóticas y románticas.

Y como estaba impaciente, a pesar de todas las cimas que ya había escalado, Rebecca buscó algo que rompiera su ritmo. Su

control.

Clavó las uñas en su hombro y él empujó más profundamente dentro de ella. Luego clavó los dientes y el gruñido masculino fue tan primitivo que provocó un escalofrío por todo su cuerpo.

Las ásperas manos se convirtieron en pinzas sobre sus caderas, sus embestidas salvajes, gloriosas, perfectas. Rebecca gritó, estremeciéndose de gozo.

Y entonces, de repente, estaba debajo de él.

Ya no había risas, sino ferocidad. Solo existía la carrera hacia el objetivo y ella disfrutaba de ese ritmo frenético hasta la explosión final… justo al mismo tiempo que él.

Theo se desplomó sobre ella y Rebecca, aplastada entre el colchón y el duro cuerpo masculino, no se sentía del todo real. Tras unos instantes, él se apartó, ambos convertidos en poco más que masas palpitantes.

Podría haberse ido entonces, una vez que recuperase el aliento. Podría escabullirse de la cama, tomar su vestido y sus tacones y desaparecer.

Pero cuando intentó ser la mujer sofisticada que no era, acostumbrada a encuentros de una noche, él se incorporó sobre un codo para mirarla, con unos ojos oscuros, feroces y emocionantes.

–No, *omorfiá mou*, aún no he terminado contigo.

Y eso sonaba maravilloso.

Ella se había ido por la mañana.

Theo tenía la extraña sensación de no saber qué hacer con eso, cuando él sabía qué hacer con todo.

Siempre.

Por suerte, no tenía que preocuparse por eso. Se iría aquel mismo día. De vuelta a Atenas, al trabajo y a lidiar con la nueva actitud de su padre.

Era mejor no tener que soportar una conversación incómoda. No le interesaban las bonitas sirenas irlandesas más allá de un fugaz encuentro.

Una vez cubiertas sus necesidades, volvería a Atenas para atender sus negocios y olvidarse por completo de la encantadora irlandesa de pelo alborotado y ojos tristes.

Sí, se olvidaría por completo de Becca.

Estaba seguro.

Capítulo 3

Cuatro meses después

Rebecca no se olvidó de Theo. Lo intentó, pero su recuperación le impedía montar a caballo y el feliz matrimonio de Patrick se cernía sobre la finca como un fantasma. Bridget Desmond era ahora la señora de la casa y estaba haciendo cambios.

Rebecca no podía quitársela de encima, ya fuera en las cuadras junto a su padre o charlando con una amiga en el pueblo. Todos querían hablar de la simpática y elegante Bridget.

Y eso era lo peor. Era simpática, amable y elegante. Encajaba en la finca Desmond como si hubiera nacido para ser su dueña.

Rebecca se sentía enferma. A veces, estaba casi segura de haber contraído algún tipo de virus, pero luego se sentía mejor durante unos días y tenía la certeza de que podría seguir adelante con su vida… solo para despertar de nuevo con náuseas unos días más tarde.

De modo que no dejó de pensar en su noche memorable con Theo, porque había sido memorable. Tanto que parecía un sueño, algo que no era real.

Pero si esa noche había sido posible, tenía que haber más posibilidades para ella ahí fuera. No tenía que seguir obsesionada con el estirado y desleal Patrick Desmond.

Desearía tener la presencia de ánimo de ligar con alguien del pueblo. Alguien que pudiera distraerla o, al menos, hacer que pareciese como si hubiera pasado página.

Pero ¿qué hombre podría hacerla sentir como Theo? Eso era muy revelador.

Podría indagar en la lista de invitados y averiguar quién era.

¿Y luego qué?, se preguntó. ¿Lo llamaría sin más? Claramente, no vivía en Irlanda.

Frustrada, Rebecca se sentó en el suelo del baño, sin saber si debía intentar levantarse o no. Las náuseas le hacían la vida imposible.

Tendría que ir al médico, como su madre decía. Por supuesto, esperaba que le recomendase un psiquiatra por ser patética e incapaz de superar su desamor, pero no era solo que estuviera desilusionada por Patrick o por no haber podido acudir a los Juegos Olímpicos. Era más bien como estar… atrapada. Hundida en un atolladero del que no podía salir. No podía porque no tenía un objetivo.

Y necesitaba uno. Necesitaba…

–Rebecca…

Su madre estaba en la puerta del baño, pero ella la despidió con un gesto.

–Estoy bien, mamá. Debo haber pillado una gripe o algo así. Iré al médico, pero seguro que no es nada.

La expresión de su madre se volvió sombría mientras daba un paso al frente.

–No creo que sea una gripe, cariño.

Y entonces hizo algo que en ese momento le pareció una locura.

Le ofreció una prueba de embarazo.

–Señor Nikolaou.

Theo no levantó la vista de la hoja de cálculo. Su ayudante, Dmitra, con suerte captaría la indirecta de que no era el momento, a menos que fuese algo muy urgente.

Pero no captó la indirecta.

–¿Recuerda esos mensajes extraños que hemos estado recibiendo?

Theo siguió concentrado en la montaña de trabajo y de problemas. La codicia de Atlas y su astucia para los negocios se habían transformado en una loca necesidad de ser caritativo, como

si así pudiese comprar su entrada en el cielo ahora que sabía que tenía un corazón defectuoso.

Theo se frotó las sienes. Prefería cuando su padre era un pícaro descuidado. No porque disfrutase de su imprudencia, sino porque entonces tenía el control total de Titan. Las ganancias aumentaban y Atlas le dejaba encargarse de todo mientras él se dedicaba a pasarlo bien. Ahora, en cambio, su padre estaba convocando reuniones y provocando un millón de problemas que él tenía que solucionar.

–No recuerdo ningún mensaje –dijo Theo irritado.

–Los mensajes personales –explicó Dmitra, visiblemente incómoda, algo que no era habitual en ella.

Theo frunció el ceño. No había tenido tiempo para asuntos personales en cuatro meses porque el recuerdo del último encuentro seguía grabado en su mente. Aunque tampoco tenía tiempo para eso.

Pero ahora que Dmitra mencionaba esos mensajes recordó…

–Ah, sí. Esa persona que quería ponerse en contacto conmigo. ¿Qué ocurre?

–Al parecer, ella ha decidido ponerse en contacto… en persona.

–¿Ella?

Una mujer entró en su despacho entonces. Una mujer de piel clara, pelo castaño rojizo y brillantes ojos azules. Una mujer a la que reconoció al instante. Theo se quedó mudo por un momento, completamente paralizado.

–Becca.

Ella estaba allí, en su despacho, la sirena irlandesa a la que no había podido olvidar. Tanto que, aunque lo había achacado a la avalancha de trabajo, no había estado con otra mujer desde entonces.

Ella dio un paso adelante.

–Cuando me dijiste que te llamabas Theo, no se me ocurrió que era la abreviatura de Theodorou Nikolaou, heredero de la fortuna Nikolaou.

Theo quiso creerlo, pero tenía sus dudas.

–Y, sin embargo, aquí estás.

–Sí, en Grecia. –Ella rio, pero su risa sonaba extrañamente amarga–. ¿Quién iba a decir que acabaría viniendo aquí?

Theo no sabía qué pensar de ella o de ese deseo de extender la mano y tocarla, pero, fuera lo que fuese, no quería hacerlo delante de su ayudante.

–Yo me encargo de la señorita…. –Theo se dio cuenta de que no sabía su apellido–. Yo me encargo de esto.

–Por supuesto.

Dmitra se retiró a toda prisa y Theo observó a la mujer a la que no había podido olvidar. Llevaba un jersey enorme, más adecuado para el clima de Irlanda que para el de Grecia, y el pelo recogido en un moño.

Theo recordaba perfectamente cómo sus manos se habían enredado en ese pelo tan bonito. El recuerdo lo había perseguido, debía admitirlo teniéndola delante, con ese calor infernal recorriendo su sangre como un buen licor. Pero su repentina aparición después de tantos meses no podía ser un buen augurio para ninguno de los dos.

La potente atracción por una mujer con la que había pasado una sola noche meses atrás lo frustraba, así que hizo lo que mejor sabía hacer. Se centró en el problema en cuestión y dejó de lado sus propios deseos y necesidades.

–¿Qué haces aquí?

Entonces ella hizo algo incomprensible: se llevó una mano al vientre y acarició un bulto que antes no había estado allí.

–¿Recuerdas haber usado preservativo la noche que estuvimos juntos? Porque me temo que pudo haber un pequeño contratiempo en algún momento…

No fue la vergüenza lo que hizo que se levantase para cerrar la puerta del despacho de golpe, sino lo bien que recordaba esa noche. Y, si lo pensaba un poco, incluso el contratiempo al que ella se refería.

La había poseído una y otra vez, enloquecido. No le importaba nada más que sentirla y, por un momento, se olvidó de todo.

Lo cual era inaceptable, obviamente, y se sumaba a su frustración. ¿Por qué estaba allí? No podía estar diciendo…

–No estoy seguro de que este sea el sitio adecuado para mantener esta conversación.

–Quizá no lo estoy haciendo bien.

Rebecca se llevó una mano a la frente. Parecía cansada y estaba un poco pálida.

Y tan guapa como siempre.

Pero esos ojos, directos y potentes, se encontraron con los suyos mientras pronunciaba unas palabras que tardó unos segundos en entender.

–Estoy embarazada. El hijo es tuyo, ya que no he estado con nadie más. Como no pude conseguir el número de tu móvil, y decírtelo a través del correo electrónico de tu empresa me parecía mal, he venido a decírtelo en persona.

A Theo le daba vueltas la cabeza.

–¿Y esperas que te crea?

La expresión de Rebecca se endureció.

–No espero que lo hagas, pero tampoco lo necesito. Solo he venido a decírtelo porque creo que debes saberlo.

–Afirmas que soy el padre del hijo que esperas.

Theo no permitió que las palabras formasen una imagen, que penetrasen de verdad. En parte porque estaba total y absolutamente trastornado.

Ella puso los ojos en blanco.

–Eso he dicho y ahora lo sabes. Yo he cumplido con mi deber, así que… adiós.

Theo se colocó frente a la puerta, más por instinto que por otra cosa. No podía soltar esa acusación y luego despedirse como si no importara.

–Esto es una locura.

–Llamarlo locura me parece un poco excesivo. ¿Una sorpresa inesperada? Sí, desde luego, pero no he venido aquí a discutir. –Rebecca se encogió de hombros–. Pensé que debías saberlo, pero no necesito tu ayuda y tampoco necesito que te involucres.

Theo intentó entender lo que decía. Había ido desde Irlanda para decirle que él era el padre de su hijo, pero no iba a exigirle nada.

Tenía que ser una trampa. ¿Por qué si no habría ido hasta allí? Sabía que tenía dinero y quería una parte. Como todas las mujeres de las que se enamoraba su padre, que solo buscaban joyas y regalos. Pero, aunque debía ser una artimaña, no estaba del todo convencido.

Theo respiró hondo, intentando calmarse.

–¿Y si yo quisiera involucrarme? –preguntó.

Ella frunció el ceño ligeramente.

–Entonces, supongo que tendremos que averiguar cómo podría funcionar eso. Yo no voy a irme de Irlanda… –Rebecca miró alrededor–. Aunque probablemente tú puedes viajar cuando quieras.

Sí, claro que sí. Pero eso no tenía nada que ver con un hijo.

Un hijo. Potencialmente, su hijo. Pero no quería pensar en eso. Primero, había detalles que debía resolver y, como todo en su vida, necesitaba manejarlos con calma. Solo entonces podría lidiar con sus sentimientos.

–Soy un hombre rico, Becca. Aunque decidiera creerte, considerando que no sé nada de ti salvo que eres irlandesa, necesitaré pruebas para seguir adelante. Para…

Solucionar aquel desastre.

Nunca se había planteado ser padre. Para eso, habría tenido que considerar primero la idea de casarse. Y aunque su padre hacía que el matrimonio pareciese algo fácil y desechable, Theo no lo veía así. Él no era tan despreocupado.

Se exigía demasiado a sí mismo y tenía el listón muy alto para su futura esposa. Y, por el momento, no había conocido a nadie que se acercase a lo que él deseaba.

Miró fijamente a la mujer que decía estar esperando un hijo suyo. No la conocía, de modo que no había forma de determinar si podría estar a la altura.

–Entiendo que quieras pruebas, pero me da igual –dijo ella entonces, sacudiendo la cabeza. No parecía alterada. Solo cansada, pero segura de sí misma–. No voy a hacerme ninguna prueba, no tengo por qué. He dicho lo que tenía que decir y ahora me voy.

–Pero has venido hasta aquí.

–Porque no podía ponerme en contacto contigo. Esta era la única forma de seguir adelante y ya está hecho. He visto Atenas, te he dicho lo que tenía que decirte y ahora puedo irme a casa con la conciencia tranquila.

–¿Y el hijo que esperas?

Rebecca se llevó una mano al vientre en un gesto protector.

–Será mi hijo.

Tontamente, Theo se preguntó si su madre habría hecho eso alguna vez, llevarse una mano al vientre y llamarlo «mi hijo».

No, estaba claro que no. Lo había parido y se había desembarazado de él como si fuera un cachorro indeseado. El silencio de su madre a lo largo de los años, mientras disfrutaba de su vida como miembro de la realeza, lo había dejado claro.

Pero no tenía por qué quedarse en el pasado cuando su presente, quizá su futuro, estaba frente a él. Becca, con las manos acunando al bebé que esperaba.

Un hijo ilegítimo. Abandonado por su padre.

No, el ciclo no se repetiría.

–Quiero saber si el bebé que esperas es mío y, si lo es, será mi hijo.

–¿Qué significa eso? –preguntó ella.

–Significa que vamos a hacer una prueba de ADN.

Porque él estaba acostumbrado a solucionar cualquier desastre.

Y ese sería el primer paso.

Capítulo 4

Rebecca no tenía ni idea de cómo terminaría aquello. Había considerado un millón de situaciones diferentes una vez que decidió ir a Grecia. Incluso había pensado que un hombre como Theodorou Nikolaou podría proponerle matrimonio. Los ricos eran muy susceptibles con los herederos y cosas así. Y también estaba preparada para amenazas y exigencias de pruebas de paternidad.

Podía rechazar una descabellada proposición de matrimonio y no necesitaba pruebas cuando ella sabía la verdad. Podía criar a un hijo sola. En resumen, prefería eso a tener que lidiar con un desconocido.

Criar sola a su hijo no era una perspectiva terrible, ya que ella había tenido una infancia maravillosa. Sus padres la ayudarían. Le gustaba su vida, más o menos, y esperar un hijo le había dado… bueno, algo de miedo, pero le gustaba la idea de tener alguien a quien proteger, guiar, querer.

Y sin un hombre de por medio, no tendría que preocuparse de llegar un día a casa y encontrarlo comprometido con otra persona. Su hijo la necesitaría y no podía permitirse el lujo de dejar que nadie le rompiese el corazón.

Estaba la cuestión del dinero, y el problema que ese viaje había supuesto para sus ahorros, pero tenía un trabajo estable, una familia estable. Podrían sobrevivir.

La idea de que Patrick y Bridget la juzgasen por estar embarazada la hizo reflexionar. No podía mentirse a sí misma. No le gustaba pensar que podría tener problemas económicos o poner a sus padres en esa situación.

En cualquier caso, saldría adelante. Sola. Incluso si Theo no reaccionaba como ella quería.

Pero temía no saber cómo manejarlo. Era preocupante que la reacción de su cuerpo ante aquel hombre no se viese afectada por el tiempo, las circunstancias o el embarazo.

Aun así, no quería hacerse ninguna prueba, aunque comprendiera por qué él la querría o incluso la necesitaría. Quería irse a casa, con el deber cumplido. Quería pensar que su hijo no tenía padre. Solo estaban ella y su bebé. A salvo.

En lugar de eso, Theo la llevó en un coche a lo que supuso debía ser un consultorio médico. Al parecer, los ricos siempre tenían un médico a mano para ese tipo de situaciones. Sin duda, aquel no era el primer susto de Theo.

Claro que esperaba que fuese el primer susto que terminaba en un hijo. No le gustaría ser una de tantas, o que lo fuese su hijo.

–¿Cuántas pruebas de paternidad les has impuesto a las mujeres, Theo? ¿O debería llamarte Theodorou?

–Parece que tú serás la primera, Becca.

Becca era la persona que había creado durante esa noche de pasión. Pero Rebecca tenía que lidiar con las consecuencias de la temeraria Becca.

–Rebecca.

–*Syngnó-mi-?*

Lo preguntó en griego. Él era griego, por supuesto. Y multimillonario. Sus vidas no se parecían en nada. Él era incluso más rico que los Desmond.

Y ella era…

–Me llamo Rebecca Murphy.

Daba igual. Becca no era tan diferente, pero en ese momento sentía la necesidad de anclarse en la realidad. Era Rebecca Aoife Murphy. Antigua amazona, actual moza de cuadra.

Esperando un hijo con un griego multimillonario.

–Dijiste que te llamabas Becca –dijo Theo, como si fuera una acusación.

–Sí, es cierto –asintió ella–. Porque quería ser otra persona esa noche. Pero una persona no puede convertirse en otra de repente, ¿verdad?

Él miró por la ventanilla sin decir nada. Su expresión era afilada, dura, indescifrable. Le parecía imposible haber pasado una noche con ese desconocido y sin embargo…

Entendía por qué. Era tremendamente atractivo, poderoso. Había algo en él que la hacía sentir… más viva que nunca.

Rebecca suspiró.

–No importará lo que diga esa prueba.

No permitiría que él trastocase su vida. ¿Su hijo? Sí. ¿Él? De ninguna manera.

–Sabré si es mío –dijo Theo con tono sombrío, feroz.

De una forma que ella casi admiraba. Porque se sentía fervientemente protectora del niño que crecía en su interior y tal vez era bueno que él sintiera lo mismo.

Y supuso de dónde provenía esa ferocidad porque había intentado averiguar todo lo posible sobre Theo.

Su padre era un conocido banquero de inversiones, bullicioso y amigo de la prensa sensacionalista, pero nunca se hablaba de su madre. El rumor no era tanto que estuviera muerta, sino que nunca había formado parte de su vida. Theo era hijo ilegítimo, pero había crecido como el protegido de su padre, con un número constante de madrastras o en internados. Sin madre a la vista. De modo que tenía sentido, supuso, que un hijo fuese importante para él.

Desearía que fuera un imbécil despreocupado que no quisiera saber nada del asunto, pero, si dejaba a un lado sus sentimientos y era práctica, no estaba nada mal que un multimillonario quisiera involucrarse en la vida de su hijo. Le ofrecería una vida sin problemas económicos… ¿y no sería eso algo extraordinario?

Además, Theo era… arrebatador. Algo despertaba en ella cuando la miraba y el único lugar en el que había sentido eso era a lomos de un caballo.

El coche se detuvo, pero no en el sitio que ella esperaba. No era una consulta médica, sino una casa de aspecto moderno y líneas definidas, de un blanco brillante, medio escondida entre los árboles para dar la ilusión de cierta privacidad en medio de la bulliciosa ciudad.

Pero Rebecca estaba nerviosa. Tenía el terrible presentimiento de que nada volvería a ser igual después de que bajase del coche.

Claro que su vida ya había dado un vuelco. Todo había cambiado, de modo que dejó que la ayudara a salir del coche.

Por un momento, ambos se quedaron allí, en la acera, la mano de él en la suya, rodeados por el cálido aire griego como una burbuja. Se miraron el uno al otro y Rebecca tuvo que admitir que seguía habiendo una intensa atracción entre ellos.

Como si esa noche no hubiera sido algo aislado, fruto de su decepción con Patrick. Como si hubiera sido algo más. Algo tan especial y tan único como le había parecido en ese momento.

Theo soltó su mano y ella lo siguió al interior de la casa sin decir nada. No quería seguir pensando en esa sensación.

–El médico llegará enseguida para hacer la prueba –dijo él, haciéndole un gesto para que entrase–. Puedes descansar en una de las habitaciones hasta que llegue. Una vez hecha la prueba, esperaremos aquí los resultados.

–Supongo que tienes un médico a tu disposición a cualquier hora.

–En efecto –asintió él.

La llevó a una habitación blanca e impersonal, pero la cama parecía blanda y no le importaría echarse una siesta. Su mirada pasó de la cama a él, y sus pensamientos pasaron de la siesta a los recuerdos de esa noche.

Había disfrutado repasando mentalmente esa noche muchas veces, sabiendo lo que podría ser sin Patrick y sin todos los planes que había hecho para sí misma. Lo había visto como una especie de celebración de su independencia. Luego se hizo la prueba que le había dado su madre y no volvió a pensar en esa noche. Se concentró en la realidad del presente.

Pero de vuelta en la órbita de Theo era demasiado fácil recordar lo que le habían hecho sus manos y su boca, las reacciones que habían provocado. Seguía excitándola y quizá se sentía un poco avergonzada, pero el brillo de sus ojos le decía que él estaba pensando lo mismo.

Hasta que se aclaró la garganta y apartó la mirada.

–El médico vendrá enseguida.

Después de decir eso, Theo giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Y Rebecca se dejó caer en la cama, preguntándose en qué lío se había metido.

Theo esperó con lo que él consideraba una calma impresionante. Aquello podría ir en cualquier dirección. No le sorprendería que Rebecca fuera una mentirosa. Él había sido siempre demasiado cauto como para permitir que alguien tramara algo así, pero su padre había tenido que pasar por innumerables pruebas de paternidad, mentiras, conspiraciones. Había caído en algunas, otras las había cortado en seco.

Su padre vivía para el drama, Theo era todo lo contrario. Si Rebecca había descubierto quién era y creía que le debía cierta compensación económica por esa noche, él no se dejaría sorprender y no se vería arrastrado a ningún drama.

Ella no le había pedido nada y su gesto de resignación cuando el médico entró en la habitación no encajaba con esa posibilidad, pero aún no podía descartarla.

Claro que tampoco le sorprendería que fuese lo que parecía. Que él fuera, de hecho, el padre de ese hijo, si había un hijo. Habían pasado una noche juntos y tal vez había sido… descuidado.

Lo único que había evitado durante toda su vida adulta. Lo único que lo asustaba.

Pero en lugar de castigarse por ese posible paso en falso aprovechó la espera para averiguar algo sobre Rebecca.

Se dirigió a su despacho, en el que no pasaba mucho tiempo. Prefería su casa en la isla, a unas dos horas de Atenas. Privada, aislada. Para él solo.

Si Rebecca Murphy decía la verdad, no se quedarían allí. Necesitarían más privacidad, más… distancia para encontrar una solución. Pero antes necesitaba conocerla.

La primera sorpresa fue que era empleada de la finca Desmond, no una auténtica invitada a la boda. La segunda, que había sido una reconocida amazona. Había ganado todo tipo de campeonatos en

Irlanda y en otros países. Incluso había sido candidata olímpica antes de sufrir una terrible caída con su caballo.

No se sabía mucho sobre lo que había sucedido después, pero se rumoreaba que había tenido una larga recuperación médica. Eso explicaba las cicatrices que había visto en su cadera esa noche… un recuerdo desafortunado porque llevaba a su memoria otros recuerdos.

El olor de su pelo, como a una lluvia de primavera y a algo más que no había podido identificar. Algo único de ella, o tal vez de Irlanda.

El cálido roce de su piel, la cicatriz que iba de la cadera a la pierna y que añadía una interesante imperfección a un cuerpo que por lo demás era perfecto.

Theo frunció el ceño. Nadie era perfecto, ni siquiera él. Sin duda, esa noche se había quedado grabada en su cabeza como una obsesión porque había sido… inusual. Porque ella no había sido una pareja romántica cuidadosamente seleccionada. Había sido un momento de debilidad y no esperaba que tuviera consecuencias.

En ese momento llamaron a la puerta y Theo levantó la mirada. El doctor Gataki había pasado la mayor parte de su carrera al servicio de su padre y, aunque no le gustaba haber tenido que recurrir a él, sabía que era de confianza. Nadie sabría nada de Becca ni de su hijo hasta que él diese el visto bueno.

–La prueba de paternidad es positiva, señor Nikolaou. El bebé está sano, de unas diecinueve semanas. La madre también está perfectamente sana.

«La prueba de paternidad es positiva».

Aunque Theo casi esperaba ese resultado, lo afectó profundamente. Pero, intentando disimular, le dio las gracias al médico y lo acompañó a la puerta.

Luego se detuvo unos instantes para decidir cómo seguir adelante. No parecía capaz de llevar oxígeno a sus pulmones, pero tenía que reaccionar.

Cruzó la casa a grandes zancadas hasta la habitación donde había dejado a Becca-Rebecca. Había que tomar una decisión. Había que

cambiar las cosas. No podía permitir que volviese a Irlanda cuando llevaba a su hijo en el vientre.

Su hijo.

Era una realidad demasiado compleja, de modo que tuvo que centrarse en los aspectos prácticos. Ella tendría que quedarse en Grecia. Su hijo nacería allí, donde su dinero e influencia le darían lo mejor de todo.

No era tan arrogante como para pensar que Rebecca accedería fácilmente, pero estaba seguro de que entendería que era lo mejor.

Theo abrió la puerta de la habitación sin molestarse en llamar.

Rebecca estaba tumbada en la cama, pero se incorporó, mirándolo con fríos ojos azules.

–Enhorabuena. Vas a ser padre.

No había sentimiento en esas palabras y, aun así, cayeron como dolorosos golpes.

Iba a ser padre. Iba a tener un hijo. Eso le recordó cómo le había fallado su propio padre. Cómo lo había abandonado su madre.

Pero él no le fallaría ni abandonaría a su hijo.

–Pero no necesitas serlo –dijo Becca entonces, con un tono casi de súplica–. Puedo volver a Irlanda, a mi vida, y tú no tienes que preocuparte por esto.

Hablaba en serio, le ofrecía la salida más fácil. Era insultante por muchas razones, pero Theo no se permitió parecer ofendido o enfadado.

–No te vas a casa, Becca –replicó con un tono tranquilo y firme que no admitía discusión.

Ella frunció el ceño mientras se levantaba de la cama.

–Sí, me voy. Volveré a Irlanda esta noche. Si hay algo que quieras hablar, podemos concertar una… una… reunión en otro momento.

–No, nada de eso. Te quedarás aquí –insistió Theo. Pero tenía que ser más que eso. Si iba a ser padre, su hijo lo tendría todo–. Y nos casaremos.

Ella dejó escapar una exclamación de horror.

–No vamos a casarnos. ¿Qué demonios te pasa?

–Esto no puede funcionar si tú te vas a Irlanda y yo me quedo en Grecia. Yo tengo trabajo y responsabilidades aquí, así que nos

quedaremos en Grecia.

–Yo también tengo un trabajo.

–Vamos, Rebecca, limpiar establos es, como mucho, una afición. Tú vives con tus padres, yo dirijo una empresa multimillonaria. Y, al contrario que tú, tengo propiedades por todo el mundo.

–¡Qué vanidoso!

Theo se sorprendió tanto por el insulto que, por un momento, se quedó sin palabras. Pero las encontró, como siempre.

–Te quedarás y nos casaremos. Es la única solución.

Ella negó con la cabeza, no solo enfadada sino furiosa.

–Estás delirando.

Intentó salir de la habitación, pero él se colocó frente a la puerta.

–Soy un hombre poderoso.

–¿Qué? ¿Vas a retenerme aquí aunque yo no quiera? –le espetó ella, apretando los puños–. ¿Vas a hacer que me case contigo contra mi voluntad?

Rebecca estaba muy alterada, de modo que él mantuvo la calma mientras la miraba a los ojos.

–Si te niegas a hacer lo que es mejor para nuestro hijo, tendré que hacerlo.

Capítulo 5

Rebecca sabía cómo pelear y evaluaba sus opciones mientras intentaba contener la rabia, la frustración y algo más suave que no quería identificar.

Podría darle un puñetazo, pero la distancia le restaría fuerza. Podría darle un codazo en el pecho, pero sabía por experiencia propia los músculos que había bajo el traje hecho a medida.

Un rodillazo en la ingle era la única opción, pero para eso tendría que acercarse un poco más.

Por primera vez desde su llegada, Theo esbozó una sonrisa.

–Podrías intentarlo –dijo, como si hubiera leído sus pensamientos.

–No puedes retenerme contra mi voluntad. Eso es un secuestro.

–*Óchi* –respondió él, negando con la cabeza–. No te he llevado a ningún sitio contra tu voluntad. Es solo que estás nerviosa, pero debemos pensar en el bebé. Supongo que tendrás hambre…

–No, estoy entrando en pánico porque un hombre al que apenas conozco me retiene como rehén.

–¿Rehén? –Theo rio–. No seas tan dramática, *omorfiá mou*. Simplemente estamos en un punto muerto hasta que tomemos una decisión.

–Hablas como un psicópata.

Esa acusación tampoco pareció inmutarlo.

–Tranquilízate. Debes estar agotada y hambrienta. Haré que te preparen algo de comer.

Rebecca tenía ganas de llorar, pero no podía ceder. No iba a dejar que aquel hombre la retuviese.

–Me voy a casa.

–No te vas –dijo él con tono implacable–. Tenemos muchas cosas que discutir y que resolver. No puedes venir desde tan lejos, darme

esa noticia y pensar que volverás a Irlanda sin lidiar con las consecuencias.

¡Ay, qué harta estaba de lidiar con las consecuencias! Y de que todos los demás tomaran decisiones por ella. Ya fuera el universo, un caballo, Patrick o la perfecta Bridget. ¿Nada podía ser una decisión suya?

Rebecca cerró los ojos ante la oleada de impotencia y agotamiento, intentando contener las lágrimas.

–En los próximos días llegaremos a un acuerdo –dijo Theo.

Con total seguridad. Como si supiera exactamente lo que había que hacer. Como si pudiese lidiar con las consecuencias y todo saldría bien.

«Terreno peligroso, Rebecca».

Pero, en cierto modo, era tranquilizador pensar que él tendría un plan. Sus padres no paraban de preguntarle qué quería hacer. La apoyaban, pero esperaban que tuviese respuestas que, simplemente, no tenía.

Hasta ahora, su plan había sido seguir adelante, decírselo a Theo, querer a su hijo. Fin.

–Un plan con el que ambos estemos de acuerdo. Creo que me lo debes…

Eso la irritó.

–¿Yo te debo algo? No me quedé embarazada por mí misma.

–No, claro que no, así que no deberías tomar todas las decisiones por ti misma. Parece que has decidido tener ese hijo y yo estoy de acuerdo, pero también es mi hijo. Lo mejor es que descanses hasta la hora de la cena. Luego nos sentaremos y empezaremos a hablar.

Le puso la mano en el codo, como para llevarla de vuelta a la cama, y Rebecca sintió un escalofrío. Sin querer, se dejó llevar por un recuerdo carnal.

Theo acariciando sus pechos, sus dedos dentro de ella…

Intentó respirar con normalidad para ocultar su reacción y pensó que lo había conseguido… hasta que lo miró a los ojos.

Cuando sus miradas se encontraron, supo que él veía lo mismo que ella. Incluso que lo sentía. Theo apretó su brazo con más

fuerza, sus ojos brillantes con una promesa gloriosa y peligrosa al mismo tiempo.

No podía desear aquello otra vez. Ni siquiera lo conocía. Una noche para olvidar sus penas era una cosa, pero aquello era completamente distinto. Theo le hacía exigencias, le daba órdenes y…

«Es el padre de tu hijo».

Esas sensaciones, esos pensamientos turbulentos seguían atacándola y no podía concentrarse lo suficiente como para encontrar una palabra, una negativa.

Si la besaba, le devolvería el beso. Si la tocaba, le rogaría más. No tenía que gustarle para saber que era cierto. Había algo en aquel hombre que hacía que se derritiese.

Rebecca apartó el brazo suavemente y se llevó la mano al vientre, un gesto al que ya se había acostumbrado. Porque su hijo le daba fuerzas y no le permitiría entregarse a él, por mucho que quisiera hacerlo.

–Muy bien –dijo por fin, intentando sonar firme, aunque no creía haberlo conseguido–. Descansaré y comeré algo. Luego hablaremos. Pero volveré a Irlanda en cuanto lleguemos a un acuerdo. No me quedaré aquí y no me casaré contigo.

Theo no dijo nada y cuando intentó volver a tomarla del brazo Rebecca se metió en la cama para no dejarse tocar de nuevo.

Por supuesto, la cama era suave y cómoda, y no se molestó en mirarlo. Sencillamente, cerró los ojos y se quedó dormida antes de que él saliera de la habitación.

Theo fue a la cocina a pedir que preparasen una bandeja para su invitada que le llevaría él mismo. Aunque la idea de estar con ella en un dormitorio le pareciese una amenaza de tormenta. No había querido tocarla, solo llevarla a la cama.

Pero entonces sus ojos se encontraron con los suyos y Theo vio muchas cosas en ellos. En sus ojos azules parecían reflejarse imágenes y recuerdos de la noche que pasaron juntos.

El suave terciopelo de su piel, el perfume floral de su pelo y el hueco de su cuello. Su sabor, como un licor adictivo. Recordaba bien sus gemidos cuando se dejaba ir…

Era una afrenta ponerse duro al recordar eso. Él nunca permitía que sus deseos y sus pasiones lo dominasen. Se había entrenado a sí mismo para ser la antítesis de su padre. Había aprendido a exigirse mucho física y emocionalmente, a llevar el control.

Desde pequeño se había enseñado a sí mismo a hacer todo con un propósito, con calma, pensando fríamente. Podría ahondar en la psicología de eso en otro momento.

Ahora tenía que centrarse en el control, en su capacidad para apartar los recuerdos y desechar el deseo. Pero esa reacción hacia ella era tan visceral. Él entendía la lujuria, por supuesto. Había sido un adolescente ansioso por descubrir los placeres del cuerpo de una mujer, pero el deseo nunca lo había estrangulado de esa manera.

La deseaba. Ahora. Deseaba despojarla de su ropa holgada y monótona. Saborearla, tocarla, ver cómo sus ojos azules se oscurecían de deseo. Oírla suplicar.

Y sentir a su hijo creciendo dentro de ella. Recorrer sus nuevas curvas con las manos.

No entendía esa reacción, una especie de satisfacción primitiva por haber sido él quien la había dejado embarazada.

Tendrían que casarse y planear una vida juntos. El sexo era una distracción. No estaba descartado, pero no podía dejar que fuera su objetivo.

Quizá ella podría estar a la altura de lo que esperaba de una mujer, aunque lo dudaba. Claro que Rebecca había sido deportista y sabía cómo fijarse una meta y alcanzarla.

Necesitaba a alguien que pudiera asistir a eventos con él, alguien que supiera conversar con millonarios de un modo sofisticado y sereno. Rebecca era una belleza, de modo que esa parte no sería ningún problema, pero su vestuario tendría que mejorar.

Pensar en los aspectos prácticos de la situación lo ayudaba a calmarse y siguió pensando en ello mientras esperaba a que el personal de la cocina preparase la bandeja.

Y allí, de pie, mientras hacía planes mentales para todo, reconoció que el objetivo más importante de Rebecca sería el de ser madre. Le gustaba lo que veía, su actitud protectora. Que hubiera sido tan justa como para ir allí a decirle que esperaba un hijo suyo.

Su hijo tendría una buena madre, pasara lo que pasara. No sabía bien lo que era eso porque él no la había tenido, pero sabía que Rebecca no iba a abandonarlo.

Y él también tendría que aprender a ser un buen padre.

Atlas no era el peor padre del mundo, pero la suya había sido una relación despreocupada y amistosa. Su padre siempre se había preocupado más por la constante rotación de mujeres que por lo que él quería o necesitaba.

Él haría mucho más por su hijo.

Theo sacó su móvil y empezó a investigar un poco sobre la mejor instrucción para futuros padres. Había multitud de páginas al respecto y encargó varios libros.

Habría tiempo para aprender.

Y aprendería.

Aprenderían los dos, quisiera ella o no.

Capítulo 6

Rebecca despertó desorientada y con náuseas, aunque ya estaba acostumbrada. Su médico le había asegurado que era normal y que disminuirían con el tiempo, pero se había equivocado. Era una guerra constante durante todas las mañanas, pero por las tardes estaba bien. Casi siempre.

Aunque su estómago rechazaba la idea, se dio cuenta de que no había comido desde que bajó del avión.

El avión. Grecia. Theo.

Rebecca cerró los ojos de nuevo, solo un segundo.

Si su madre no hubiera insistido en que hiciera lo correcto, todavía estaría en Irlanda. Y tal vez limpiar los establos había sido una tortura con las náuseas y el agotamiento, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Quizá criar a un niño en su habitación no sería precisamente una experiencia satisfactoria ni le dejaría mucho espacio para sentirse madre, pero…

Era lo que era, como tantas otras cosas en su vida.

Salvo que ahora estaba en Grecia, lidiando con el padre de su hijo, en esa habitación bonita aunque un poco sosa, en una cama increíblemente suave. Y, aunque las náuseas la atormentaban, había dormido profundamente. Además, no había olores desagradables que lo empeorasen salvo…

Rebecca se sentó en la cama y olisqueó levemente. Olía a… comida. Miró a su alrededor. Allí, sobre el escritorio, sin duda alguna una antigüedad, había una bandeja de plata llena hasta el borde de comida: pasteles, fruta, cereales. Y una jarra de agua con los últimos vestigios de hielo flotando en la superficie, como si llevase un rato allí.

Rebecca no sabía cómo entender ese extraño giro en su vida, de modo que se centró en lo más cercano. Evidentemente, la bandeja llevaba un tiempo allí. ¿Qué hora era?

No recordaba dónde había dejado sus cosas, pero al girarse un poco notó que seguía llevando el móvil en el bolsillo. Lo sacó, pero la pantalla estaba en blanco.

Tendría que cargarlo y para eso debía encontrar un cargador. Y tendría que avisar a sus padres de que se quedaría en Grecia unos días. Pero solo unos días.

Hablar de eso con Theo le parecía una tortura, sobre todo si seguía teniendo reacciones físicas tan molestas e incontrolables, pero era lo más responsable. Por su hijo.

En fin, ya que estaba allí debía comer algo. Irlanda y sus padres podían esperar.

Con cuidado para no alterar más su estómago, se levantó de la cama y se preparó un plato con lo más soso que pudo encontrar. Sin duda, no se le quedaría en el estómago, pero daba igual. Casi todas las mañanas eran iguales: desayunar de un tirón, vomitar y luego intentar relajarse. Pero no comer significaba sentirse peor durante todo el día.

Como estaba sola, y como estaba embarazada y merecía un poco de mimo, volvió a meterse en la cama y se dispuso a comer. Estaba probando un hojaldre relleno de una deliciosa crema cuando la puerta se abrió y Theo asomó la cabeza. La miró un momento, empujó la puerta del todo y entró sin esperar invitación.

Tenía la sensación de que no era un hombre que esperase a menudo una invitación. Sobre todo en su propia casa.

–Estás despierta –dijo a modo de saludo.

Rebecca enarcó una ceja.

–Sí.

–Y comiendo…

–Parece que sí.

–Comer es bueno. ¿Cómo te sientes?

–Un poco rara, pero algo de comida debería aliviar mi estómago.

–¿Náuseas matinales?

El hecho de que conociese el término era interesante.

–¿Conoces bien los síntomas del embarazo?

Theo estaba inmóvil, alto y corpulento, con las manos a la espalda. Y aun así daba una impresión de fuerza, de que en un abrir y cerrar de ojos podría moverse y manejar todo lo que quisiera.

–He investigado un poco –respondió acercándose para mirar la bandeja–. Los desafíos deben afrontarse con conocimiento. La mejor forma de educarme era leer y, como tú no has hecho más que dormir, he tenido tiempo de sobra –añadió observándola un momento–. Dormir te ha sentado bien.

No sabía por qué esas simples palabras le parecieron un cumplido. No podían serlo porque Rebecca sabía qué aspecto tenía al llegar a Atenas. Cansada, demacrada. Aunque dormir le hubiera sentado bien, no podía estar guapa en ese momento y se llevó una mano al pelo, que se había escapado de la coleta. Sin duda tendría un aspecto horrible.

Daba igual, él solo había dicho que dormir le había sentado bien, no que estuviese guapa. Y no tenía por qué importarle.

Pero la idea de que ese hombre impresionante y severo hubiera estado leyendo sobre el embarazo le resultaba difícil de aceptar. Claro que no lo había visto interactuar con nadie más que con ella. Tal vez escondía cierta calidez en algún sitio. Tal vez sería un buen padre.

Sería injusto robarle esa oportunidad y por eso estaba allí, pero solo era un desconocido que provocaba en ella una reacción física completamente ridícula.

–Puedes tomarte la mañana para descansar, pero esta tarde nos sentaremos con mis abogados para decidir cómo seguir adelante.

Rebecca dejó el hojaldre y tomó un sorbo de agua. La idea de sentarse con sus abogados le revolvía el estómago.

–No discutiré nada con tus abogados si yo no tengo ninguno.

–Puedes llamar a uno.

Ella resopló.

–No digas tonterías. Sé que tú tienes mucho dinero y eso complica las cosas, pero primero debemos tomar decisiones como personas. Nada de abogados.

Rebecca se dio cuenta con cierta inquietud de que él tenía todas las ventajas. Tal vez entendía a los ricos por haber trabajado para los Desmond y tener una relación con Patrick, pero ella no podía pagar a un abogado y sus padres tampoco.

No, tenía que intentar apelar a su humanidad y centrarse en lo que había entre ellos.

Lo miró, allí de pie, con expresión dura y decidida, como si ya hubiera escrito el resto de sus vidas. Como si estuviera seguro de que ella nunca se iría de Grecia, que nunca volvería a tener una vida propia.

Eso debería aterrorizarla, pero que alguien más se encargase de todo por un tiempo no sonaba tan mal. Y ese era el problema. Quizá no le importaría dejarse llevar un poco por el momento, pero no lo querría para siempre. De ningún modo.

Y no quería que los abogados interviniesen, sin duda para asegurarse de que Theo consiguiera todo lo que quería y ella nada. Antes de eso, los dos tenían que decidir lo que querían…

No pudo seguir pensando en ello porque sintió una oleada de náuseas. Se levantó de la cama y apenas pronunció una disculpa antes de correr al baño para vomitar el desayuno.

Theo se quedó donde estaba, sin saber qué hacer.

Rebecca estaba vomitando. Había leído que era bastante común, aunque no solía ser un síntoma que persistiera hasta la decimonovena semana, si el diagnóstico del médico había sido correcto. ¿Debería preocuparse?

No sabía cómo reaccionar. De niño, a veces atendía a su padre después de una resaca, pero normalmente había una mujer cerca para hacer ese tipo de cosas y Theo hacía tiempo que había superado la edad y las ganas de hacerlo. Últimamente, estaba acostumbrado a ocuparse de problemas y cosas, no de personas. No recordaba la última vez que había tenido un malestar estomacal, pero intentó recordar su infancia. ¿Qué le daba su niñera cuando le dolía el estómago? ¿Un poco de agua con limón, una infusión de menta?

Theo envió un mensaje al jefe de cocina para que llevase varios remedios a la habitación.

Rebecca salió del baño unos segundos después, temblorosa. No se parecía en nada a la mujer vibrante de la boda, ni siquiera a la que había entrado en su despacho con aspecto cansado pero decidido.

Una sensación extraña daba vueltas en su pecho. Una necesidad de actuar que no entendía del todo. Pero actuar era mejor que sentir, de modo que entró en el baño, tomó una de las toallitas del tocador y la puso bajo el grifo.

Rebecca se había metido de nuevo en la cama cuando regresó y le entregó la toallita. Cuando lo miró con el ceño fruncido, como si no supiera para qué servía, él la puso sobre su frente.

Rebecca esbozó una sonrisa indulgente.

–No tengo fiebre.

–Sí, bueno –murmuró él, sintiéndose como un tonto.

Rebecca se pasó la toallita por la frente y el cuello. Luego suspiró, cerrando los ojos.

–Gracias.

El extraño cosquilleo en su pecho se calmó. El problema estaba resuelto, pero ¿qué lo había causado? Theo miró la bandeja.

–¿No te gusta la comida?

–La comida está bien, pero no puedo retener nada por las mañanas. Y si no como algo a primera hora me siento fatal durante todo el día, así que es un círculo vicioso.

–Seguro que hay alguna solución.

–El médico me dijo que si no he aumentado de peso para la próxima cita, el siguiente paso será tomar medicina para controlar las náuseas.

–Tu nuevo médico te conseguirá algo inmediatamente.

Ella negó con la cabeza.

–No quiero tomar nada.

–Eso es una tontería.

Rebecca abrió los ojos de golpe y lo fulminó con la mirada.

–Es mi decisión.

Theo no sabía cómo discutir eso, aunque quería hacerlo. De modo que cambió de táctica.

–Tendrán que enviar aquí tu historial médico.

–No voy a quedarme para siempre, Theo.

Él estuvo a punto de discutir, pero no era el director de la empresa de su padre porque no supiera cómo manipular a la gente.

–Quizá no, pero ahora estás aquí. Dondequiera que estés, el médico que te atienda debe tener toda la información necesaria.

–Muy bien, supongo que podría llamar al hospital y ver si lo pueden enviar. Pero no ahora mismo.

Rebecca hizo una mueca de dolor.

–¿Qué ocurre?

–Estoy harta de vomitar. Harta de sentirme… fuera de mí, agotada.

–Un ser humano completo se está formando dentro de ti, entiendo que estés agotada.

Ella se llevó una mano al abdomen, suspirando.

–Lo sé –murmuró esbozando una sonrisa–. ¿No es extraño? Las mujeres lo han hecho desde tiempos inmemoriales y, aun así, parece una tarea imposible.

Por alguna razón, esas palabras lo cambiaron todo. Theo había estado conceptualizando a su hijo como una entidad. Y lo que esa entidad significaba para su vida, su futuro, sus decisiones, pero no lo había imaginado como… un niño de verdad. Creciendo dentro de ella. Naciendo de ella.

Había leído algo sobre los síntomas del embarazo y las posibles complicaciones, pero no lo había entendido hasta ese momento. Ella hablaba de necesitar medicación, de subir de peso. Tenía arcadas y no podía retener la comida.

De repente, todo le parecía tan precario. No podían quedarse allí, en medio del bullicio de Atenas. No, Rebecca necesitaba descanso, privacidad. Y tenía razón, nada de abogados. Eso no era necesario por el momento.

Necesitaba convencerla y, para ello, tenían que estar solos. Lejos de todo, alejados del mundo, salvo de un buen médico.

–Descansa. Esta tarde te llevaré a un sitio privado, sin abogados, solo nosotros, para hablar sobre cómo vamos a manejar esto.

Rebecca dejó escapar un largo suspiro y el alivio suavizó sus rasgos.

–Necesito hablar con mis padres. Mi teléfono está sin batería y yo…

–Descansa, *omorfiá mou*. Yo me encargaré de todo.

Y lo haría.

Capítulo 7

Cuando Rebecca despertó se sentía mucho mejor. Más fuerte y hambrienta, sin náuseas. Podía admitir que en los días previos a su viaje a Grecia había estado demasiado estresada como para cuidar de sí misma como debía y eso le había pasado factura.

Otra noche de sueño reparador y sin duda se sentiría mejor. Y, definitivamente, necesitaba comida, pero no había ninguna bandeja esperándola, lo cual era una pena.

Volvió a buscar su móvil para ver qué hora era, pero no lo encontró. Ni en el bolsillo ni entre las sábanas.

Se levantó de la cama, pero no encontró ni rastro de sus cosas. Tendría que buscar a Theo, de modo que salió de la habitación. No estaba segura de recordar por dónde habían entrado, pero no podía ser tan difícil encontrar el camino.

La casa era preciosa. Increíblemente lujosa, pero de un blanco soso y sin personalidad. No parecía haber ningún toque personal, ni fotografías ni detalles. Si no supiera que era de Theo, podría pensar que era una casa de alquiler. No se parecía en nada a la casa de los Desmond, llena de historia y personalidad. Desde luego, nada que ver con la pequeña casa en la que ella había crecido, repleta de reliquias familiares, recuerdos y premios de sus competiciones ecuestres.

Antes de que pudiese determinar qué decía eso de Theo, si decía algo, se encontró con un hombre delgado vestido de negro.

–Señorita Murphy, el señor Nikolaou la espera en la puerta. Sígame –dijo con firmeza.

Pero Rebecca no se movió. Bajó la mirada hacia sus pies, cubiertos por unos gruesos calcetines más adecuados para el clima irlandés.

–No llevo zapatos.

–No importa. El señor Nikolaou se ha encargado de sus cosas.

El hombre se alejó por el pasillo y Rebecca no tuvo más remedio que seguirlo. ¿Theo tenía todas sus cosas? ¿Dónde? ¿Había decidido que era demasiado problemática y la mandaba a casa?

Debería ser un alivio. Podía irse a casa y ocuparse de aquello sola, sin hacer concesiones ni preocuparse por un enigmático desconocido que decía querer casarse con ella. Pero, en realidad, casi se arrepentía de no haber intentado llegar a un acuerdo. Por su hijo.

–¿También tiene mi móvil? –preguntó corriendo tras él.

–Probablemente.

Había un coche estacionado en la entrada de la casa y Theo esperaba apoyado en él. Al verla, abrió la puerta trasera y le indicó que subiese.

–Imagino que tienes hambre. Sube, tengo una variedad de sándwiches para que elijas –dijo a modo de saludo.

–¿Dónde vamos? ¿Y dónde están mis cosas? Necesito mi móvil.

–Todo lo que necesitas está en el coche y vamos a un sitio que te gustará.

Rebecca no podría decir que confiaba en él, pero necesitaba sus cosas, de modo que subió al coche. En el asiento, además de una cesta llena de comida, estaba su bolsa de viaje, con el móvil asomando por el bolsillo exterior.

Antes de que pudiera decidir qué hacer, Theo se sentó al volante.

–¿Conduces tú?

–Sí. Venga, relájate y come algo. El viaje es un poco largo, pero creo que disfrutarás del paisaje. Avísame si te encuentras mal.

–Theo, no puedes posponer esta conversación. Ni el hecho de que volveré a Irlanda dentro de unos días.

Él no dijo nada, pero las ganas de contactar con sus padres pudieron con ella, de modo que se olvidó de discutir y sacó el móvil, ya con la batería cargada. Su siesta matutina no había durado más de treinta minutos y, aun así, Theo lo había resuelto todo. Bueno, sin duda tendría un equipo de gente solucionando todos sus problemas.

Mientras Theo conducía, envió un mensaje a sus padres diciendo que había decidido quedarse unos días en Grecia. Después, miró la

cesta de comida. Había una variedad de sándwiches y algunos recipientes con frutas: albaricoques y melocotones ya cortados, una refrescante ensalada de sandía y melón.

Comió hasta saciarse y tomó una bebida gaseosa de jengibre bien fría que le sentó bien al estómago. Los ricos tenían un don con la comida, pensó.

Sabía que debería preguntarle dónde iban, sobre todo cuando dejó atrás Atenas para tomar una carretera que serpenteaba a lo largo de la costa de resplandecientes aguas azules, pero todo era demasiado hermoso, demasiado relajante. Esa zona de Grecia era casi tan verde como Irlanda, aunque los tonos eran diferentes. Irlanda era exuberante, llena de vida. Grecia tenía el sol para iluminarlo todo y hacerlo brillar como una joya.

Casi la hizo desear tener algún tipo de talento artístico para recrear las diferencias.

La comida, que por una vez se asentaba bien en su estómago, y el silencio de Theo, que no decía una palabra, hicieron que volviese a quedarse dormida.

Cuando despertó, no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero notó que el coche no se movía, o al menos no estaba circulando. El motor estaba apagado, pero todo parecía balancearse.

Asustada, se incorporó y miró por la ventanilla.

Frente a ella no había más que agua azul y el sol, definitivamente más bajo en el horizonte. Giró la cabeza para mirar hacia adelante, pero Theo había desaparecido.

Asustada, abrió la puerta de golpe y allí estaba él. En la proa de una especie de… barco. Un *ferry*. Theo capitaneaba la embarcación mientras el viento alborotaba su pelo oscuro y el sol lo iluminaba como si fuera una estatua de bronce.

Aunque no tenía ni idea de qué demonios estaba pasando, su belleza la dejó sin aliento.

–¿Dónde estamos?

Él la miró imperturbable.

–Ya casi hemos llegado…

–¿Dónde?

Theo señaló hacia adelante y ella vio que se acercaban a la orilla de una pequeña isla en medio del azul cegador.

–Esta es mi isla –anunció, como si fuera algo totalmente normal–. Nos quedaremos aquí hasta que lleguemos a un acuerdo. Te gustará, estoy seguro.

–Una isla. Tu isla.

–Eso he dicho.

–¡Yo no he aceptado venir a una isla remota!

El pánico y algo más se mezclaban en su interior. No le gustaba sentir pánico, pero sonaba más cuerdo que sentir emoción. Nunca había soñado con ir a una isla privada, pero él no le había pedido opinión. Ni siquiera se lo había dicho. La había engañado.

–No te he pedido que aceptases –replicó Theo.

Lo había dicho con tal tranquilidad que Rebecca se preguntó si había sufrido algún tipo de lesión en la cabeza y vivía en una realidad alternativa.

–Da la vuelta a este barco y llévame a Atenas. Yo… yo… esto es un secuestro.

–Si quieres considerarlo así, supongo que puedes, aunque no servirá de nada. Llegaremos a un acuerdo, Becca –dijo él con gesto serio, feroz–. Y ninguno de los dos se irá de aquí hasta que lo hagamos.

Theo subió al coche para bajarlo del *ferry*. Dos de sus hombres, que vivían y trabajaban en la isla, esperaban en el muelle para ayudarlos a desembarcar. O lo harían si Rebecca decidía bajar del barco. Pero ella se negaba obstinadamente.

–Tarde o temprano tendrás que comer y dormir –dijo Theo.

Ella tenía la espalda apoyada en la barandilla y los brazos cruzados sobre el pecho. Seguía sin llevar zapatos, solo calcetines. El sol brillaba sobre su pelo, destacando mechones de fuego entre el intenso castaño. Lo miró y levantó la barbilla un poco más, como una diminuta diosa guerrera.

–Me niego.

–¿Vas a hacer una huelga de hambre? Pues peor para ti. Volverás a vomitar y entonces tendrás que comer algo…

–No estás siendo razonable. Esto es absurdo.

–Yo me voy a casa y espero que tú me acompañes. Tienes que ponerte unos zapatos, *agapi-tós*.

Su expresión seguía siendo obstinada, pero él notó que empezaba a tener dudas.

–Es una finca preciosa, muy tranquila. Tendrás toda la casa a tu disposición y puedes pedir la comida que quieras. Te cuidarán, te atenderán con esmero. ¿Qué más podrías pedir?

–¿Autonomía personal?

–Exageras, no te he secuestrado.

Quizá si la situación fuera al revés él también estaría furioso, pero no tenía intención de ponerse en su lugar. Tenía que asegurarse de conseguir lo que quería.

Lo que necesitaba.

Acceso a su hijo. Un matrimonio que le proporcionase la estabilidad que él nunca había tenido. Tenía que convencerla y Theo sabía que aquel era el lugar perfecto.

–Has hecho que me sea imposible marcharme –lo acusó Rebecca.

–Quiero que estemos juntos sin distracciones hasta que decidamos cómo proceder, por nosotros y por nuestro hijo. Eso no es una atrocidad…

–Podrías haber dicho: «Rebecca, tengo una preciosa isla privada a la que me gustaría llevarte para que podamos hablar de nuestro futuro sin distracciones». En cambio, me has traído aquí sin avisar, me has engañado.

Theo torció el gesto.

–No recuerdo haber mentido. Solo dije que iba a llevarte a un sitio que te gustaría y tú no hiciste ninguna pregunta.

Se dio cuenta de que ella no tenía una réplica ingeniosa para eso y, como era la primera vez desde que atracaron que parecía mostrar debilidad, Theo subió al *ferry*.

–Ven, Rebecca –la llamó, ofreciéndole su mano–. En casa estarás muy cómoda, te lo prometo.

Su aroma lo envolvía. Una extraña mezcla de flores y menta, matizada por el olor del mar. Sus ojos eran cautelosos, pero parecían más azules allí, entre el agua y el cielo. Theo pensó en la primera vez que la vio en Irlanda. Estaba escondida entre las sombras, pero el brillo de sus ojos lo había afectado.

No podía comprender por qué. ¿Qué provocaba esa reacción desquiciada cuando ella estaba cerca? Solo era una mujer guapa. Él conocía a muchas mujeres guapas.

Y, sin embargo, ninguna le había afectado tanto como ella. Lo cual era preocupante, pero al menos podía ver que a Rebecca le pasaba lo mismo. Seguía mirándolo con desconfianza, pero había algo más en su expresión.

Anhelo, deseo.

–Tienes dos días –anunció ella entonces, con altivez–. Me quedaré dos días. Luego volveré a Irlanda.

Él no dijo nada. No quería mentirle, pero no iría a ningún sitio hasta que estuviera satisfecho. De modo que asintió con la cabeza para que subiese al coche.

Por fin, Rebecca se acomodó en el asiento delantero y Theo se colocó frente al volante.

Había hecho reformas importantes en los edificios de piedra de la isla cuando la compró. Quería un lugar donde escapar de su padre, donde escapar del mundo. Un lugar tranquilo que fuera solo suyo, sin pretensiones, sin dramas. Había conservado el encanto histórico lo mejor que pudo. Los edificios, incluida su amplia casa, seguían siendo de piedra encalada y relucían bajo el sol. Las contraventanas se pintaban del típico color azul todos los años.

Se sentía tranquilo mientras conducía por el sinuoso camino de entrada. Sí, aquel era el mejor sitio para tomar decisiones que cambiarían el curso de su vida. No habría exigencias allí. Solo Rebecca y él.

Pero debía ignorar el deseo que intentaba apoderarse de él. Que estuvieran solos no significaba que debieran ceder a la atracción que había entre ellos.

Aunque… ¿qué habría de malo?

No, ese era un pensamiento peligroso. A él no le importaba arriesgarse siempre y cuando llevase el control de cualquier situación. Había perdido ese control en Irlanda por una noche y no iba a perderlo de nuevo.

Salvo que ella ya estaba embarazada.

Frustrado consigo mismo, y pensando que estaba portándose como su impulsivo padre, Theo se detuvo frente a la casa. Le entregó las llaves al empleado que esperaba en la puerta, murmurando unas instrucciones en griego, y luego ayudó a Rebecca a bajar del coche.

Había encontrado sus zapatos en la bolsa de viaje y se los había puesto, pero cuando Theo intentó tomar la bolsa, Rebecca se aferró a ella con firmeza.

Disimulando una sonrisa, puso una mano en su espalda para guiarla al interior de la casa, pero ese simple roce llevó a su mente imágenes de la noche que pasaron juntos… y decidió que era mejor no tocarla.

Theo se había encargado de una parte de la decoración. Azulejos llenos de color, típicos de la zona, antigüedades que le atraían, obras de arte, combinaciones de colores que le gustaban. Muebles cómodos y vistas desde las ventanas que eran plácidas además de impresionantes. Además, tenía un bonito jardín que le gustaba cuidar personalmente.

Nunca había llevado a nadie allí y se preguntó qué pensaría ella. Tenía confianza en sí mismo y en lo que le gustaba, pero se encontró mirando a Rebecca para ver su reacción.

–Es tan diferente a tu otra casa. Qué interesante. Este sitio es un verdadero hogar –dijo ella con tono de asombro.

Theo tragó saliva. Sí, era su hogar. Sus propiedades en Atenas, Londres y Nueva York estaban destinadas a negocios y a controlar la atención siempre fragmentada de su padre. Había encargado la decoración de esas casas a un profesional.

Allí todo era diferente. Incluso la biblioteca, centrada en lo que le gustaba leer más que en lo que consideraba necesario leer para ser un hombre de negocios de éxito.

Era extraño que ella se hubiera dado cuenta y que eso significase algo.

Eran desconocidos. Dos desconocidos con una conexión física electrizante. Nada más.

Bueno, eso y el hijo que esperaban.

–Sígueme –dijo bruscamente.

Porque las emociones que experimentaba eran extrañas y no sabía qué hacer con ellas salvo apartarlas hasta que pudiera tener un poco de tranquilidad para aclarar sus ideas.

La condujo escaleras arriba hasta una de las habitaciones de invitados.

–Esta es tu habitación. Si quieres cambiar algo, o añadir algo, solo tienes que pedírmelo a mí o a algún miembro del personal.

Ella dudó un momento, pero acabó entrando sin expresar preocupación. Seguía aferrada a la bolsa de viaje, pero, como él esperaba, se dirigió al ventanal para mirar la playa y dejó escapar un suspiro de asombro.

–Qué maravilla –murmuró.

El sol estaba poniéndose, pintando el cielo de tonos rosa, lavanda y naranja. El mar brillaba, azul e infinito, en contraste con la arena blanca.

–Parece que te gusta la habitación.

–Sí, claro –respondió ella, dejando la bolsa sobre una silla–. Pero eso no significa que no debieras haberme consultado.

–Tomo nota.

Rebecca esbozó una sonrisa burlona.

Iluminada por los últimos rayos del sol, la imagen se enredó en su pecho como un alambre de púas.

Era doloroso, abrasador. No podía respirar. La sonrisa burlona se desvaneció de repente.

Ella también lo sentía. Ese deseo insaciable para el que Theo no tenía palabras. Pero si no las tenía, tendría las armas para combatirlo. Se acercó cuando no debía, ella no retrocedió cuando debía hacerlo.

–Estás cansada del viaje –murmuró. Y su voz sonaba como la gravilla del camino–. Haré que te preparen el baño.

Estaban tan cerca y besarla sería tan fácil. Sabía que estaba enfadada con él, frustrada consigo misma por haber cedido. Pero también sentía eso; esa cosa salvaje e indómita que ninguno de los dos era capaz de controlar.

«Contrólate».

–Eso estaría bien –dijo ella, casi sin voz.

El momento era tan erótico como un *striptease*. Inmóviles, mirándose, demasiado cerca. Sabiendo que los recuerdos de esa noche rondaban por su mente.

Era tan fresca y vibrante como un prado irlandés. Sería tan suave como la seda bajo sus manos.

Solo se le ocurría dar un paso adelante y besarla, pero se contuvo, preguntándose si reinaría la sensatez. Si alguno de los dos sería capaz de evitarlo.

No fue así. Sus bocas se encontraron en un roce suave y sensual, pero la suavidad duró solo un segundo antes de que se abrazasen, precipitando el beso hacia la pasión que explotaba en cuanto se rozaban.

Era la antítesis del atardecer a su espalda. El atardecer era suave, aquello era áspero. Algo se rompió entonces, la ligadura de control que había mantenido durante todo el día. Ella era calor y deseo y en ese beso había un millón de oportunidades de encontrar placer.

Theo enredó las manos en su pelo y empujó su cabeza hacia atrás para tenerla como había deseado. No solo desde que llegó a la isla, sino desde que se escabulló de la cama esa mañana.

Rebecca lo tenía enganchado. Besarla de ese modo no arrancaría el gancho, pero por Dios que tendría lo que deseaba.

A ella, a ella. La deseaba tanto.

Cuando se apartó para tomar aire, ella hizo un pequeño y triste intento de empujarlo, pero no apartó las manos de él, como intentando retenerlo.

–Podemos hacerlo, Theo –musitó con los ojos brillantes, las pupilas dilatadas–. No cambiará nada –dijo con firmeza, incluso entre jadeos.

Tenía razón, por supuesto.

No cambiaría absolutamente nada, no arriesgaban absolutamente nada, de modo que no era una pérdida de control. Simplemente, iban a tener lo que querían.

Y la deseaba. Era una necesidad desgarradora que le costaba entender, de modo que estrelló su boca contra la de ella otra vez, apretándola contra su torso. Su sabor lo invadía una vez más. No lo había olvidado. Tal vez nunca lo olvidaría.

La llevó a la cama que dominaba el centro de la habitación, sin dejar de besarla. Deslizó las manos bajo su camisa y se la quitó, aprovechando la breve pausa en el beso para mirarla.

Su piel era igual de suave. Sus suspiros hablaban de un deseo palpitante. Era algo más que liberación, algo más que placer. Ella era simplemente… más.

La tendió en la cama, como un conquistador ante su botín de guerra. Y ella era un botín. Tan hermosa, tan perfecta. En su casa.

Se dio cuenta entonces de que para eso había ido allí. No para minimizar las distracciones, sino porque quería verla a la cálida luz de la isla, en el único lugar que alguna vez había sentido como suyo.

La desnudó del todo y acarició sus pechos, más generosos que antes, hermosos y fascinantes. Miró el ligero bulto de su vientre. Aún no se notaba demasiado, pero en pocos meses tendría un hijo suyo.

Y ella sería suya.

Pensando eso, la agarró por las caderas y la penetró, notando que ella se dejaba ir inmediatamente. Escuchaba sus gemidos, ese hermoso sonido que lo había perseguido durante meses. Los últimos rayos del sol, como una neblina dorada, hacían que pareciese de otro mundo.

Un fantasma. Una diosa. Una maldición. Una promesa.

Capítulo 8

Rebecca sabía que aquello estaba mal. Ese tipo de placer debía ser el pecado del que sus padres siempre le habían advertido. Porque hacía que se olvidase de todo… de que debía protegerse a sí misma, de su hijo, de su futuro.

De todo menos de él. De todo menos… de tener más.

¿Cuántas veces podría llevarla a esa cima, a ese precipicio? ¿Cuántas veces la arrojaría al vacío, siempre exigiendo más y más y más?

Debería haber sido una advertencia. Debería haberla tomado en cuenta como tal. En cambio, se zambulló de cabeza una y otra vez. En él. En aquello.

Él la sujetaba por las caderas con mano de hierro y se movía dentro de ella con una ferocidad que parecía controlada, pero no podía serlo. Hasta que su calculado ritmo comenzó a quebrarse, hasta que el brillo de sus ojos se volvió salvaje.

No entendía por qué, pero había algo muy gratificante en verlo perder el control. No lo conocía y, sin embargo, sabía que eso no era algo habitual para él. Theo se liberó con un rugido y la vibración de ese sonido la llevó hasta un último orgasmo. Una sobrecarga sensorial de la que sabía que tarde o temprano se arrepentiría.

Pero aún no.

Tumbados el uno junto al otro en la cama, desordenados y sin aliento. Rebecca se sentía viva, brillante y llena de energía.

Lo cual le recordaba por qué estaba allí. La vida que habían creado y que estaba creciendo dentro de ella. Rebecca cerró los ojos, intentando aferrarse a una pizca de arrepentimiento en lugar de al placer que él le daba.

–No podemos seguir haciendo esto.

Era una distracción que solo complicaría las cosas y ella no podía permitir que se complicasen.

–No veo por qué no. El daño ya está hecho –dijo Theo recorriendo con un dedo la curva de uno de sus pechos hasta que el pezón se endureció–. Y sé que te gusta.

Mucho, demasiado. Pero…

–A ti te gusta –respondió ella, casi logrando sonar altanera en lugar de enfadada.

–Me atrevería a decir que a ambos nos gusta mucho lo que podemos sacar el uno del otro.

Theo se incorporó sobre un codo y clavó en ella una mirada oscura e intensa. Su cuerpo… Dios, su cuerpo era injustamente hermoso.

–¿Qué haces? –preguntó Rebecca, señalando los marcados pectorales–. ¿Levantar pesas toda la noche?

–No. De hecho, prefiero entrenar por la mañana.

Rebecca suspiró. Era evidente que aquel hombre era un desconocido. ¿Cómo podía seguir estando desnuda con él?

–Tenemos que hablar –dijo mirando al techo para no distraerse con su cuerpo o con sus ojos–. Sí, ambos disfrutamos de esto, pero a la gente también le gustan las drogas y eso no significa que sean buenas. Vamos a ser padres, –Rebecca lo miró a los ojos con determinación–. Tenemos que empezar a ser responsables.

–Nunca he sido más que responsable, *omorfiá mou*.

Rebecca se llevó las manos al vientre, bajo el que crecía su hijo. Y ese hijo tenía que ser lo más importante para los dos.

–Este embarazo inesperado dice lo contrario, Theo.

–Quizá –asintió él–. Pero yo he sugerido el paso más responsable: el matrimonio. No veo cuál es el problema. Está claro que somos más que compatibles.

–La gente no se casa solo porque sean compatibles en la cama.

–Estoy seguro de que algunos sí, igual que otros se casan por la existencia de un hijo. En ese caso, tenemos dos cosas a nuestro favor.

Ella negó con la cabeza, preguntándose si habría alguna forma de hacerle entender o si era tan testarudo que repetiría lo mismo una y

otra vez.

–Somos dos desconocidos.

–Podemos dejar de serlo.

–¿Y cómo vamos a hacer eso?

–Para eso estamos aquí. Quédate, Rebecca. Así nos conoceremos y hablaremos de cómo queremos que sea el futuro de nuestro hijo.

Ella tuvo que admitir que, en realidad, no era una petición poco razonable. Sí, la había llevado allí sin pedir su opinión, pero quizá si lo conociese un poco mejor entendería por qué. No podría saberlo a menos que le diese tiempo. A menos que le diese una oportunidad. Y tal vez…

Siempre había soñado con casarse con un hombre del que estuviese locamente enamorada. Sus padres se querían y, aunque ella deseaba algo más que una casita en la finca de otros, anhelaba ese amor aún más. Había querido a Patrick, podía imaginar su vida con él…

«Y mira cómo terminó eso».

Patrick había elegido un matrimonio de conveniencia en lugar de por amor y parecía feliz.

¿Debería ella hacer lo mismo? ¿Pensar en su hijo antes que en sí misma? Quedarse allí y… bueno, no sería difícil quedarse en la isla. Podría extrañar a sus padres y a sus caballos, pero el sitio era precioso, tranquilo. Podía imaginar a un niño allí.

«O tal vez estás dejando que el sexo te vuelva loca», se dijo a sí misma, con severidad.

Porque había un gran obstáculo.

No sabía nada sobre Theodorou Nikolaou aparte de lo que había leído en internet y de lo que podía hacerle cuando estaban desnudos. Entre esas dos cosas faltaba mucha información importante.

Pero solo podría conocerlo con el tiempo y la proximidad. Dos días no eran suficientes para conocer a alguien.

Podría darle una semana, tal vez dos. Sería buena idea y no tenía nada que perder.

–Podría quedarme más de dos días –dijo por fin–. Pero no voy a casarme contigo. Y no deberíamos volver a acostarnos juntos –

añadió con cierta altivez.

En la penumbra de la habitación, Theo sonrió.

–Ya veremos.

Theo pidió que preparasen el baño para Rebecca y, aunque estuvo tentado de compartirlo con ella, tenía asuntos que atender. Había decidido tomarse unos días libres, pero aún necesitaba hablar de eso con su padre.

Atlas estaría encantado de que se tomase unas vacaciones, pero necesitaba convencerlo de que no tomase ninguna decisión importante sin antes consultarla con él.

Los impulsos de su padre debían ser controlados. Al menos dos de las «empresas» a las que quería donar dinero resultaron ser organizaciones benéficas falsas. Estafas, básicamente.

Theo no entendía que un hombre que antaño había sido un gigante de la industria cayese en trampas tan ridículas, pero solo podía culpar a la única debilidad de su padre: las mujeres. En particular, a la mujer con la que estaba casado en ese momento.

Ni siquiera se había molestado en aprender su nombre. No era nadie para él. Y si quería exprimir a Atlas hasta dejarlo seco y él lo permitía, era asunto suyo.

Pero no permitiría que afectase a la Banca Titan.

De modo que entró en su despacho, se sentó en un mullido sillón y marcó el número privado de su padre, preparándose para el huracán Atlas.

–Ah, así que sabes que tu padre sigue vivito y coleando –dijo Atlas con una mezcla de burla y censura.

Theo se preguntaba a menudo si era la risa fácil y el carácter jovial de su padre lo que hacía imposible odiarlo.

–Hola, padre. ¿Cómo te sientes?

–Cada día es un regalo y una oportunidad de redención.

Theo hizo una mueca. La redención de su padre era tan caótica como todo lo que había hecho para necesitarla.

–¿Y la rehabilitación?

–Mis enfermeras no tienen ninguna queja.

–Seguro que son muy guapas.

Atlas soltó una carcajada.

–Soy un hombre casado, muchacho. Pero sí, son muy guapas. No las cambiaría por nada.

–Quería avisarte que estoy en la isla y probablemente me quedaré unas semanas. He dejado a Christopher a cargo de todo, pero si necesitas algo puedes llamarme.

–¿Todo bien? No es propio de ti hacer un viaje improvisado a la isla.

–Son unas pequeñas vacaciones, nada más. No tienes que preocuparte. Mi gente se encarga de la oficina y me lo comunicarán si hay cualquier problema.

–No me preocupa Titán. Me preocupa que mi hijo se porte de forma extraña.

–A mí sí me preocupa Titán –dijo Theo, evasivo–. Tienes que prometer que no intentarás obligar a nadie a participar en uno de tus *proyectos* mientras yo esté aquí. Si tienes alguna idea, envíamela por correo primero.

–No deberías trabajar durante tus vacaciones.

–Y tú tampoco deberías trabajar durante tu recuperación. ¿Qué tal si acordamos no hacer nada durante unos días?

Atlas soltó un bufido, Theo esperaba que de aceptación.

–He oído rumores –dijo Atlas, con picardía, después de un momento–. Una mujer, una irlandesa en tu oficina con noticias importantes. Supongo que eso no tendrá nada que ver con estas vacaciones repentinas.

Theo se quedó sin palabras. ¿Cómo se había enterado? Su asistente siempre era muy discreta y el personal de casa no tenía vínculos con su padre. ¿Quién le habría dado esa información?

–Lo de la irlandesa me pareció muy interesante. Sobre todo cuando recordé que fuiste a una boda en Irlanda. Hace tres o cuatro meses, ¿no?

Theo guardó silencio. ¿Lo sabía Atlas? Seguramente no. Nunca había prestado mucha atención a lo que no tuviese que ver con él mismo, a menos que…

–El doctor Gataki te ha llamado.

Ese era el punto débil. Había usado uno de los contactos de su padre y ahora Atlas lo sabía. No era una tragedia, solo una molestia tener que hablar de ello cuando las cosas estaban aún en el aire.

–El doctor Gataki estaba un poco preocupado.

La preocupación del médico pronto sería que Theo no volvería a consultarlo. Buscaría otro médico para Rebecca, uno que se quedase en la isla durante todo el embarazo. Uno que nunca cotillearía con su padre.

–¿Tú tienes alguna preocupación, padre?

–No, no es eso. Aunque yo también me sorprendí una vez en las oficinas de la Banca Titan con la feliz noticia de que iba a ser padre.

Theo hizo una mueca. Cómo detestaba la idea de haber repetido la historia. Salvo que no era así. Quizá hubiera parecidos desafortunados, pero Rebecca seguía allí y se quedaría allí. No dejaría que se fuera como había hecho su madre.

–Felicidades, Theodorou. Ser padre es una gran alegría y quizá te anime un poco. Espero con ansia conocer a la irlandesa que ha enamorado a mi adusto hijo. –Atlas rio con ganas–. Quizá Ariana y yo vayamos a la isla…

–No, ahora no es el momento –lo interrumpió Theo–. Rebecca todavía está lidiando con los aspectos físicos del embarazo. Os invitaré a… –¿cómo se llamaba?– Alicia y a ti a la boda.

–Ah, ¿entonces va a haber boda? Seguro que Ariana estaría encantada de ayudar a organizarla…

–No será necesario. –Theo volvió a interrumpirlo, tal vez con demasiada brusquedad–. Te avisaré cuando Rebecca se sienta lo bastante bien como para recibir visitas. Por ahora, necesito que te concentres en tu rehabilitación y en tu encantadora esposa, y te olvides de la Banca Titan. Y guárdate la buena noticia para ti.

–Quieres que te deje en paz, ¿no?

Theo se pellizcó el puente de la nariz. Antes del infarto, a su padre nunca le había importado lo que él pensara o quisiera. Lo había lamentado de joven, pero ahora que su padre mostraba interés lo lamentaba mucho más. Era más fácil cuando podía vivir a su antojo, sin tener que lidiar con el nuevo Atlas tratando de ser un hombre mejor.

–Yo he pasado por lo mismo que tú –dijo su padre entonces.

–No, a ti te dejaron con un hijo. Rebecca será la madre de «nuestro» hijo. No es lo mismo.

Claro que no era lo mismo. Se casarían, serían una familia estable. Pondrían a su hijo por encima de todo. No habría trastornos. En su vida habría estabilidad y estructura.

Rebecca había crecido en una familia así, de modo que debía entenderlo. Tal vez incluso lo daba por sentado. Y una vez que dejaran de ser extraños aceptaría la boda. Accedería a todo.

–Buenas noches, padre, te llamaré en un par de días.

–Buenas noches, Theo. Y relájate, disfruta de este momento porque, una vez que nazca el niño, todo cambiará.

Pero no lo haría. Él había sido responsable durante toda su vida, construyendo cimientos que su padre no se había molestado en construir. Aquello era solo una extensión de eso.

En unas pocas semanas, Rebecca accedería a casarse con él. Mientras tanto, disfrutarían el uno del otro. ¿Por qué no? Luego se casarían y serían buenos padres. Todo saldría como él quería.

Theo no aceptaría menos.

Capítulo 9

Cuando Rebecca despertó, no había ninguna bandeja de comida esperándola. Lo cual era una pena. La habitación estaba a oscuras y, a tientas, buscó su móvil en la mesilla de noche.

Las cuatro y media de la mañana.

No le importaba levantarse tan temprano. A pesar de todo el revuelo del día anterior, el baño caliente la había relajado y había dormido muchas horas.

«El baño y los orgasmos que lo precedieron».

Rebecca apartó de sí ese pensamiento. Necesitaba dejar de centrarse en su cuerpo y pensar con la cabeza. Necesitaban conocerse.

No creía que eso significara enamorarse y casarse, pero le gustaba pensar que, si se entendían, podrían mantener una relación amistosa por el bien de su hijo.

Sería difícil viviendo en países diferentes, pero él era multimillonario y podría resolverlo. Sí, eso de llevarla donde le daba la gana y sin avisar era inaceptable, pero no parecía mezquino. Era testarudo, pero tenía la impresión de que era así porque no se daba cuenta de que no debía serlo.

Como un caballo voluntarioso, Theo necesitaría que le enseñaran un par de cosas sobre cooperación. Así era como empezaría a abordarlo, como un caballo testarudo, pensó, esbozando una sonrisa.

Se vistió, usando la última muda que había llevado. Tendría que lavar su ropa en algún momento, pero antes necesitaba beber algo. Le encantaría el refresco de jengibre que había tomado el día anterior en el coche y tal vez unas insípidas tostadas. Su estómago no estaba tan revuelto esa mañana, pero eso no significaba nada.

Rebecca salió de la habitación para buscar la cocina. Como había pensado la noche anterior, aquello parecía un hogar. Aún echaba en falta toques personales como fotografías, pero había muchos colores, vibrantes o apagados según la parte de la casa en la que se encontrase. Ventanas de todo tipo, de todas las formas y tamaños, todas con vistas al mar. Y nichos salpicados de macetas, cuencos, jarrones y cosas por el estilo, todo con un aspecto antiguo e interesante. Los cuadros que colgaban en las paredes blancas solían ser paisajes marinos o espacios abiertos, con cielos que parecían no tener fin. Había una sensación de libertad en cada obra.

Interesante para un hombre que, en apariencia, era tan controlado.

Salvo en la cama.

Sinceramente, se desesperaba de sí misma y de su reacción ante Theo. Era incomprensible.

Por fin, le llegó el olor de algo horneándose y se dirigió hacia allí. Después de atravesar un amplio comedor, entró en una cocina espaciosa y bien iluminada en la que una mujer amasaba pasta sobre la encimera. Todo olía de maravilla.

La mujer levantó la vista, sobresaltada, pero se recuperó enseguida.

–*Kaliméra*, señorita Murphy. Se ha levantado temprano, pero el desayuno estará listo enseguida. ¿Quiere algo de beber? Quizá quiera sentarse en el comedor. El señor Nikolaou se reunirá con usted enseguida.

–¿Está despierto?

–Ah, sí. El señor Nikolaou es muy madrugador. Siempre baja al gimnasio antes de desayunar, pero usted puede establecer su propio horario.

La mirada de la mujer se posó en la barriguita de Rebecca.

–Supongo que no tendrá una bebida de jengibre.

La mujer asintió mientras echaba la masa en un cuenco que cubrió con un paño.

–Las bebidas con gas sientan bien cuando las cosas se ponen feas, ¿verdad? Pero necesitará algo para acompañarla. Pase al comedor, yo le llevaré todo lo que necesite.

–¿No puedo sentarme aquí?

–Sí, claro.

Rebecca se sentó en un taburete frente a la encimera y la mujer colocó la bebida frente a ella.

–Aquí tiene, señorita Murphy.

–Por favor, llámame Rebecca. ¿Y cómo debería llamarte yo?

–Acacia –respondió ella–. Me encargo principalmente de la cocina. Elias es mi hijo y mi ayudante –añadió señalando hacia la ventana. En el patio había un chico tomando café y mirando el mar–. Puede pedirnos lo que necesite.

–Ah, muy bien.

–Por el momento, el horario del desayuno es a las seis en el comedor y el almuerzo a las doce, en la terraza. Preparo algo de merienda sobre las cuatro y luego servimos la cena a las siete. Pero tú puedes pedir comida a la hora que quieras.

–Comeré con Theo.

–Avísame si cambias de opinión. Cultivar una vida es una tarea maravillosa, pero sé lo que puede hacerle a tu estómago.

«Cultivar una vida».

Rebecca se llevó una mano al vientre. A veces era tan fácil dejarse llevar por la situación, por Theo, que olvidaba que estaba gestando una nueva vida. Y quería que la vida de su hijo fuese la mejor posible.

Bebió el refresco de jengibre. Diferente al del día anterior. Más dulce, como si lo hubieran mezclado con miel, pero tranquilizó su estómago lo suficiente como para que pudiese comer un panecillo.

Acacia, por su parte, seguía con sus tareas en la cocina y Rebecca sintió una punzada de nostalgia. Debería llamar a sus padres en lugar de enviarles mensajes, pero seguía sin saber qué iba a decirles porque no tenía claro qué iba a hacer. Y debía tenerlo claro.

–¿Puedes decirme dónde está el gimnasio?

Acacia llamó a su hijo.

–Elias, acompaña a la señorita Murphy al gimnasio.

–*Naí*, por supuesto. Sígame, señorita.

Rebecca bajó del taburete y le dio las gracias a Acacia por el desayuno y la compañía antes de seguir al chico por una angosta

escalera que llevaba a un sótano amplio y bien iluminado.

Elias se detuvo en una puerta y miró a Rebecca.

–No le gusta que le molesten cuando está haciendo su rutina.

Ella sonrió. Mejor razón para molestarlo, entonces.

Tenían que hablar. No podía quedarse sentada todo el día disfrutando del hermoso paisaje. Tenía cosas que hacer y toda una vida que retomar una vez que lo hiciese.

Llamó a la puerta antes de abrir, pero Theo no la oyó porque tenía la música a todo volumen. Él estaba tumbado en un banco, empujando una barra que prácticamente se doblaba con el peso. El sudor le goteaba desde las sienes, mojando el cuello de la camiseta. Sus bíceps se tensaban contra el peso que levantaba y volvía a bajar una y otra vez.

Rebecca lo observaba atónita. Sabía que su fuerza debía provenir de alguna parte, pero no se había imaginado aquello. Ni lo que despertaría en ella.

Theo depositó la barra en el soporte con un fuerte chasquido metálico que la sobresaltó, y debió hacer algún ruido porque él se incorporó y la miró directamente.

La potencia de su oscura mirada, la forma en que esa conexión la atravesaba tan visceralmente como si la tocase en lo más hondo… no tenía ningún sentido para Rebecca, pero así era. Estaba casi jadeando.

Theo se levantó para quitarse la camiseta, dejando al descubierto los firmes pectorales cubiertos de una suave capa de vello oscuro. Era absolutamente perfecto, tan impresionante como una estatua.

No parecía real, pero lo era. Ya había conocido íntimamente su cuerpo varias veces.

Rebecca sabía que debía dejar de mirar ese torso, esos brazos. Necesitaba controlarse.

–Rebecca.

La forma en que pronunció su nombre fue como si encendiese una cerilla, pero ella estaba decidida a apagarla. Decidida a no abalanzarse sobre él.

–No quería interrumpir –consiguió decir con voz ronca–. Me dijeron que estabas despierto.

–Me gusta seguir un horario, pero tú puedes acompañarme. –Theo señaló algunos de los aparatos–. He leído que una mujer puede hacer ejercicio ligero durante el embarazo.

–Yo prefiero dar un paseo. Es lo que hago en casa.

Theo empezó a moverse. Hacia ella. Rebecca retrocedió un poco. No porque él le diese miedo, sino por miedo a su lamentable falta de control.

–Deberías ir conmigo –dijo a toda prisa, esperando que eso detuviera su avance–. Así empezaremos a conocernos.

Porque ese era el objetivo: dejar de ser dos desconocidos que parecían incapaces de resistirse el uno al otro.

Theo seguía acercándose. Había cierta desconfianza en su mirada, pero no entendía por qué. Era él quien había dicho que debían dejar de ser desconocidos, como si fuera tan fácil.

Se detuvo justo delante de ella. Su mirada era intensa, su rostro y su torso estaban cubiertos de sudor. Rebecca se sentía como clavada al suelo y eso no hizo nada para detener los frenéticos latidos de su corazón.

O, peor aún, el pulso insistente entre sus muslos.

–Muy bien, pero primero debes comer algo.

Rebecca se pasó la lengua por los labios, que de repente parecían resecos.

–No prometo que vaya a quedarse ahí, pero he comido algo en la cocina.

–Muy bien. –Theo la miró de arriba abajo y, tontamente, Rebecca deseó haberse arreglado un poco más–. ¿Qué tal has dormido?

–Estupendamente.

–¿Sin pesadillas?

Ella lo miró sin entender.

–Sí.

Theo alargó una mano para tocar su pelo. Su mirada era oscura y traviesa.

–¿Te gustaría saber qué he soñado yo, Rebecca? –preguntó en voz baja.

Sus labios eran una promesa sensual…

Sí, quería decir ella. «Dímelo. Enséñamelo».

Pero, maldita fuera, necesitaba algo de respeto por sí misma, algo de amor propio. De modo que se apartó de él, con un nudo en la garganta.

–No, no. Te veré… en el patio, cuando termines.

Se dio la vuelta y se alejó a toda prisa, anhelando algo a lo que debería resistirse.

La encontró en el patio, mirando la playa. El viento azotaba su pelo y jugaba con su vestido. Enmarcada entre el azul del cielo y el mar, Rebecca era lo más impresionante que había visto nunca.

La ducha fría no había hecho nada para calmar el ardor en su sangre. Había visto su interés, su deseo, su anhelo claramente expresado en esos cristalinos ojos azules. La realidad de ella en su casa, con el mismo deseo atravesándola, era un tormento que no había tenido en cuenta.

Aparecía en sus sueños. Desnuda y suya.

Había intentado exorcizar sus demonios mediante un entrenamiento duro. Funcionaba con casi todos los demás problemas en su vida.

Pero no con ella.

Incluso bajo la ducha fría su mente no tenía reparos en imaginarla tomándolo en su boca…

Solo con mirarla se sentía como un adolescente con las hormonas descontroladas.

«Como tu padre».

Pensar eso le hizo recuperar algo de control y se acercó a ella. Rebecca lo miró, esbozando una sonrisa.

–Sigo pensando que deberías haberme invitado a venir, pero debo admitir que es un sitio precioso.

Theo la tomó del brazo.

–No es fácil caminar sobre la arena. Debes tener cuidado.

Ella dejó que la tomase del brazo, pero mantuvo cierta distancia. Como dos desconocidos en una primera cita.

Poco después, Rebecca se detuvo para quitarse los zapatos y suspiró, feliz, cuando reanudaron el paseo.

–Háblame de ti, Theo. Tenemos que empezar a conocernos.

Como si fuera una entrevista de trabajo. Frustrado por su propio deseo desbordante, y porque ella de repente parecía indiferente a ese deseo, Theo respondió con brusquedad:

–Yo sé todo lo que necesito saber sobre ti.

–¿Ah, sí? –respondió ella con altiva indiferencia.

–Eres Rebecca Murphy. Naciste y creciste en Irlanda, en la finca Desmond. Tus padres se encargan de los caballos allí. Desde joven mostraste aptitud para la equitación y los Desmond ayudaron a financiar tu calendario de competiciones. Habrías participado en los Juegos Olímpicos, pero una desafortunada lesión y las cirugías posteriores lo hicieron imposible. De ahí las cicatrices en tu cadera.

Rebecca se quedó boquiabierta.

–Me has buscado en internet.

No sabía por qué se sorprendía tanto, ya que ella había hecho lo mismo. ¿Pensaba que no intentaría averiguar algo sobre la madre de su hijo?

–No eres un gran misterio, Rebecca Murphy. Salvo las cicatrices en la cadera, fue muy fácil descubrir todo lo demás.

–No te lo puse difícil para descubrir las cicatrices –murmuró ella con retintín.

Theo rio; un sonido y una sensación a las que no estaba acostumbrado. Pero incluso cuando lo ponía de los nervios, había algo divertido e interesante en Rebecca. Sabía quién era y no intentaba disimular. Estaba segura de sí misma a pesar de sus circunstancias. Y no conocía a mucha gente que se sintiera así, a menos que tuviese dinero y poder.

–No eres el único que sabe buscar en internet, por cierto.

Theo torció el gesto. No le hacía gracia que descubriera cosas sobre él que la prensa había publicado en su juventud.

–¿Y qué sabes de mí?

–Nadie sabe quién es tu madre. Tu padre, Atlas Nikolaou, te presentó como si fueras hijo suyo y nunca se supo de dónde venías, aunque hay muchos rumores. Durante tu infancia, tu padre se casó un par de veces y, dependiendo de la esposa, te enviaban a un internado o te quedabas en casa.

Theo se puso rígido. Sabía que los numerosos matrimonios de su padre eran públicos, fáciles de descubrir, pero no esperaba que ella relacionase su intermitente experiencia en el internado con la mujer que estuviera casada con su padre en ese momento.

–¿Qué más has descubierto?

–En la universidad mostraste aptitudes para muchas cosas, pero siempre has destacado en los negocios –siguió Rebecca–. Te has convertido rápidamente en el heredero de tu padre y parece que poca gente lo atribuye al hecho de que eres su único hijo. Al parecer, eres así de bueno en tu trabajo.

–Naturalmente.

–Como eras más responsable y dedicado que tu padre, rápidamente asumiste más responsabilidades en la Banca Titan mientras él actuaba como figura decorativa. Hasta que sufrió un infarto hace unos meses y dio un paso atrás para centrarse en su salud.

A Theo se le revolvió el estómago, aunque no tenía sentido. Todo el mundo sabía eso. Era fácil encontrar información sobre él en internet. Y, sin embargo, la forma en que recitaba datos sobre su vida, reduciéndola a un pequeño párrafo, le resultaba irritante.

Theo empezó a caminar de nuevo, sin mirarla.

–Una simple búsqueda en internet y ya nos conocemos. Podríamos estar casados para el final del día y todo estaría arreglado.

–No nos conocemos. Sabemos datos el uno del otro, nada más. Eso no es suficiente para casarse.

–Las cicatrices en tu cadera no son datos.

–Pero no sabes nada del accidente, ni de la cirugía o la recuperación. No sabes lo que sentí cuando… –Rebecca sacudió la cabeza–. Las cicatrices son una realidad que no podrías entender sin entenderme a mí.

Theo percibió el dolor en sus palabras y algo dentro de él se encogió. Quería saber todo eso. Quería encontrar la fuente de su dolor y solucionarlo.

Por otro lado, no quería tener nada que ver con algo tan complejo, tan irreparable. Porque no podía curar sus dolencias físicas. No podía

retroceder en el tiempo y cambiar las cosas para que pudiese competir en los Juegos Olímpicos.

De modo que se quedó sin palabras, algo que no solía ocurrirle. Por suerte, ella no le dio mucho tiempo para vivir con esa incomodidad.

–Cuéntame algo de ti que no sepa nadie –sugirió.

–Tú primero –replicó él.

Rebecca suspiró, pensativa.

–Supongo que poca gente lo sabe, pero… en fin, estaba más o menos comprometida con Patrick Desmond.

Theo se quedó paralizado. Patrick Desmond, el novio de la boda que había dado comienzo a todo aquello. El único adjetivo que se le ocurría para Patrick era «insulso». No había nada interesante en él o en su pareja, pero ahora recordaba a Rebecca observándolos. Le había preguntado si creía que eran felices.

La miró entonces. Miró su pelo alborotado por la brisa, las ligeras pecas en el puente de su nariz. Pensar en ella con Patrick Desmond, imaginar las manos de ese hombre sobre ella, o un anillo en su dedo, lo enfurecía por razones que ni podía ni quería analizar.

–¿Qué significa «más o menos comprometida»?

Ella suspiró, mirando el agua mientras caminaban.

–Se suponía que íbamos a comprometernos cuando volviese de los Juegos Olímpicos.

Theo vio rabia y frustración en sus ojos. Tal vez algo de melancolía. No vio angustia ni tristeza, pero recordó esa noche… lo rápidamente que había aceptado su invitación. ¿Era por eso? ¿Era porque Patrick se había casado con otra?

¿Importaba? Claro que no.

–En lugar de eso, tuve un accidente y pasé meses en el hospital –siguió diciendo ella–. Patrick no estuvo muy atento, la verdad. Yo no le di importancia, pero debería haberlo hecho. Nos enviábamos mensajes, pero nunca me dijo que iba a casarse con otra. Luego, cuando por fin pude volver a casa, fui a verlo y…

Theo no quería escuchar esa historia, pero se quedó allí, memorizando sus rasgos, viendo las emociones que los recorrían.

Las cejas fruncidas, la curva de sus labios. Rabia y desilusión más que tristeza.

¿O solo estaba imaginándolo?

–Bridget estaba allí, la mujer con la que se casó, y me di cuenta de que había sido una tonta. Patrick siempre iba a seguir los dictados de su padre, pero yo pensé…

–Que porque la familia había financiado tu candidatura olímpica, y porque esa comadreja había dicho que se casaría contigo, cumpliría su palabra.

Rebecca lo miró con gesto de sorpresa.

–Yo debería haber…

–Me parece que los «debería haber» recaen sobre los Desmond, no sobre ti. Ese Patrick era un cobarde. La gente cambia de opinión, *omorfiá mou*. La gente cede ante la presión, pero él debería haber sido lo suficientemente valiente como para admitirlo.

Ella pareció pensarlo mientras caminaban de nuevo sobre la arena.

–Pero ¿no debería haber visto yo que Patrick era un cobarde?

La pregunta quedó colgada en el aire y él se vio obligado a responderla, cuando lo que ansiaba era dejar atrás esta conversación.

–Quizá te cegaba el amor.

Theo saboreó su propia amargura ante esa palabra.

–Supongo que sí –asintió ella, encogiéndose de hombros–. Aunque no sé por qué el amor debería haberme cegado. No es que no supiera que Patrick tenía defectos, pero lo quería a pesar de ellos.

Los dos se quedaron en silencio. La idea de que ella hubiese amado a un tonto sin voluntad que luego se casó con una novia más adecuada le resultaba insoportable. No quería seguir hablando de eso, de modo que decidió cambiar de tema y contarle algo que, sin duda, ella desconocía.

–Sé quién es mi madre.

–¿En serio? ¿Está viva?

–Vivita y coleando.

Creía haberlo aceptado mucho tiempo atrás. Creía que su amargura se había aliviado, pero la existencia de su propio hijo había avivado esa amargura.

–¿Quién es? –preguntó Rebecca.

–No importa –respondió él–. Nunca hemos tenido contacto y nunca lo tendremos. Pero no es que nadie conozca su identidad. Yo sé quién es.

Su padre nunca le había mentido, nunca intentó ocultarle la verdad.

Su madre no los quería. Quería su corona y a su familia. Se había dignado a traerlo al mundo y luego se había desentendido por completo.

Theo suponía que por eso nunca pudo odiar a su padre. Al menos él no lo había abandonado.

Por eso él nunca abandonaría a su hijo y tampoco permitiría que Rebecca lo hiciese. Su hijo tendría todo lo que él no había tenido y nunca dudaría de cuál era su sitio.

–Supongo que somos los únicos que lo sabemos o en algún momento habría salido a la luz.

–¿Por qué dices «salir a la luz»? –preguntó Rebecca–. ¿Quién es ella? ¿Es famosa?

¿Había dado un paso en falso? ¿Había revelado un detalle que no debería? Theo estaba tan desconcertado por la posibilidad de haber cometido un error que no pudo encontrar palabras. En la playa, contemplando a la hermosa mujer que había trastocado su vida, no sabía qué decir.

«Eres Theodorou Nikolaou. Nadie puede trastocar tu vida».

–Creo que ya hemos paseado suficiente –dijo, sabiendo que ese tono cortante solo serviría para aumentar su curiosidad.

Y sabiendo que debería haber mantenido la boca cerrada en lugar de intentar distraerla de sus penas. Sabiendo que, si no se controlaba, cometería más errores.

Y eso era inaceptable.

Capítulo 10

Rebecca estaba satisfecha con esa conversación en la playa. Quizá no había sido muy sincero sobre su madre, pero sin duda era un tema delicado. Además, no lo había evitado del todo y le había contado algo que desconocía. Algo que nadie sabía salvo su padre y él.

Quizá no era tan importante, pero indicaba cierta confianza, ¿no? Le dio vueltas a eso durante el resto del día.

Después del paseo, Theo se disculpó, alegando que tenía asuntos que atender. La vería de nuevo en la cena y le dio carta blanca para explorar la casa y la isla.

Aunque ella no necesitaba que le diese carta blanca. Él la había llevado a una isla sin pedirle opinión y no necesitaba que le diera permiso para curiosear. Y eso fue exactamente lo que hizo. Revisó cada rincón de la casa, salvo su dormitorio porque estaba cerrado. Y su despacho porque él estaba dentro.

En una lujosa habitación que podría ser una sala de estar, o como fuera que los ricos llamaban a esa abundancia de habitaciones, encontró un gabinete de curiosidades lleno de artefactos. Le recordaba a un museo, aunque no era tan recargado. Las antigüedades estaban dispuestas como obras de arte: pequeños cuencos, esculturas, aparatos que no tenía ni idea de para qué servían. En la misma habitación había una estantería llena de libros de historia y arquitectura, la mayoría sobre Grecia o esa zona del Mediterráneo.

En otra habitación encontró una biblioteca llena de libros sobre una amplia variedad de temas. Allí, las paredes estaban adornadas por hermosos cuadros con representaciones de dioses y diosas griegos.

Todas las habitaciones estaban llenas de obras de arte, libros o antigüedades. Era la antítesis de su casa en Atenas y solo pudo concluir que aquel sitio era importante para él. Sin embargo, no entendía por qué. Theo no parecía un hombre preocupado por lo que los demás pensaran de él. Entonces, ¿por qué ocultar su verdadera personalidad en esa isla privada?

Allí había claves para conocer a ese hombre, pero aún tenía que encontrar las puertas ocultas que debía abrir para que todo cobrase sentido. Para poder pensar en algún tipo de relación entre ellos, ya fuera amistosa o de cualquier otra índole.

Tras quedar satisfecha con su examen de la planta principal, Rebecca bajó al sótano, en el que además del gimnasio había una sala que contenía una serie de colchonetas, esterillas y sacos de boxeo.

Por un momento, imaginó a Theo boxeando, su cuerpo cubierto de sudor…

Pero luego recordó lo que estaba haciendo: intentaba descifrar al hombre. Tenía datos y lo tenía a él. Su forma de hablar, de actuar y reaccionar. No podría decir que se conocían lo suficiente como para decidir cómo iban a seguir adelante, pero estaba haciéndose una idea de su personalidad.

¿Cuánto tiempo necesitaría? Su hijo nacería en unos meses. Eso todavía parecía estar a años luz de distancia, pero llegaría y ella no podía quedarse en una isla, por preciosa que fuera, sin trabajo, sin control sobre su propia vida.

Después de que Acacia le preparase un almuerzo rico y sustancioso, Rebecca dio otro paseo por la playa. Le encantaba el aire cálido y suave, el sonido de las olas, el canto de los pájaros, el imposible azul de todo.

Eran solo unas vacaciones, se decía a sí misma una y otra vez. Unas vacaciones con un propósito. Desde luego, no podía acostumbrarse porque pronto estaría de vuelta en Irlanda.

Ella adoraba Irlanda, a sus padres, a los caballos. Pero no podía imaginar su vida allí, con el fantasma de Patrick y Bridget rondando sobre ella. Ni en la habitación de su infancia ni en un trabajo que

solo servía para recordarle que todos sus sueños se habían esfumado tras un golpe de mala suerte.

Pero esa era su realidad y la isla era solo… un pequeño descanso mientras lidiaba con la idea de tener un hijo con un hombre al que apenas conocía. Y debía recordar que todas sus decisiones debían reflejar no solo lo que ella quería, sino lo que sería mejor para su hijo.

Se echó una siesta después de pasear y luego se dio un baño. Cuando fue a vestirse para la cena, abrió el armario y encontró un montón de ropa que no era suya.

¿De dónde había salido? ¿Era ropa nueva o Theo guardaba allí prendas femeninas para abastecer a las mujeres a las que secuestraba?

Rebecca frunció el ceño. Daba igual. No tenían una relación, de modo que las mujeres en la vida de Theo no eran asunto suyo.

Aunque hiciese tonterías como dejar que la tocase.

Rebecca se llevó una mano al vientre. Bueno, tendrían que mantener algún tipo de relación. Y no podía pedirle que se mantuviera alejado de las mujeres cuando se negaba a casarse con él.

Pero ¿no era justo pedirle que se abstuviera hasta que decidiesen cómo iban a criar a su hijo? ¿No era perfectamente razonable sugerir que se mantuviera alejado de cualquier otra mujer mientras ella estuviese allí?

«No lo es, y tú lo sabes».

Esa voz práctica y sensata en su cabeza se parecía mucho a la de su madre, quien casi siempre tenía razón. Por poco que a Rebecca le gustase.

Frustrada consigo misma, se puso unos informales pantalones de algodón y una camiseta holgada. No se molestó en ponerse zapatos, solo sus calcetines, que Acacia o alguien debía haber lavado en algún momento.

Tenía hambre, de modo que se dirigió al comedor, pero se detuvo en la puerta. La larga mesa estaba puesta como para una fiesta, repleta de bandejas y cuencos llenos de comida, con copas de cristal

y varios cubiertos a cada lado de los platos. Las velas titilaban tentadoramente y los aromas eran absolutamente deliciosos.

Pero le recordaba a las cenas que servían los Desmond. Solo la habían invitado a una, la víspera de su viaje a las eliminatorias olímpicas. Sus padres y ella se habían vestido elegantemente y habían cenado en casa de los Desmond como invitados en lugar de como empleados.

Patrick le había sonreído desde el otro lado de la mesa, feliz y orgulloso, y ella se había sentido como en casa.

Pero no era su casa.

–¿Debería haberme puesto un vestido de gala? –le preguntó a Theo.

–Puedes ponerte lo que quieras. Yo tengo costumbre de cenar así cuando estoy en la isla.

–¿Solo?

Su sonrisa provocó una oleada de deseo que partió de la boca del estómago y se extendió por todo su cuerpo.

–Eso depende –respondió él.

Rebecca no frunció el ceño, aunque quería hacerlo. Pero los celos eran una emoción tan estúpida como querer abalanzarse sobre él cada vez que sonreía.

Aunque la idea de que tuviese a otra mujer allí, tocándola como la tocaba a ella, le resultase insoportable. Daba igual que no tuvieran una relación.

–¿Vas a sentarte a comer? –preguntó él con cierta burla, como si pudiera leer sus pensamientos.

Mortificada, Rebecca levantó la barbilla, esperando fingir indiferencia mientras se sentaba al otro lado de la mesa.

Una mesa larguísima.

–Esto es ridículo –dijo levantándose–. No podremos mantener una conversación si tengo que gritarte por encima de una mesa.

Rebecca tomó su plato y su copa y se sentó a su lado.

–Así es como come la gente normal.

Él la miró como si fuera una extraterrestre.

–Quizá no quiera oírte masticar, *omorfiá mou*.

Ella puso los ojos en blanco.

–Supongo que, en cierto modo, me crie en un pajar, pero tengo modales en la mesa, por rústicos que sean.

Él esbozó una sonrisa. Y había algo en divertirlo de un modo genuino, no de una manera sexual, que le calentó el corazón.

Pero eso la hizo desear haberse quedado al otro lado de la mesa. Porque la atracción sexual estaba ahí, siempre, y ella estaba decidida a resistirse.

Al menos hasta que tomasen algunas decisiones.

«Deberías resistirte siempre».

Debería, sí. ¿Lo haría? Bueno, eso estaba por verse. Lo intentaría de todos modos.

–Quizá yo sea el problema entonces –dijo él, llevándose la copa a los labios.

Rebecca notó que su copa estaba llena de agua, no de vino ni de ninguna bebida alcohólica.

–¿Por qué lo dices?

–A mí no me educaron de forma normal.

Era el pie perfecto para iniciar una conversación.

–¿Y cómo te educaron? ¿Cómo fue tu infancia?

Él no respondió inmediatamente. Sin duda tenía una negativa en la punta de la lengua, pero pareció pensarlo mejor. Entendía que eso era lo que ella necesitaba e iba a intentar dárselo. Rebecca sonrió, a su pesar. Quizá era prepotente, pero lo intentaba.

–En realidad, tú lo resumiste muy bien en la playa. No hay mucho más que decir.

Claro que lo había, pero tal vez Theo no entendía a qué se refería. No solo los hechos, sino cómo se sintió cuando era niño, qué había significado para él crecer como lo hizo. Así que quizá tendría que mostrárselo.

–Mis padres tuvieron problemas de fertilidad. Nunca hablaron de ello, pero cuando me hice mayor descubrí que habían intentado tener otros hijos y no pudieron. Así que yo era su única preocupación. En muchos sentidos, tuve suerte. Son cariñosos y me apoyan en todo. Supongo que me malcriaron. No creo que les gustase que los Desmond financiasen mi formación, pero sabían que

me encantaba montar a caballo y querían que tuviese lo que me hacía feliz.

Él parecía algo incómodo, pero empezó a llenar su plato con cuidado, metódicamente.

De modo que Rebecca siguió hablando de cómo creció en los establos, de su amor por los caballos. Lo hizo reír con una anécdota de algo que le ocurrió a los ocho años, cuando se escabulló en mitad de la noche para montar a caballo… solo para caer de bruces sobre un montón de estiércol.

–Te toca a ti.

–Yo no tengo historias tan divertidas.

–Seguro que sí. Cuéntame una anécdota de tu infancia que demuestre qué te apasionaba y por qué estabas dispuesto a saltarte las reglas. Yo adoraba a los caballos y montarlos de noche era más importante para mí que no meterme en líos. Esas cosas, incluso de niño, dan una medida de tu personalidad.

–Yo no me salté las reglas.

–¿Nunca? ¿Ni siquiera por despecho o por ira?

–Los internados eran muy estrictos.

–¿Y cuando vivías con tu padre?

–Supongo que no había muchas reglas que saltarse. –Theo se encogió de hombros–. En realidad, era mucho más probable que yo las estableciese. Mi padre nunca me impuso nada.

A Becca no se le ocurría qué decir, pero le parecía increíblemente triste. Sus padres siempre habían sido exageradamente responsables, pero no imponer regla alguna a un niño… en fin, era absurdo.

–Mi padre era muy irresponsable. –Theo siguió hablando al ver que ella no decía nada–. En casa siempre había un desfile de mujeres que no tenían interés en ser madrastras y yo tampoco quería una. Cuando estaba en casa, yo solo buscaba algo de orden y estabilidad. Nuestro hijo tendrá todo eso.

Orden y estabilidad. Qué palabras tan severas, pensó Rebecca. Aunque seguramente lo que Theo había querido era seguridad, personas en las que pudiese confiar. Y como ella siempre lo había tenido, quería asegurarse de que su hijo también lo tuviese. Pero la

infancia era algo más que orden y estabilidad. Era calidez, diversión, afecto, aprender de los errores.

Theo debió percibir la compasión que sentía por él porque su expresión se endureció.

–Impondremos reglas a nuestro hijo.

–Sí, las reglas son importantes, pero debemos acordarlas desde el principio. Y tendrán que cambiar a medida que el niño crezca.

Ambos se quedaron en silencio. Rebecca pensaba no solo en su hijo, sino en los años y años que estaría conectada con ese hombre.

Para siempre.

Pero se dio cuenta de que estaba pensando en eso como un problema que debía resolver. Para siempre, sin embargo, significaba que no había solución. Theo era el padre de su hijo y quería involucrarse en su vida, de modo que tendría que lidiar con él para siempre. Intentar llegar a un acuerdo con él para que ambos acordasen la mejor forma de proceder.

Por su hijo.

–He contratado a una doctora que vendrá a vivir a la isla –anunció Theo entonces–. Llegará mañana.

Rebecca lo miró fijamente.

–¿Cómo dices?

–El médico que consultamos inicialmente tiene demasiados vínculos con mi padre y la doctora Doukas viene muy recomendada. Su formación es impecable.

–No hace falta contratar a un médico solo por unos días. Estoy perfectamente.

Theo no dijo nada de inmediato. Casi podía verlo sopesando las palabras mientras ella sentía algo parecido al pánico. Así sería para siempre: él tomando decisiones y dando órdenes.

Era inaceptable.

–Tengo cita con mi médico en dos semanas. Van a hacerme una ecografía y yo… los dos sabremos si vamos a tener un niño o una niña.

–Me he tomado la libertad de cancelar esa cita por ti. No tiene sentido que vuelvas a Irlanda. El niño tendrá un padre y una madre

y eso sería imposible si cada uno viviera en un país distinto. Tú misma llegarás a esta conclusión con el tiempo.

Estaba equivocado, pensó ella. Todo lo que hacía estaba mal, pero no lo hacía por egoísmo. O no del todo. Al fin y al cabo, no había sugerido mudarse a Irlanda, pero estaba haciendo lo que él creía mejor para su hijo.

Tenía que entrar en esa cabeza egocéntrica de multimillonario y hacerle entender que ella también tenía sentimientos, necesidades y derechos.

–Se supone que debes consultar con las personas por quienes decides –dijo Rebecca, apretando los dientes–. No puedes decidir por mí solo porque creas que es lo mejor.

–Pero es lo mejor…

–No importa lo que tú creas –lo interrumpió ella–. Yo también tengo voz y voto. ¿Cómo te sentirías tú si alguien te dijese lo que tienes que hacer?

–Si fuera algo sensato, lo escucharía.

Rebecca dejó escapar un suspiro. Era como hablarle a una pared de ladrillos. Quería gritarle, tirarle el contenido de la mesa y luego correr de vuelta a Irlanda. A su médico, a sus planes. A su vida.

Pero eso no resolvería nada. Sin duda, Theo la seguiría fuese donde fuese. Por ridículo que lo encontrase, seguía siendo el padre de su hijo.

Theo no la entendía y ella no encontraba palabras para convencerlo.

Pero eso le dio una idea.

Así que dejó de discutir y empezó a conspirar.

Capítulo 11

Dormir no era fácil para Theo últimamente. No estaba acostumbrado a tener dificultades en su isla, en su santuario. Allí nunca dejaba que las preocupaciones lo afectasen.

Aunque suponía que no eran las preocupaciones lo que lo mantenía despierto. No era tan sencillo. Ni siquiera que, cuando lograba dormir, a menudo soñaba con Rebecca y despertaba duro y jadeante.

Eran los sueños que no terminaban en un deseo frustrado los que lo perturbaban, los que hacían que dormir fuese más horrible que quedarse tumbado mirando el techo. Eran los sueños de ella con un niño en brazos los que lo atormentaban. Su hijo. Con el pelo oscuro y los ojos azules.

Aunque ese sería su futuro y lo había aceptado.

Pero eran los sueños en los que ambos desaparecían como una nube de humo, de formas diversas e imposibles, por un acantilado o en el mar, los que hacían que dormir le pareciese cada vez menos seguro. Podría ahondar en lo que había detrás de esos sueños si quisiera, pero no quería.

De modo que se quedó en la cama, intentando no recordar los sueños. Ni esa maldita discusión durante la cena.

Había visto compasión en su rostro. Compasión. Como si él fuera digno de lástima después de haber superado todo lo que la vida le había deparado. No diría que su infancia fue feliz, pero tampoco fue traumática. No tuvo una madre, pero eso era algo que le pasaba a mucha gente. Su padre había sido descuidado, pero nunca fue cruel. No había tenido estabilidad y eso había sido un desafío en ocasiones, pero lo había convertido en un hombre capaz de afrontar cualquier reto.

Había alcanzado todos sus objetivos profesionales. Tenía todo lo que un hombre podría desear. Y le daría a su hijo lo que él no había tenido.

Era él quien debería compadecerla, pero no era eso lo que había sentido cuando hablaba de su infancia. El cariño con el que hablaba de sus padres se instaló en él como garras porque añadía algo más a una larga lista de exigencias para su futuro papel de padre.

En el futuro, quería que su hijo hablase de él y de Rebecca con el mismo cariño. Sería un buen padre, se dijo a sí mismo. Su hijo tendría lo mejor.

Pero le aterraba fracasar. Le daba miedo que, por mucho que lo intentase, no pudiera conseguirlo por pura fuerza de voluntad.

Salvo manteniéndola allí. Salvo casándose con ella. Quizá no pudiera darle a su hijo lo que los padres de Rebecca le habían dado a ella, pero podía intentarlo. Y el matrimonio era un paso imprescindible para lograrlo.

Porque él era un hombre que se fijaba metas y que las alcanzaba sin importar los desafíos.

Ese pensamiento lo tranquilizó lo suficiente como para que, por fin, se perdiera en un sueño que no tenía sentido. Perseguía a Rebecca por la isla, en Atenas. En la finca de los Desmond en Irlanda. Parecía estar a su alcance, pero luego desaparecía. Y cada vez que lo hacía, la desolación y la desesperación crecían en su pecho.

Pero hasta eso era mejor que el final, cuando por fin la alcanzaba y ella se derretía entre sus manos, pálida y sin vida.

Se despertó con un sobresalto, intentando respirar. Casi gritó al ver una figura al pie de la cama, pero logró contenerse a tiempo.

–Buenos días –canturreó Rebecca alegremente.

Tenía que ser un sueño. Solo otra parte de la serie de horribles pesadillas. Theo se sentó en la cama, respirando con dificultad, mientras ella lo miraba con una sonrisa radiante.

–¿Qué significa esto? –preguntó con tono seco.

Podría haber agradecido esa visita inesperada si llevase algo que sugiriera que iba a meterse en la cama con él. Cualquier cosa que le

hiciera creer que estaba allí para exorcizar el recuerdo de esa pesadilla.

Pero llevaba ropa deportiva, incluso zapatillas de tenis. El pelo recogido en una coleta y unos auriculares colgados del cuello.

–He decidido que lo mejor para ambos es correr temprano cada mañana –anunció, dejando una botella de agua sobre la mesilla–. Y deberías beber agua al despertar, no café. Es mejor para la salud.

Theo miró la botella. Luego a ella. Quizá seguía medio dormido porque no entendía de qué estaba hablando.

–¿Qué estás haciendo?

–Es lo que he decidido y, como es lo correcto, deberías levantarte y vestirte para correr.

Rebecca sonrió, pero su alegría era fingida. Había algo gélido en sus ojos. Y él no era un tonto, aunque su cerebro aún no funcionaba a pleno rendimiento. Dejando escapar un profundo suspiro, se recostó contra el cabecero.

–Ya veo lo que estás haciendo.

–Estoy haciendo lo correcto –dijo ella con falsa despreocupación. Una actuación excelente, en definitiva–. Los padres necesitan estar sanos y cuidarse. Un hábito que debemos consolidar antes de que el recién nacido nos complique la vida.

–Has dejado claro lo que quieres, Rebecca.

Aunque estaba irritado, Theo tuvo que disimular una sonrisa. Esa pequeña farsa para demostrar que tenía razón lo impresionó, podía admitirlo, pero no hizo que cambiase de opinión.

No necesitaba que ella comprendiera su forma de pensar. Sabía que tenía razón, pero no le costaría nada seguirle el juego. Y, de hecho, podría ser muy agradable.

–Y creo que tienes toda la razón –dijo luego, intentando imitar su tono alegre.

Ella lo miró con recelo.

–Lo sé.

Theo apartó las sábanas.

–Vamos.

Pero Rebecca no se movió. Se quedó allí, mirándolo fijamente mientras se levantaba de la cama… completamente desnudo.

Sus ojos estaban clavados en el sitio donde él ya estaba duro y listo, solo para ella.

Rebecca tuvo que aclararse la garganta.

–Tendrás que vestirte.

–¿De verdad?

Ella abrió la boca, pero no dijo nada, como si hubiera olvidado lo que quería decir.

Theo intentó mantener una expresión seria mientras daba un paso hacia ella.

–El ejercicio es importante, por supuesto. Incluso en tu estado, he leído que es importante moverse a diario. Pero creo que hay una manera mejor de ejercitar el sistema cardiovascular.

Rebecca lo miraba con los ojos muy abiertos. Se había ruborizado y su pecho subía y bajaba de forma agitada, como si no pudiese llevar oxígeno a sus pulmones.

No sabía qué decir. En realidad, no había nada que decir. Lo deseaba. Tan obsesiva y ridículamente como él la deseaba a ella.

–Y he llegado a una conclusión muy interesante.

Estaba a su lado, hablándole al oído, y Rebecca no retrocedió.

–¿Qué conclusión?

–Creo que quizá entraste aquí no para demostrar que tienes razón, sino porque… –Theo se inclinó hacia ella un poco más, para que pudiera sentir su aliento. Para que su calor los envolviese a los dos–. Creo que te gusta que te digan lo que debes hacer, Rebecca.

El gemido que escapó de su garganta fue como un puñetazo erótico. Una especie de suspiro mezclado con un jadeo de puro deseo sexual.

Ella no se apartó. Se quedó allí, inclinándose ligeramente hacia él. Y aun así intentó negar lo que era evidente.

–No, yo…

–Yo creo que sí. –Theo deslizó un dedo por uno de sus pezones, que ya se había endurecido–. Te gusta que te diga lo que quiero. Lo que exijo.

Rebecca dejó escapar un gemido.

–Theo…

–Sí –murmuró él, deslizando el dedo por la curva de su vientre hasta el triángulo de rizos entre sus muslos, que frotó suavemente–. Quieres que te digan lo que debes hacer, ¿verdad, Becca? Te gusta eso. Quieres eso. Me deseas. Aquí, ahora.

–Yo…

Lo deseaba. Claro que sí. Y el abismo de deseo lo atravesó con tanta fuerza que quiso que cortase más profundo, que los partiese a ambos en dos.

–Arrodíllate.

Sintió que ella se estremecía. Sí, la orden la excitó, pero no estaba seguro de que la aceptase. Hasta que lentamente, muy lentamente, comenzó a arrodillarse. Apoyó las manos en sus muslos y luego lo miró mientras apartaba una de ellas para agarrar su miembro.

Él la observaba, intentando contener su deseo. Tomó aire, pero respirar era un tormento. Sin decir nada, enredó la mano en su pelo y empujó su cabeza. Ella no se resistió, no dudó. Lo tomó en su boca lenta, perfectamente.

Su boca era un paraíso, especialmente cuando lo tomó profundamente. Todo lo demás dejó de existir salvo la fricción aterciopelada de su lengua y el deseo hirviente que se enroscaba en sus músculos.

Pensó en apartarse, en demostrar que él llevaba el control. Pero quería más que eso. La quería retorciéndose y suplicándole. Quería enterrarse en ella hasta el fondo.

Empujó su cabeza hacia atrás y sonrió cuando ella emitió un gemido de angustia.

–Túmbate en la cama.

Ella parpadeó, pero no dudó en obedecer la orden. Se tumbó en la cama y Theo se apresuró a desnudarla. Una vez desnuda, se tomó un momento para mirarla tendida sobre las sábanas. Una diosa pálida y perfecta.

–¿No vas a hacer nada? –murmuró ella, retorciéndose entre las sábanas.

Desnuda y lasciva. Todos sus sueños hechos realidad.

Y tenía la intención de disfrutarlo.

–Calla y quédate quieta, *omorfiá mou.*

Theo acarició sus pechos y su estómago, separó sus piernas, desnudándola ante él. El aroma de su excitación lo sacudió y se acomodó entre sus muslos para deleitarse en ella con la boca, la lengua y los dientes, estimulado por sus gemidos. Cuando por fin se dejó ir, Rebecca sollozó su nombre y Theo experimentó una oleada de satisfacción y un deseo tan intenso que se había convertido en dolor.

Pero se apartó para mirarla. El pelo se había desprendido de la cinta que lo sujetaba y parecía un halo alrededor de su rostro enrojecido.

Intentó tocarlo, pero él se apartó. Algo oscuro y peligroso lo tenía enredado. Parte de su control se había esfumado por completo.

Quería lo que había visto cuando le ordenó que se pusiera de rodillas y ella obedeció. Quería más de eso. Quería todo lo que ella pudiese darle.

–Suplícame.

Esa orden impactó a Rebecca como un rayo. Hasta entonces había sido un juego erótico, pero ahora…

–Theo…

Quería negarse. Debía hacerlo. Pero tenía dificultades para aferrarse a ese pensamiento cuando su cuerpo latía con un deseo incontrolado.

–Suplícame –repitió él, con tono implacable.

Y Rebecca quería hacerlo. No sabía qué decía eso de ella, no tenía la capacidad mental para determinar los porqués o para recordarse a sí misma que había ido allí para demostrar algo, pero él le había dado la vuelta a la situación.

En ese momento no le importaba nada de eso. Lo único que le importaba era sentir a Theo dentro de ella.

–Por favor, Theo…

–¿Por favor qué?

–Yo… yo… –Becca no encontraba las palabras–. Por favor. Te quiero dentro de mí…

La mirada de Theo era oscura, aguda y feroz. Seguía sin tocarla, sin moverse.

–¿Y qué quiero yo?

Era una orden y ella sabía la respuesta.

–Esto, a mí.

Porque aquello no era unilateral. Tal vez él deseaba tener más control, pero estaban juntos en eso.

–Me deseas, así que tómame.

–Eso suena más como una orden que una súplica, Becca.

Becca. Sí, ella quería volver a ser esa mujer. Despreocupada y en sintonía con su cuerpo, capaz de encontrar un placer inconmensurable. De modo que suplicó con vehemencia hasta que Theo la colocó sobre él y se deslizó hasta el fondo por fin.

Era increíblemente grande, increíblemente exigente. Cada embestida era como si tirase de un cable dentro de ella que nunca había sabido que existiera. Una escalada hacia algo desastroso y sin embargo… un placer tan increíble que no le importaban las consecuencias.

El crescendo del placer la derretía hasta los huesos, pero él no se detuvo. La empujó aún más, arrojándola por incontables precipicios hasta que no era más que una masa temblorosa. Solo entonces aceleró el ritmo hasta la desesperación, dejando escapar un rugido cuando se dejó ir en lo más profundo de ella.

Rebecca se desplomó sobre él, ambos sin aliento. No sabía cuánto tiempo permaneció así, felizmente satisfecha, con su mano en la espalda en un gesto de posesión.

Debería molestarle, pero no era así. ¿Alguna vez se había sentido poseída? ¿Alguna vez había sentido ese poder salvaje e irracional?

Pero tenía que pensar racionalmente. No había ido a su habitación para eso.

–Esto no ha solucionado nada –murmuró sobre su pecho.

–¿Cómo que no? Yo me he desahogado y creo que tú también.

Rebecca no pudo evitar una sonrisa ante ese tono tan presuntuoso. Podía notar los fuertes latidos de su corazón latiendo sobre el suyo…

Y entonces sintió algo más. Allí, tumbada sobre él, con sus brazos rodeándola. Algo cálido, algo tierno.

Algo que parecía… peligroso.

Se apartó de él para recuperar el aliento y, por un momento, se quedó mirando al techo, intentando comprender los inestables latidos de su corazón.

Intentando comprender cómo había irrumpido allí, convencida de que iba a demostrarle que tenía razón, y había terminado desnuda e insegura.

Era frustrante admitir que él tenía la sartén por el mango. Que podía darle la vuelta a sus intentos, perfectamente razonables, de hacerle ver que su actitud autoritaria no iba a funcionar con ella.

«Quizá te gusta que te digan lo que tienes que hacer».

Rebecca respiró hondo. Así que le gustaba que la dominaran sexualmente. Eso no significaba que Theo tuviera derecho a cancelar sus citas y pedir otras nuevas. No significaba que tuviera derecho a exigirle que se quedase si no quería hacerlo.

Su cuerpo palpitaba con placenteras descargas de placer. Quería vivir en bata y no salir nunca de la cama.

Pero no era su cama, era la de él.

–Llamaré para que te suban el desayuno, si crees que puedes con él.

Debería hacer las maletas. Theo era una debilidad. Lo que despertaba en ella era una debilidad. Pero en ese momento, cálida y saciada, quería ahondar en una debilidad.

Por una vez, solo por una vez, no quería tener que esforzarse tanto.

Siempre había tenido que esforzarse para todo, mostrarse fuerte, mantener la compostura. ¿Y qué había conseguido con eso? No mucho.

¿Por qué no podía disfrutar de un sexo increíble? ¿Por qué no dejar que alguien más tomase algunas decisiones? ¿Por qué no quedarse y dejar que Theo solucionase todos los problemas? No solo por ella, sino por su hijo.

Rebecca sostuvo su mirada. Y si eso la convertía en una persona débil, que así fuera.

–Sí, me gustaría.

Capítulo 12

Theo la mantuvo en su dormitorio. Hizo que llevaran todas sus cosas allí. No hablaron de ello. Habían terminado las discusiones.

Su decisión era la correcta, ella aceptaría y todo estaría bien.

Rebecca no volvió a mencionar Irlanda. Ni la idea de irse. No intentó volver a la habitación de invitados ni discutir con él. Theo vio esa noche como un punto de inflexión. Si no discutía era porque estaba de acuerdo. ¿Qué otra cosa podría ser?

Le había permitido hacer preguntas indiscretas sobre su infancia, su negocio, sus gustos y sus disgustos. Y él le contó historias sobre el internado y sus primeras hazañas empresariales.

No ahondó en los numerosos matrimonios de su padre, por mucho que ella lo insinuara. No habló de sus relaciones, o la falta de relaciones, con las mujeres que su padre había llevado a casa. Y no habló sobre su madre.

Pero escuchaba lo que ella le contaba sobre su infancia, sus padres, el entrenamiento para los Juegos Olímpicos. Archivó en su memoria todos los detalles, pero cada vez que mencionaba su lesión, el accidente que le impediría volver a competir, se retraía. No podía soportar su dolor, su desilusión. Revolvía algo dentro de él que no quería sentir, de modo que no le permitió ir más allá del momento en que se dio cuenta de que el caballo no iba a saltar.

Si eso molestó Rebecca, no dijo nada. De hecho, no parecía haber nada que la irritase últimamente y eso era extraño. Lo hacía sentir inseguro, como si estuviera haciendo algo mal.

Pero ella iba a su cama todas las noches. Comía con él, conversaba con él. No pasaba nada, de modo que no entendía por qué sentía como si estuviera caminando con pies de plomo.

La doctora Doukas había llegado a la isla, con el escáner para determinar el sexo del bebé, y respondió amablemente a todas sus preguntas mientras pasaba una pequeña varita sobre el cada día más amplio vientre de Rebecca. Theo estaba de pie junto a la cama, mirando el monitor que la doctora acababa de conectar, con un nudo en la garganta.

¿Qué vería cuando apareciese la imagen? ¿Cómo se manejaba ese futuro tan desconocido e incontrolable?

–Por lo que veo, todo marcha bien –dijo la doctora Doukas, señalando la pantalla–. Van a tener un niño y la fecha prevista para el parto es la correcta.

¿Un niño? Él solo veía una imagen granulada…

Rebecca tomó su mano y él la rodeó con los dedos.

Theo no había pensado en… realidades. Había estado tan concentrado en los detalles prácticos, en cómo organizar la vida de su hijo de la mejor manera posible, que no había considerado…

Un niño. Iba a ser padre de un niño.

Y, de repente, se sentía como al borde de un precipicio.

–Enviaré las imágenes por correo electrónico –dijo la doctora mientras empezaba a recoger su equipo–. Quiero verte de nuevo dentro de un mes, Rebecca, pero si tienes alguna pregunta o algún problema, no dudes en llamarme –añadió, girándose hacia Theo–. Enhorabuena, señor Nikolaou. Enhorabuena a los dos.

Theo se quedó a solas con Rebecca y con una inminente sensación de fatalidad.

–Ahora podemos pensar en nombres.

–Nombres…

–Ya tengo un segundo nombre elegido –dijo Rebecca, como si saber que esperaba un niño no cambiase nada–. James, por mi padre. Eso no es negociable, pero podemos ponernos de acuerdo sobre el nombre de pila.

Un nombre. Para su hijo.

–¿Has pensado en alguno? –preguntó ella, despreocupada y serena.

–¿Algún nombre?

–¿Qué te parece Theo James? Suena bastante bien y podríamos llamarlo TJ…

–No.

Su tono era áspero. Los latidos de su corazón resonaban con fuerza en sus oídos y no era capaz de llevar oxígeno a sus pulmones. No entendía qué le pasaba. Solo sabía que… todo estaba mal.

Un niño. Su hijo.

Rebecca se acercó, mirándolo con preocupación. Tal vez se estaba ahogando en el océano que se reflejaba en sus ojos azules. Tal vez todo aquello era culpa suya. Lo que sea que le estuviera pasando.

–¿Estás bien?

–Por supuesto.

–Pareces… asustado.

Theo se aclaró la garganta mientras se apartaba un poco para poder respirar.

–No estoy asustado.

–Es normal, Theo. Yo siento miedo todo el tiempo. Ser padres es una tarea importante y es normal sentirse abrumado por todo lo que no sabemos.

–No estoy asustado ni abrumado –dijo él–. Sabemos todo lo que necesitamos saber, o lo sabremos con el tiempo.

Rebecca inclinó a un lado la cabeza, observándolo.

–Está bien no saber cosas. De hecho, es imposible saberlo todo. Mi madre dice que la preocupación por un hijo nunca desaparece del todo y eso me consuela un poco porque si ella…

–Nosotros sabremos qué es lo mejor para nuestro hijo. Siempre.

Eso era lo mínimo que se exigía a sí mismo. Que Rebecca sugiriese lo contrario era absurdo.

Ella siguió mirándolo durante unos segundos, pero no discutió. Sin duda, entendía que tenía razón.

La certeza ayudaba a superarlo todo. Determinar qué era lo correcto y ponerlo en marcha era la única manera de sobrevivir.

–Si estás abrumado, siempre puedo volver a Irlanda y darte un poco de espacio –dijo Rebecca entonces.

Algo se quebró en su interior. Pero no era pánico, sino una furia que tendría que desahogar abajo, con su equipo de boxeo.

–No vas a volver a Irlanda. Nunca.

La expresión de Rebecca se endureció.

–Deja de darme órdenes, Theo. He cedido más de lo que me gustaría. Te he dado todo lo que has pedido…

–Porque es lo correcto…

–No, porque… bueno, por muchas razones. Pero volveré a Irlanda si decido que quiero volver –lo interrumpió ella–. He intentado darte tiempo, entenderte, pero no estoy dispuesta a aceptar que tú decidas lo que voy a hacer con mi vida. Iré a Irlanda si me da la gana.

Ese arrebato de ira le hizo comprender que había perdido el control del momento y de sí mismo.

Había optado por llegar a un acuerdo. La había convencido para que se quedase en la isla, pero no la había presionado para casarse. Había sido tan feliz con una pequeña victoria que se había olvidado de la maldita guerra. No había insistido en lo que era necesario, en la seguridad de unir sus vidas y sentar las bases para su hijo.

¡Qué grave error!

Pero antes de que pudiese decirlo llamaron a la puerta. Su mayordomo estaba allí, con aspecto menos sereno de lo habitual.

–Disculpe, señor Nikolaou. Lo siento mucho…

–¿Qué ocurre?

–Su padre está aquí.

–¿Aquí?

La expresión de Theo se ensombreció.

–El señor y la señora Nikolaou han venido a pasar el fin de semana. Intenté explicarles, con tacto, que quizá no era el mejor momento, pero…

Sí, Theo sabía cuál sería el pero. La incapacidad de su padre para reconocer cuándo no era bienvenido.

Pero eso le dio algo en qué pensar aparte de los nombres para el niño, la idea de que Rebecca regresara a Irlanda y la boda en la que no había insistido.

No sabía si era el mejor o el peor momento para la aparición de su padre, pero no importaba porque estaba allí y tendría que afrontarlo.

Rebecca observó un millón de emociones cruzando el rostro de Theo, por lo general indescifrable.

Estaba asustado, quisiera admitirlo o no. Y su respuesta era redoblar esfuerzos para controlarlo todo. Había visto eso durante las últimas semanas. Le gustaba pensar que todo ese tiempo había sido una experiencia de aprendizaje. El objetivo de quedarse allí era entenderlo, conocerlo mejor, pero cada vez que creía estar a punto de predecir sus reacciones y estados de ánimo, Theo hacía algo inesperado. Porque si bien lo había visto apoyarse en el control como si fuera una muleta, nunca lo había visto tan enfadado, tan frustrado.

Evidentemente, la relación con su padre era difícil y se preguntaba si eso habría provocado su reacción ante la noticia de que iba a tener un hijo. ¿Se habría enfrentado de repente a la idea de su propia relación con su padre, al miedo a ser como él?

No lo sabía y, sin duda, él evitaría las preguntas. Pero estaba segura de que no quería a su padre allí.

–Prepara unas bebidas –ordenó Theo al mayordomo–. Dios sabe que vamos a necesitarlas. Y adelanta la cena a las cinco. Quizá pueda sacarlo de aquí antes del anochecer. Quédate aquí –añadió antes de salir de la habitación.

Rebecca tardó un minuto en darse cuenta de que la última orden había sido para ella, pero ya había acatado demasiadas órdenes en las últimas semanas y no tenía la menor intención de obedecer.

De modo que lo siguió. Salió de la habitación, bajó por la escalera y se dirigió al vestíbulo.

Había dos personas allí: Atlas Nikolaou, a quien había visto en fotos, y una mujer rubia. Las fotos no le hacían justicia. No era tan alto y corpulento como Theo, pero sus hombros eran igual de anchos y tenía el mismo pelo negro azabache peinado hacia atrás. Su sonrisa era amplia y muy blanca, y había algo deslumbrante en sus ojos oscuros. Era la versión madura de Theo, pero más alegre.

La rubia que estaba a su lado era alta y delgada. Llevaba el pelo recogido en un moño que lograba parecer elegante en lugar de severo, pendientes y anillos de oro. Apretaba el bolso con fuerza,

como si estuviese incómoda, pero su natural elegancia hizo que Rebecca se sintiera un poco ridícula por llevar chándal.

Theo no debió de darse cuenta de que estaba detrás de él porque se acercó a saludarlos sin mirarla y Rebecca observó el intercambio con una especie de sombría fascinación. Atlas saludó a su hijo de modo exuberante, pero no fue correspondido con el mismo entusiasmo. No, si acaso parecía un poco conmocionado.

–No recuerdo haberte invitado a venir, padre –dijo con tono de cansada resignación.

Atlas soltó una estruendosa carcajada.

–Claro que no. Nunca lo haces. Ah, y esta debe ser nuestra chica irlandesa.

Theo giró la cabeza para mirarla. Parecía molesto, pero a Rebecca le daba igual.

–Te presento a Rebecca Murphy.

Atlas estrechó su mano con entusiasmo, mirándola de arriba abajo.

–Atlas Nikolaou. Un placer conocer a la mujer que va a darme un nieto –dijo a modo de saludo, inclinándose para hablarle al oído–. Y que ha mantenido a mi hijo tan ocupado.

Luego soltó una carcajada estruendosa que pareció resonar por toda la casa, haciendo vibrar las lámparas de araña.

Seguro que en ciertas situaciones podría ser entretenido, pero en ese momento resultaba estridente y fuera de lugar. Aun así, se encontró sonriendo. Era estrepitoso, pero de una manera tan jovial que no quedaba otra opción que dejarse llevar por su encanto.

–Eh… bueno. –Rebecca no sabía qué decir–. Encantada de conocerte, Atlas.

Él se volvió hacia Theo.

–Preséntale a mi mujer, muchacho.

–Rebecca, te presento a…

No terminó la frase, pero la rubia le tendió la mano. Era alta y destilaba sofisticación. Rebecca no creía que tuviese más de veinticinco años.

–Ariana –se presentó ella misma–. Mucho gusto en conocerte.

Su tono no transmitía calidez, solo una especie de fría cortesía. Quizá porque era evidente que Theo ni siquiera sabía su nombre.

Era el momento más extraño que recordaba haber vivido.

–Solo nos quedaremos el fin de semana –dijo Atlas, mirando a Rebecca como si fueran cómplices–. Pero debes darnos algo de tiempo para conocernos.

–Muy bien, vamos a la terraza. Rebecca está cansada… –Theo la miró fijamente–. ¿Por qué no vas a descansar un rato?

Quizá debería. No necesitaba involucrarse en aquel drama familiar, pero no estaba dispuesta a acatar más órdenes. Además, él se negaba a hablar de su infancia, de la relación con sus madrastras o de su propia madre. Y siempre hablaba de Atlas de forma desapegada, como si en realidad no fuera su padre.

Él no lo sabía ni lo quería, pero sin duda necesitaba un aliado.

De modo que, en lugar de obedecer, esbozó una sonrisa.

–Me siento mucho mejor ahora. Además, estoy deseando conocer por fin a tu familia.

Porque quería ser su aliada, pero también quería llevar el control de su vida.

Capítulo 13

Theo observaba a Rebecca y Atlas riendo en el patio de la casa.

La de su padre era la misma risa estruendosa que recordaba de su infancia. A veces, en aquel entonces, le hacía reír también. Pero cuando lo envió a un internado, gracias a su segunda esposa, Theo había aprendido a ver más allá del encanto, la risa y la diversión.

Atlas podía entretener a la gente y era un placer estar con él. Podía hacerte creer que se preocupaba por ti y por tu felicidad.

Pero se negaba a lidiar con otras emociones. No importaba que uno estuviera triste, molesto, herido o furioso. Siempre encontraba la forma de darle un giro positivo a cualquier situación y si insistías en hablar en serio, se retiraba.

Theo sabía que era por eso por lo que sus mujeres lo dejaban. Aunque Ariana ya llevaba tiempo con él. ¿Cuatro años? ¿Cinco?

Se había quedado a pesar del infarto, a pesar de tener que cuidar de Atlas tras su roce con la muerte.

Theo la miró. Estaba en silencio, sin involucrarse en la conversación, con la mirada fija en el mar. Pensativa, se llevó una mano al vientre en un gesto que lo irritó, aunque no sabía por qué.

Supuso que tendría que recordar su nombre. Al fin y al cabo, estaba en su casa. Aunque Atlas solía visitarlo de vez en cuando, nunca había llevado a la isla a ninguna de sus mujeres. Pero Theo podía ver en la sonrisa educada de Ariana que la relación con Atlas le resultaba mucho menos entretenida que antes.

Todo volvería a estallar, ¿y quién recogería los pedazos? Él. Siempre sería él. Tendría que mantener a Atlas alejado del negocio y de sus propios vicios. Tendría que contratar a alguien que cuidase de él y para asegurarse de que siguiera las indicaciones del médico.

Durante la cena, Theo no dijo más de cinco palabras. Ariana tampoco. Atlas dominaba la conversación, como siempre, aunque involucraba a Rebecca porque era nueva, una chica guapa a la que prestar atención.

Rebecca sonreía, inflando el considerable ego de Atlas, pero Theo estaba cada vez más tenso. Tomaron el postre en la terraza, soportando el continuo espectáculo de Atlas Nikolaou, algo que no había tenido que hacer desde antes del infarto de su padre.

Por suerte, tenía una razón para insistir en acostarse temprano. Rebecca necesitaba dormir. Hizo que el mayordomo acompañase a Atlas y Ariana a su habitación, esperando encontrar la manera de despedirlos al día siguiente.

Temprano.

Rebecca lo tomó del brazo mientras subían por la escalera, en un gesto íntimo con el que no supo qué hacer. No tenía nada que ver con lo que pudiera pasar en el dormitorio esa noche. Era un gesto amistoso, cálido, que no tenía ningún sentido para él.

Como no tenía sentido el deseo de rodearla con sus brazos, de estrecharla contra su costado.

–Ahora te entiendo un poco mejor –dijo Rebecca.

No parecía consternada y eso debía ser algo bueno. Esa noche le había demostrado que había sido débil. Había dejado pasar las semanas sin presionar ni insistir en lo que debía hacerse.

Había querido pensar que su permanencia en la isla era una victoria, pero no lo era en realidad. Solo era un pequeño paso hacia delante. Avanzar era esencial. Afianzar los cimientos para su hijo era absolutamente necesario.

–Eso es bueno –dijo por fin, frustrado–. Porque me temo que no podemos esperar mucho más para casarnos. Hay asuntos legales que resolver antes de que nazca el niño.

Rebecca lo miró con una tristeza en los ojos que él no comprendió.

–¿Qué solucionará casarte conmigo, Theo?

Lo preguntaba en serio, con curiosidad. No era una acusación, sino una pregunta.

–No se trata de mí, Rebecca. Se trata de nuestro hijo. El matrimonio ofrece estabilidad. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

–Yo me beneficié de tener dos padres que se querían y me querían a mí también.

Rebecca dijo eso con suavidad, con cuidado. Como si fuera de puntillas.

Pero esas palabras fueron como una puñalada para Theo.

–El amor no importa, Rebecca…

–Theo…

Rebecca suspiró de nuevo antes de entrar en la habitación. La suya, de los dos. Y él la siguió.

–Yo he visto a mi padre enamorarse y desenamorarse no sé cuántas veces. –Theo desabrochó los primeros botones de su camisa, que de repente parecía ahogarlo–. No pudo retener a mi madre ni a ninguna de sus esposas. ¿Te has fijado en… Ariel?

Rebecca se sentó en el borde de la cama, observándolo mientras se movía de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado.

–¿Te refieres a Ariana?

–Como se llame, da igual. No importa porque es evidente que está en las últimas.

–¿A qué te refieres?

–Ya he pasado por esta rutina antes. Empiezan la relación adulándolo, riéndole todos los chistes. Están deslumbradas por él, por su dinero, pero el deslumbramiento no dura para siempre. Con el tiempo, las bromas de Atlas Nikolaou dejan de hacer gracia y se van. –Theo se quitó la camisa–. Siempre son ellas las que se van. Él le dice a la prensa que las cambia por una más joven, pero no es verdad. Son ellas las que se van.

Rebecca estaba muy callada y Theo sentía la necesidad de llenar el silencio, aunque sabía que no debía seguir hablando.

–Conozco las señales. Se va a ir.

–Creo que has malinterpretado su actitud –dijo Rebecca.

Theo, que seguía caminando de un lado a otro, se detuvo para mirarla.

–¿Qué he malinterpretado?

–Creo que está embarazada y se siente fatal.

Por un momento, Theo se quedó sin voz. No podía comprender del todo sus palabras. Claramente, estaba equivocada. Confundida por su propio embarazo.

–Mi padre tiene cincuenta y cinco años.

–Pero Ariana no –dijo Rebecca.

Embarazada. Su padre no había dejado embarazada a ninguna de sus esposas. No había cometido ese error. No podía ser.

–Estás equivocada.

Theo recordó a Ariana sentada en la terraza, pálida, con los labios apretados y una mano sobre el estómago…

Rebecca se encogió de hombros.

–Quizá sí, no lo sé con seguridad.

Atlas había llevado allí a Ariana cuando nunca había llevado a ninguna de sus otras mujeres. Y la trataba con una extraña delicadeza…

No. No. No.

–Incluso diría que espero que tengas razón. –Rebecca se levantó y puso una mano sobre su hombro, como para consolarlo–. Tu padre es encantador, pero también es muy egocéntrico. No parece una mala persona, pero es superficial. No creo que fuese un buen padre para ti, como tampoco fue un buen marido para las mujeres con las que se casó.

–No me abandonó –dijo Theo apartándose.

–¿Crees que eso significa que le debes algo? Criar a su propio hijo era lo mínimo que podía hacer. Y solo lo hacía cuando le convenía. A veces te mandaba a un internado…

–El internado no era un castigo –la interrumpió él–. Mucha gente de mi clase social va a un internado, es algo normal.

Ella soltó un bufido.

–Theo, por favor.

–Tú no lo entenderías. No creciste en una familia como la mía, con un legado empresarial que mantener…

–No, pero crecí en la finca de los Desmond y Patrick no fue a un internado.

–Patrick Desmond es un tonto y un don nadie –le espetó Theo, negándose a reconocer los celos que hervían en él–. El imperio

Nikolaou se extiende por todo el mundo.

Ella lo miraba como si leyese en él cosas que no debería leer.

–No te gusta tu padre. ¿Por qué lo defiendes?

–No lo estoy defendiendo, sino exponiendo los hechos. ¿Fue un mal padre? Sí. ¿Un mal marido? Solo puedo suponerlo. ¿Y qué?

–Eso te afectó…

–No, *omorfiá mou* –dijo Theo. No le había afectado, no era verdad–. Usé lo que mi padre me dio para convertirme en el hombre que soy.

Rebecca lo observaba deambular por la habitación. Fingía estar haciendo cosas: comprobar la rejilla de la calefacción, cargar el móvil. Pero era evidente que estaba frustrado.

Y lo entendía. Había algo en Atlas que la ponía nerviosa también a ella; una exigencia que parecía no armonizar con su buen carácter. Como si tuvieras que ceder o podrías ser castigado de alguna manera.

Theo era mucho más severo, mucho menos cordial, y aun así nunca la hacía temer dar un paso en falso. Podían estar en desacuerdo, podía enfadarse y discutir con él, pero tarde o temprano resolvían el problema, sin castigos.

Y ese contraste hacía que quisiera protegerlo. Quería abrazarlo y decirle que todo saldría bien. Él no lo permitiría jamás, no admitiría que las cosas no estaban bien, pero la necesidad de consolarlo estaba ahí.

¿Cómo se consolaba a alguien que se negaba a admitir que estaba preocupado?

–Celebraremos la boda aquí –anunció Theo de repente, como si ella ya hubiese aceptado–. Un evento discreto. Puedes invitar a tus padres, por supuesto.

Ni siquiera le sorprendió esa repentina insistencia en el matrimonio. Se daba cuenta de que lo veía como una especie de seguro para su hijo; un seguro que él no había tenido.

Porque su madre lo había abandonado. Y porque no creía en el amor.

Y como ahora lo entendía, no le enfadaba su insistencia. Solo sentía lástima por él. No iba a casarse con Theo por lástima, pero

discutir no los llevaría a ningún sitio. Tal vez debería buscar el momento adecuado para…

¿Para qué? ¿Para hacerle cambiar de opinión?

Theo no iba a cambiar de opinión, de modo que aceptaría su decisión de casarse como había aceptado quedarse en la isla. Y su ira, su miedo y su reticencia seguían… desvaneciéndose.

Tal vez era una locura. Tal vez se había enamorado de él y estaba repitiendo el error que cometió con Patrick. Si le ponían un hombre rico delante que le mostrase el más mínimo interés, se inventaba fantasías absurdas.

Pero se había adaptado a la vida allí y le gustaba. Podía imaginar una cuna en un rincón de la habitación, o paseando con el bebé por la playa, de la mano de Theo.

Era una fantasía romántica descabellada que no iba a hacerse realidad. La obstinación de Theo por tener siempre la razón la arruinaría. Aquello no era amor. Le gustaba mucho y la atracción sexual no se había apagado, pero era evidente que seguía siendo la misma ingenua que se había enamorado de Patrick.

Y aunque quisiera convencerse a sí misma de que aquello era diferente, no lo era. Theo no creía en el amor. Le parecía algo tan voluble como su padre.

De todas formas, no le estaba proponiendo un matrimonio por amor. En esencia, le estaba proponiendo una fusión empresarial y la empresa sería su hijo.

Pues le esperaba una sorpresa cuando naciese su hijo porque ella sabía que los niños tenían personalidades propias. No sería algo que pudiesen controlar con el entorno adecuado o con un contrato de matrimonio.

Pero Theo jamás aceptaría que estaba equivocado. Intentar demostrárselo solo había hecho que acabase en su cama. Siempre acababa haciendo lo que él quería.

Si fuera solo por ella habría accedido patéticamente, pero tenía un hijo en el que pensar, al que querer y proteger.

De modo que necesitaba una nueva táctica. Necesitaba aprender la maldita lección. Fue entonces cuando por fin se dio cuenta de que no podía hacerlo sola como había hecho con Patrick.

Necesitaba ayuda.

–Antes de casarme contigo necesitaría la aprobación de mis padres y eso significa que tendrás que ir a Irlanda.

Esperaba excusas. Esperaba que se resistiera. Pero Theo se giró hacia ella y asintió bruscamente.

–Hecho.

Capítulo 14

Aterrizaron en Irlanda una semana después. Como Atlas no había anunciado ningún embarazo antes de irse, Theo se había olvidado de él. Tenía cosas más importantes que hacer, por ejemplo conquistar a los padres de Rebecca y ganarse su apoyo. Estaba seguro de que podría lograrlo en veinticuatro horas. Cuarenta y ocho si eran tan testarudos como su hija.

La finca Desmond estaba tal como la recordaba cuando el conductor atravesó las puertas de hierro forjado. Fértil tierra irlandesa, salpicada de majestuosos árboles y antiguos edificios, pero, en lugar de tomar el camino principal hacia la casa, el conductor giró a la izquierda y siguió adelante, bordeando una valla hasta llegar a la zona de los establos. Había caballos triscando alegremente y, medio escondida entre un bosquecillo, una casita de piedra. Parecía muy antigua, pero meticulosamente conservada.

Al acercarse, la puerta de color verde se abrió y apareció una mujer de pelo negro con algunas mechas grises. En casi todo lo demás, salvo unas pocas arrugas alrededor de los ojos, su rostro era idéntico al de Rebecca. Un hombre alto y delgado salió a continuación, con una gorra calada hasta las cejas.

Por un instante, Theo solo pudo mirarlos como si fueran criaturas de cuento de hadas que hubiesen cobrado vida. Pero solo eran dos personas de pie frente a su casa. Desde luego, nada intimidante.

El coche apenas se había detenido cuando Rebecca abrió la puerta y bajó de un salto para echarse en los brazos de su madre, hablando al unísono y riendo alegremente. La mujer puso las manos sobre el vientre de su hija y esbozó una sonrisa radiante.

James Murphy se acercó a Theo con la mano extendida.

–Señor Nikolaou –lo saludó con su marcado acento irlandés–. Bienvenido a nuestra casa.

–Por favor, llámeme Theo, señor Murphy –dijo él estrechando su mano como si fueran a firmar un trato.

Porque, en definitiva, eso era. Convencer a los padres. Seguir adelante con la boda. Consolidar el futuro de su hijo.

No podía ser tan difícil.

–Ah, claro. Y tú me llamarás James –dijo el padre de Rebecca, señalando a su mujer–. Te presento a Sharon.

–Me alegro de conocerte por fin –dijo ella.

Su tono era suave, su expresión algo más fría. El «por fin» contenía cierto retintín, pero estaba sonriendo y no parecía mostrar hostilidad.

–Entrad, vamos a tomar el té.

Madre e hija entraron en la casa del brazo y el padre las siguió. Theo sabía que también debía hacerlo, pero, por un momento, no pudo mover un músculo. Los vio entrar en la casa charlando, riendo alegremente, y supo que aquel nunca sería su sitio.

Pero daba igual. Estaba allí para hacer lo que debía hacer. Se preocuparía por crear ese tipo de familia para su hijo una vez que Rebecca se casara con él.

De modo que entró en la casa y se encontró en un salón cálido, cómodo y encantador. Él no tenía experiencia en sitios así y sentía como si aquello fuese una prueba de fuego. Salvo que no tenía ni idea de qué tipo de golpes le esperaban.

Todas las habitaciones eran pequeñas y él se sentía como un ogro enorme. Y, aun así, le impactó lo especial que era todo aquello. No tenía palabras para describirlo. En muchos sentidos, no era tan diferente a su propia casa; había cuadros en las paredes y objetos que reflejaban claramente el interés de los dueños. Caballos, principalmente.

Pero había una gran diferencia, porque el violín que colgaba de un gancho en la pared no era una pieza de coleccionista comprada en una subasta, sino una reliquia familiar. El bordado que colgaba en el comedor sin duda lo habría hecho algún pariente de Rebecca.

Las cosas que había en su casa no eran reliquias familiares ni objetos con historias propias, sino cosas que le interesaban, que admiraba. Suponía que también eso era algo personal, pero no lo sentía así. Quizá un reflejo de lo que le gustaba, pero no de quién era.

Intentó apartar de sí ese pensamiento mientras miraba una hilera de fotografías enmarcadas que colgaban en la pared. Rebecca a lo largo de los años: desde que era bebé hasta la edad escolar, con trenzas de color castaño rojizo y una sonrisa radiante a la que le faltaban dos dientes. Hasta la última fotografía de una joven vestida con un traje de amazona frente a un caballo.

No pudo apartar la mirada del retablo de Rebecca hasta que la señora Murphy señaló una silla frente a una robusta mesa de comedor donde todos los demás ya se habían acomodado.

Rígido, sintiendo que todo aquello era como un sueño, Theo se sentó junto a Rebecca. Ella lo miraba, pero él no quería hacerlo. Hasta que pudiera controlar esas extrañas sensaciones no iba a dejar que viese lo incómodo que se sentía.

–Nos alegra mucho que hayáis venido de visita. Echamos de menos a nuestra Becky –dijo James.

Tenía un aire alegre que debería recordarle a su padre, pero no era así. Porque no hacía bromas para llamar la atención sobre sí mismo. Era algo completamente distinto. Simpatía natural, calidez.

La señora Murphy sirvió el té en elegantes tazas de porcelana que, sin duda, reservaba para los invitados.

–Has estado tomando el sol –le dijo a su hija.

–Theo y yo paseamos por la playa casi todos los días. Es muy relajante.

–Relajarse es bueno –comentó James.

–El embarazo es un momento muy importante en la vida –asintió Sharon–. Debes asegurarte de que se cuide, Theo. A nuestra Rebecca siempre le han gustado los retos, pero ahora debe tomárselo con calma.

Él tuvo que aclararse la garganta para encontrar su voz.

–Lo intento.

Mantuvieron una agradable conversación mientras tomaban el té, aunque todo parecía llevar a Rebecca y a su padre de vuelta al tema de los caballos. Theo sabía algo sobre esos animales, pero no lo suficiente como para seguir la conversación. Cuando terminaron el té, Rebecca lo tomó del brazo.

–Voy a enseñarle las cuadras a Theo. Volveremos dentro de un rato.

–Pensé que el objetivo de esta visita era obtener la aprobación de tus padres para la boda, no pasar el rato con tus caballos –dijo él cuando estuvieron solos.

Ella ladeó la cabeza, observándolo atentamente.

–¿Te dan miedo los caballos?

–No digas tonterías.

–Algunas personas les tienen miedo.

–Yo no le tengo miedo a muchas cosas, *omorfiá mou*.

Ella soltó una carcajada, un sonido alegre y brillante bajo el sol de la tarde. Theo se quedó hipnotizado por los destellos de fuego de su pelo, su paso ligero, la emoción que había en sus ojos mientras lo llevaba a las cuadras y le presentaba a cada caballo como si fueran personas.

A lo largo del día, y del día siguiente, Theo llegó a una conclusión sorprendente.

Rebecca era diferente allí, con sus padres. En su casa, con sus caballos, algo en ella… florecía. Hablaba más, sonreía más. Su risa, profunda y ronca, se parecía a la de su padre.

Y él no podía dejar de mirarla, de admirarla. Aquel era su sitio, era evidente. Pero tenía que seguir adelante con la boda porque su hijo tendría un padre y una madre. Se casarían y le darían una infancia feliz.

Su sitio estaba con él y con su hijo. Eso era lo único importante.

Era tan agradable estar de vuelta en casa. Rebecca se sorprendió de lo feliz que la hacía y lo divertido que era mostrarle a Theo el sitio en el que había vivido durante toda su vida.

Y, a pesar de eso, no pensaba en quedarse y criar a su hijo allí. De hecho, no podía imaginarlo, lo cual era sorprendente.

Sin embargo, sí podía imaginar la vida con Theo y el niño en la isla griega, lo que hacía que aquella visita le pareciese… un recuerdo nostálgico, encantador. Algo que querría que su hijo conociese, pero no que lo viviera.

Rebecca no quería vivir en su habitación al final del pasillo. No quería despertar cada mañana y preparar el desayuno en la estrecha cocina, con su padre refunfuñando mientras tomaba un café antes de ir a los establos.

Ni siquiera quería encontrar una casa en el pueblo. Por mucho que quisiera estar cerca de sus padres, aquel ya no era su sitio. Se había convertido en un lugar de visita y eso era extrañamente doloroso, aunque también liberador.

El segundo día, bajó de puntillas por la escalera a primera hora de la mañana y se detuvo en la puerta de la habitación donde su madre había instalado a Theo. Los solteros no podían compartir cama en esa casa, ni siquiera si una estaba embarazada del otro.

Podría entrar y verlo durmiendo en un viejo colchón, rodeado de los materiales de artesanía de su madre y las revistas y libros de caballos de su padre.

Él había querido quedarse en la ciudad, pero sus padres se habrían ofendido y, aunque no necesitaba su aprobación para casarse, tampoco quería que Theo causara una mala impresión.

Él no se había quejado, pero parecía… apagado. No sabía qué significaba eso, de modo que entró en la cocina y se sorprendió al ver que su madre se le había adelantado.

–Deberías descansar más –dijo Sharon.

Esta era otra razón por la que agradecía el tiempo que había pasado en Grecia. Rebecca entendía la preocupación de su madre, porque sabía que había sufrido varios abortos espontáneos, pero prefería no tener que estar dando explicaciones todo el tiempo.

–Puedo sentir que se mueve de vez en cuando. –Rebecca tomó las manos de su madre para ponerlas sobre su vientre–. Lo está pasando genial ahí dentro.

–Tienes buen aspecto, pero debes desayunar bien –dijo Sharon–. Los dos.

«Los dos».

No sabía qué pensaban sus padres de Theo y estaba un poco nerviosa. Aunque, en realidad, no importaba. Si se casaba con él, sería solo porque… bueno, porque no quería tener que preocuparse por acuerdos de custodia.

–Es muy educado –comentó su madre mientras empezaba a cascar huevos.

–Eso es lo más insulso que podrías haber dicho –dijo Rebecca riendo.

–Porque es verdad. Parece una buena persona, pero esa bondad está escondida bajo una capa de buenos modales.

En realidad, era un alivio que su madre lo viera. Theo había sido educado, incluso había tenido destellos de encanto, pero era muy callado. Se mantenía al margen en casi todas las conversaciones. A menudo estaba simplemente observando, como un visitante en un zoo. Intrigado, pero como si no fuese parte de ello. Ligeramente desconcertado, pero no lo suficiente como para descubrir por qué.

–Se cree más bien un macho alfa que siempre hace lo correcto en el momento oportuno y que tiene todas las respuestas.

Su madre rio.

–Bueno, en ese caso entiendo por qué sois tan compatibles.

–¿Ah, sí?

–Tú no eres tan diferente a lo que acabas de describir. Siempre decidida a hacer lo que creías correcto para lograr el resultado que deseabas. Siempre tenías metas y te esforzabas para conseguirlas, sin ningún miedo. Por eso eras tan buena en los eventos de salto.

Rebecca se dio cuenta de que su madre había dicho todo eso en pasado, pero no le dolió como le habría dolido un par de meses atrás.

Todo había cambiado y estaba aprendiendo a aceptarlo porque su vida había dado un giro interesante. Daba igual lo frustrante que fuese Theo.

–Quiere casarse por el bien del niño, para darle estabilidad, pero no sé si es lo mejor. ¿Un matrimonio sin amor es una base estable?

Su madre dejó de hacer lo que estaba haciendo y se quedó mirándola durante unos segundos.

–¿Qué? –preguntó Rebecca.

–Se nota que estás enamorada de él –dijo Sharon entonces.

Ella quería discutir, pero no lo hizo porque a veces se preguntaba si era verdad.

–Parece demasiado conveniente, ¿no? Querer a Patrick y luego enamorarme de Theo en un abrir y cerrar de ojos.

Su madre sacó un paquete de salchichas de la nevera.

–Tú no estabas enamorada de Patrick.

Lo decía como si fuera una obviedad.

–Claro que sí. Yo… iba a casarme con él, mamá.

–Patrick te deslumbró porque su vida era diferente a la tuya. Y tú le intrigabas. Pero… yo os vi crecer, Rebecca. Si no hubieras sido tan cariñosa con él cuando su madre murió, ese chico no te habría mirado dos veces. No era más que un flechazo, un sueño adolescente. –Sharon suspiró–. Sin ánimo de ofender, Patrick Desmond es un imbécil sin carácter. Nunca fue el hombre para ti, cariño. Te gustaba la vida que él te ofrecía, no él.

Le dolió escuchar eso y no le dolería si no fuera cierto. Patrick era un cobarde. No era una mala persona, pero siempre hacía lo que le decían. Y a Rebecca le había gustado eso porque ella estaba al mando.

Hasta que su padre decidió con quién se casaría. Y, sin duda, Patrick ni siquiera opuso resistencia. La idea no debería deprimirla, ya que su madre tenía razón. Casarse con Patrick no le habría dado lo que quería, pero…

–Theo es rico. Quizá también me deslumbra ese sueño fácil, tener a nuestro hijo y vivir felices para siempre.

–No lo conozco tan bien como tú, pero nada en tu Theo me parece fácil –replicó su madre riendo–. Desde luego, no es un cobarde. Quizá te deslumbra su dinero, pero no es eso a lo que me refería con Patrick.

–¿Ah, no?

–Te gustaba la idea de dirigirlo todo aquí. –Sharon hizo un gesto, como abarcando la finca Desmond–. Te gustaba cómo podría ser tu

futuro más que el hombre en sí.

Rebecca no podía discrepar, pero tal vez estaba haciendo lo mismo con Theo. Al fin y al cabo, acababan de conocerse. Sabía que tenía cicatrices de la infancia y quería ayudarle a encontrar una forma de curarlas. Disfrutaba de su humor irónico y de la relación física, pero ¿lo conocía? ¿Podría vivir con un hombre tan decidido a hacer las cosas a su manera? ¿Podría amar a un hombre que no se creía capaz de amarla?

Entonces oyeron un crujido en la escalera y las voces de su padre y Theo, enfrascados en una conversación.

–Tiene viejas penas en la mirada –dijo su madre en voz baja–. Pero se suavizan cuando te mira.

–Créeme, Theo no me quiere. ¿Le gusto? Claro. Pero él no cree en el amor.

–No es necesario creer en el amor para que exista.

Rebecca miró hacia el salón. Theo asentía a lo que fuera que su padre estaba diciendo, sobre caballos sin duda, pero sus miradas se encontraron.

–A veces, cuando alguien no se ha sentido querido, piensa que el amor no puede existir, pero se equivocan –dijo Sharon–. Tu padre me convenció de eso hace muchos años.

Rebecca miró a su madre. No solía hablar de su infancia, pero ella sabía que su abuelo había sido abusivo con su mujer y sus hijos, y que su abuela se había quedado con él porque la alternativa era la pobreza. Nunca se lo habían contado, pero había escuchado fragmentos de conversaciones cuando alguno de sus tíos iba allí de visita.

Sharon Murphy no hablaba nunca de esas penas, de modo que era sorprendente que lo hiciese en ese momento.

–Y me lo ha demostrado todos los días desde entonces –siguió diciendo su madre–. Siempre había esperado que conocieses a alguien que te lo demostrase, tan bien como espero que lo hayamos hecho nosotros, pero quizá por eso tú puedas ser la persona que se lo demuestre a Theo.

Después de decir eso, alargó una mano para acariciar su pelo como solía hacer cuando era niña. Rebecca nunca había dudado del

amor y la devoción de su madre por ella. O del de su padre. Eso la había hecho ser fuerte y decidida, perseguir sus metas con ahínco. Pero lo hacía por ella misma, no por otra persona.

–Quizá –murmuró, apoyándose en la mano de su madre por un momento.

Rebecca miró a Theo.

«Quizá».

Capítulo 15

El cuarto día, Theo decidió que sería el último. Había dormido en una cama incómoda en una diminuta habitación abarrotada de libros. Había comido en la mesa de los Murphy, había ido todos los días a los establos. Demonios, ya conocía a algunos caballos por su nombre.

Era suficiente. Tenía que ser suficiente.

Sharon lo trataba como si fuera una madre. Chasqueaba la lengua cuando no comía todo lo que ella quería o cuando parecía no haber dormido bien. Le preguntaba por sus negocios, por su vida, y eso era lo que él intentaba evitar como la peste.

Tenía trabajo, tenía un hijo en camino y una mujer con la que casarse. No había vida aparte de eso.

Y no se había dado cuenta hasta ese momento.

Tenía que volver a su vida real, donde él mandaba, donde no estaba a merced de nadie ni bajo el cuidado de nadie. Los Murphy eran acogedores, cálidos, de un modo que a él le resultaba desconocido.

Pero no importaba. Había cumplido su propósito. Conseguiría la bendición de James ese mismo día y regresarían a Grecia por la noche.

Por la mañana, cuando le pidió a James hablar un momento a solas, él asintió con gesto serio. Pero no quería hablar dentro de la casa y lo condujo a los establos. Entre los olores a caballo y heno, lo llevó a una pequeña habitación al final de la larga hilera de cajones que, al parecer, era su oficina.

Era una habitación diminuta, poco más que un armario, con un escritorio encajado en una esquina y una silla con el respaldo

partido. Aunque los caballos de la finca eran los mejores de la zona, parecía que James se conformaba con las sobras.

El hombre apartó la silla y se sentó en ella. No había ninguna más, de modo que Theo se quedó de pie. Tenía que ser a propósito, pensó. Aunque no hubiera esperado semejante artimaña por parte del señor Murphy.

James se cruzó de brazos. No sonreía, no hizo ninguna broma ni intentó aliviar la tensión. No dijo nada mientras lo miraba con los fríos ojos azules de Rebecca. Theo se sentía incómodo, pero se concentró en lo que debía hacer.

–Me gustaría tener tu bendición para casarme con tu hija.

Theo sonrió, convencido de que recibiría su bendición sin el menor problema. Los Murphy claramente lo apreciaban y…

–Veo que no me pides permiso –dijo James, con un tono inusualmente seco.

Theo tuvo que tragar saliva. El hombre que hablaba de los caballos como si fueran dioses, que adoraba a su esposa y a su hija, tenía el aspecto de un astuto y despiadado hombre de negocios.

–Mi hijo tendrá un padre y una madre, casados y con una base sólida y estable en su vida. Así que no es permiso lo que te pido. Pero tu hija desea tu bendición y yo estoy más que dispuesto a pedírtela.

James asintió pensativo. Tras un largo silencio, algo poco común en esa visita a los Murphy, finalmente habló:

–Rebecca es lo más preciado del mundo para su madre y para mí. Será una buena madre porque tuvo a la mejor, pero tú… ¿tú serás un buen padre?

La pregunta lo llenó de pánico. Pero claro que sería un buen padre. Ese era el objetivo: matrimonio, cimientos, seguridad. Un padre le daba todo eso a sus hijos. James se lo había dado a su propia hija y debería entenderlo.

–Yo no he tenido buenos ejemplos, pero quiero pensar que eso en sí mismo es un ejemplo. Mi padre no fue cruel, pero sí descuidado. Yo no lo seré. Mi hijo lo tendrá todo… y no me refiero al dinero, sino a una vida feliz, estable. Me aseguraré de que tenga todo lo necesario para su correcto desarrollo.

Theo no podía descifrar la expresión de James o entender los acelerados latidos de su corazón. No sabía por qué estaba tan nervioso.

–¿Y serás un buen marido para mi hija? –preguntó James tras otro largo silencio.

Marido. Qué palabra tan extraña. No le había parecido que ese papel tuviera importancia porque había visto a muchos hombres tratar ese título con indiferencia o abierta hostilidad. Hasta que llegó a Irlanda y vio a James Murphy con su mujer.

Había ternura entre ellos, y complicidad. Incluso cuando discutían por una cosa u otra. Habían construido una casa llena de amor y todo lo que hacían parecía reflejarlo.

Nunca se había planteado si sería un buen marido, pero desde luego sería mejor que los ejemplos que había visto hasta esa semana.

Theo tuvo que carraspear antes de decir:

–Rebecca tendrá todo lo que necesite para ser una buena madre. Le daremos a nuestro hijo todo lo que podamos. Yo… quiero que nuestro hijo hable de nosotros como tu hija habla de ti y de tu esposa.

Las palabras salieron roncas y Theo no entendía por qué las había dicho. Se sentía como un niño indefenso. Era la primera vez que recordaba haberse sentido así desde que era un crío, sin entender por qué la nueva mujer de su padre lo miraba con tal desagrado. La intensidad de ese horrible recuerdo lo dejó paralizado.

–Una bendición es algo serio, Theo –dijo James con un tono algo más suave–. Pero Rebecca puede tomar sus propias decisiones. Nosotros siempre la apoyaremos. Es duro ver a un hijo tomar las decisiones equivocadas, pero a veces hay que dejarlo. A veces, tienen que aprender de los fracasos.

Sonaba como una acusación y, sin embargo, lo había dicho con una calidez que Theo no pudo comprender del todo.

–No habrá decisiones equivocadas, señor Murphy –replicó.

Pero no con su habitual seguridad. No parecía capaz de ser él mismo y echó la culpa a Irlanda. Al té, a los caballos y a las fotos de Rebecca de niña que lo perseguirían para siempre.

James sonrió con una mezcla de tristeza y sabiduría que lo incomodó aún más.

–La vida está llena de decisiones equivocadas. Para eso está el amor, para suavizar el golpe de esas malas decisiones.

Theo no iba a intentar explicarle que el amor no tenía nada que ver con aquello. El amor era frívolo, desconsiderado y más egoísta que altruista. Ese era el único tipo de amor que él conocía.

Aunque ya no era cierto. Durante los últimos días había visto un amor desconocido, cálido y generoso. Un amor… estable.

Quizá fruto de años tomando las decisiones correctas. Sí, debía ser eso.

Porque James Murphy no podía tener razón. No era inevitable tomar decisiones equivocadas.

En cualquier caso, se casaría con Rebecca tras la extraña bendición de su padre.

Rebecca lloró al despedirse de sus padres, pero culpó a las hormonas. Lo había pasado de maravilla, pero estaba lista para irse. Y, sin embargo, la despedida le resultó agridulce.

Intentó recomponerse durante el viaje al aeropuerto, sintiendo la mirada de Theo clavada en ella.

–Habrá más visitas –dijo él, como intentando consolarla.

Ella se sonó la nariz, intentando disimular, porque era evidente que le incomodaban sus lágrimas.

–Sí, lo sé. No me entristece volver a Grecia. De hecho, me siento un poco aliviada, pero voy a echarlos de menos.

–¿E Irlanda?

–Algunas veces, supongo. Pero he extrañado Grecia mientras estábamos aquí.

–¿En serio?

Theo parecía genuinamente sorprendido, y tal vez también ella lo estaba. Pero no sabía cómo explicar por qué, ni qué significaba, de modo que eligió el camino más sencillo.

–Me gusta tu isla, Theo.

Él apartó la mirada, sin decir nada más. Poco después llegaron al aeropuerto y, unos minutos más tarde, estaban en el aire. Parte de su tristeza se había desvanecido, dando paso a la emoción de volver a la isla que empezaba a parecerle su verdadero hogar.

Rebecca suspiró. Theo también le parecía su hogar, pero sabía que tenía mucho trabajo por delante. Peor aún, no estaba segura de que él fuese capaz de aceptar sus sentimientos. O los suyos propios, fueran los que fuesen.

Todavía estaba lidiando con lo que su madre había dicho en la cocina esa mañana, y con sus propias dudas sobre la razón por la que se sentía tan atraída por él.

Rebecca se echó una siesta en el avión y despertó hambrienta y desorientada.

–¿Ya estamos en casa?

Theo frunció el ceño, como si hubiera preguntado algo extraño, pero su expresión se suavizó un segundo después.

–Hemos aterrizado, sí. Deberías comer algo –respondió ofreciéndole una bolsa de frutos secos y una botellita de la bebida de jengibre que tanto le gustaba.

Pensaba en todo. Y si solo fueran cosas pequeñas como aquella, podría creer que su amor estaba mal dirigido, que a él solo le importaba su hijo.

Pero había pasado cuatro días en Irlanda, durmiendo en una habitación diminuta, sin expresar una sola queja. Y se había ganado la aprobación de sus padres. No tenía por qué hacerlo si solo le importaba el hijo que esperaban. Y tampoco le habrían preocupado sus lágrimas.

Se preguntó si alguna vez se había preocupado por alguien aparte de su padre, o si había sido distante incluso con él. Un niño pequeño abandonado por su madre, con un padre desatento y una lista de madrastras que no se preocupaban por sus necesidades emocionales…

Era comprensible que no quisiera arriesgarse y eso significaba que tenía años y capas de protección que superar. Una tarea abrumadora. Pero lucharía por él. Por el niño que había sido y por el

hombre en el que se había convertido. Para que su hijo pudiese tenerlo todo.

No solo la estabilidad que Theo creía que el matrimonio aportaría mágicamente, sino una familia unida por el amor. Dos personas unidas para guiar a un niño durante sus primeros dieciocho años de vida, con afecto, compromiso, compasión y alegría.

No hablaron mientras tomaban el *ferry* que los llevaría a la isla. Rebecca aún intentaba descifrar cómo llegar al corazón roto de aquel hombre de coraza dura cuando entraron en la casa…

Rebecca se detuvo bruscamente al sentir una punzada en el vientre. No era dolor, sino un movimiento más brusco de lo habitual, y se agarró a Theo.

No porque necesitase recuperar el equilibrio, sino porque necesitaba aferrarse a algo.

–¿Qué ocurre? –preguntó él, mirándola con preocupación.

–El bebé ha dado una patada y creo que podrías… –Rebecca tomó la mano de Theo y la presionó firmemente contra su vientre–. ¿Lo notas?

Él frunció el ceño.

–No…

–Espera, ten paciencia.

Se quedaron inmóviles durante unos segundos, con la mano de ella presionando la de él contra su vientre. Estaba a punto de rendirse cuando sintió otra patadita y notó que Theo contenía el aliento.

–Lo… lo he sentido –dijo con voz ronca.

Rebecca observó su gesto de asombro, el mismo que sentía ella. Estaban unidos en eso y sabía que sería un buen padre. Cometería errores y tendría que afrontarlos. Theo no tenía el carácter tranquilo de su padre, eso seguro. Pero deseaba para su hijo todo lo que él no había tenido. Cuántas cosas deseaba para su hijo. Y para ella, quisiera admitirlo o no.

Tal vez se engañaba a sí misma. Tal vez la cuidaba solo porque llevaba a su hijo en el vientre, pero no lo creía. Desde la primera vez que hablaron, algo surgió entre ellos. Como dos almas… reconociéndose.

Su madre, la mujer más práctica que había conocido nunca, creía en cosas así. ¿Por qué no iba a creerlo ella?

Estaba enamorada de Theo. Sentía ese amor en cada momento de tranquilidad, en los cuatro días que habían pasado con sus padres, en sus veladas apasionadas y sus tranquilas cenas.

No tenía nada que ver con Patrick, ni con el dinero, ni siquiera con el hijo que esperaban. El bebé le había permitido ver más allá de la pesada armadura que Theo cargaba sobre sí mismo, siempre intentando moldear el mundo que lo rodeaba para que no abriese viejas heridas.

Quería consolarlo, amarlo, encontrar maneras de curarlo mientras criaban juntos a su hijo. Lo quería… a él, una vida con él.

Quería la estabilidad que Theo deseaba darle a su hijo, pero con la red de seguridad del amor que sentía por él.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Theo apartó la mano y dio un paso atrás.

–He leído que el movimiento es bueno.

–Las pataditas son más fuertes cada día.

Theo asintió con la cabeza.

–Deberías tumbarte un rato –murmuró, tomándola del brazo para llevarla hacia la escalera.

Ella decidió no protestar porque sabía que sentir que llevaba el control lo tranquilizaba.

Theo la llevó al dormitorio y la sentó en el borde de la cama. Se miraron en silencio un momento y luego él sacó el móvil del bolsillo.

–¿Te dijo tu padre que me ha dado su bendición? –preguntó.

Tenía la mirada fija en el móvil, sin duda revisando correos de trabajo y cosas así, pero en realidad parecía estar preparándose para un ataque.

–Sí, claro.

–Entonces, nos casaremos pronto.

Lo había dicho como un desafío.

–¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? Porque entonces estarás atrapado conmigo.

–No voy a cambiar de opinión. Ese es el camino correcto.

Rebecca lo miró entonces y supo lo que debía hacer. No podía tener miedo. No podía vadear entre un millón de interrogantes e inseguridades. Tenía que ser valiente y dejar claro cuáles eran sus deseos y sus necesidades.

No iba a seguirle la corriente y tampoco iba a luchar contra él. Simplemente, se mantendría firme, sin dejar que Theo lo controlase todo. Sobre todo, sus propios sentimientos.

–El camino correcto –repitió, como si estuviera reflexionando–. Tal vez lo sea, pero hay algo muy importante que no sabes y que deberías saber antes de empezar a hacer planes.

–Nada me hará cambiar de opinión, Rebecca.

–¿Seguro? Porque debes saber que estoy enamorada de ti.

Capítulo 16

Theo no entendía lo que había dicho. Durante unos segundos le pareció como si hubiese hablado en un idioma extranjero.

Fue el brillo desafiante en sus ojos lo que finalmente lo sacó de la conmoción.

Había sentido a su hijo moverse bajo su mano.

Rebecca lo amaba.

El terreno del que estaba tan seguro, los cimientos sobre los que había construido su vida, parecía inclinarse peligrosamente, recordándole demasiado a cuando era niño, sin saber nunca cuáles eran sus cimientos.

No podía ser. Ella solo creía que lo amaba. Porque, por supuesto, era ridículo. La química sexual no debía confundirse con el amor. El amor lo volvía todo peligroso, inestable.

–Te equivocas.

Por un momento, ella no reaccionó en absoluto. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–¿Por qué iba a equivocarme sobre mis propios sentimientos?

–Simplemente confundes el sexo…

–No soy una virgen inocente –lo interrumpió ella–. Soy una mujer adulta. Sé lo que es el amor porque una vez creí estar enamorada y no lo estaba.

Theo no quería hablar de Patrick. La sola idea de que hubiera estado con otro hombre…

Pero no importaba. Rebecca estaba equivocada y debía demostrárselo.

–¿Qué crees amar de mí?

Rebecca se levantó para acercarse y él odió la compasión que veía en sus ojos azules. Quería alejarse, pero no iba a permitir que

ganase. No iba a dejarse manipular.

Porque solo podía ser una manipulación, una treta. El amor se usaba para conseguir lo que uno quería. Todas las esposas de su padre habían usado el amor que sentía por ellas para conseguir lo que deseaban: casas más grandes, joyas más brillantes, enviar a Theo lo más lejos posible.

Rebecca quería tener algún tipo de poder sobre él y pensaba que así lo lograría, que eso le daría cierta ventaja.

Pero no iba a entrar en su juego.

–¿Crees que nadie podría quererte? –preguntó ella, con tanta dulzura que Theo tardó un instante en entender lo que decía.

Y por qué le dolía tanto.

Quiso reír como ella, pero descubrió que no le salía la risa. En cambio, le costaba respirar.

Rebecca puso las manos sobre su torso, como si supiera que estaba herido y que su tacto lo aliviaría, pero sus palabras no tenían nada de reconfortante.

–Lo admito, necesitas mejorar –dijo esbozando una sonrisa–. Eres demasiado mandón y esa obsesión por hacer siempre lo correcto resulta aburrida. Sobre todo cuando has sufrido suficientes golpes como para saber que no importa que hagas las cosas bien, todos cometemos errores.

Theo recordó, incómodo, lo que ahora le parecía una advertencia de su padre.

«La vida está llena de decisiones equivocadas».

Pero eso no era verdad. Él había estado tomando las decisiones correctas desde el momento que tuvo el control de su vida. Tal vez no había tenido intención de pasar una noche con una guapa irlandesa y, desde luego, siempre había usado protección, pero el embarazo y la llegada de Rebecca a su vida no eran el resultado de una mala decisión.

La mala decisión habría sido darle la espalda. O peor aún, aceptar que podrían tener vidas separadas, con un hijo que iba de una casa a otra. Esas hubieran sido decisiones equivocadas.

Él había tomado las decisiones correctas.

Eso era lo único que importaba. Ni sus defectos ni que Rebecca pensara que estaba enamorada de él.

¿Qué importaba que lo creyese? No tendría ese poder sobre él. No lo permitiría.

«Siempre se van, Theo. Nunca es suficiente».

El viejo recuerdo de su padre llorando una noche que volvió del internado era algo en lo que no había pensado en años. Creía haber olvidado ese recuerdo tan desagradable.

Cómo cambiaba todo cada vez que una nueva mujer llegaba a la casa, cada vez que su padre se creía enamorado. Pero nunca había tenido suficiente amor por él como para que le importase de verdad.

Solo eran recuerdos, se dijo a sí mismo, lecciones que aprender si eras lo bastante inteligente. Theo sabía que el «suficiente» de su padre no era más que lo que él quería. Se refería a sus propios defectos, no a las mujeres que había elegido.

Theo no era como Atlas. Él no tomaba decisiones basándose en lo que quería, sino en lo que creía que debía hacer, en lo que era correcto.

De modo que el amor de Rebecca no importaba. Era irrelevante.

Y se lo diría cuando recuperase la voz. Cuando Rebecca dejase de tocarlo como si fuera algo preciado para ella.

–Pero hay una bondad innata bajo esa capa de control –dijo ella entonces, tocando su mejilla–. Hay un deseo de consolar y de cuidar. Un deseo de mejorar las cosas para los demás porque no fueron buenas para ti, y yo creo que eso es admirable. Serás un padre excelente, Theo. No perfecto, pero bueno. Nadie es perfecto. Nadie tiene siempre la razón. Para eso está el amor.

Su padre había dicho algo parecido. ¿En qué mundo de ensueño vivían los Murphy? No en uno real, no en uno sustancial. Podían esconderse en su casita, con sus caballos, y fingir que el mundo no era terrible, que la gente no era cruel. Que el amor importaba.

Pero se equivocaban.

Rebecca había adorado a sus caballos, su entrenamiento, ¿y dónde la había llevado eso? A ninguna parte.

El amor era irrelevante. Inútil.

–¿Aun así te casarás conmigo? –le preguntó ella entonces, con esa dulzura que le era ajena.

No recordaba que nadie lo hubiera tratado así. No le gustaba ni lo deseaba. Por supuesto que no.

–Rebecca…

–¿Sabiendo lo que siento? –preguntó ella–. Porque te advierto que intentaré que admitas que tú también me quieres.

Theo sentía una opresión en el pecho. Lo que decía no tenía sentido, así que la única respuesta era centrarse en el hecho más simple.

Se casarían. Era la decisión correcta para su hijo. Principio y fin de la historia.

–Puedes amarme o no, Rebecca –dijo, preguntándose si de verdad era su voz la que sonaba tan tensa–. En realidad no importa. El amor no es el objetivo.

–Si el amor es tan inútil, ¿por qué te da tanto miedo?

–¿Miedo? –repitió él, burlón, retrocediendo un paso para apartarse de su mano, de su precioso rostro. No tenía miedo. Se había apartado de ella porque… porque… porque intentaba presionarlo y él no se dejaba presionar–. Nos casaremos, Rebecca. No me importa lo que sientas o de lo que intentes convencerme. Nuestros sentimientos no importan. Todo lo que hagamos será por nuestro hijo…

–Porque Dios no permita que busquemos la felicidad –lo interrumpió ella en voz baja. Su tono era acusador, pero sin ironía, sin crueldad. Con tanta maldita dulzura–. Pero para eso tendrías que creer que puedes encontrarla. Tendrías que creer que te la mereces. –Rebecca suspiró, sin dejar de mirarlo a los ojos–. Muy bien, Theo. Entonces tendré que demostrártelo…

–Tengo trabajo –murmuró él apartándose.

No porque estuviera equivocado ni porque ella tuviese razón. No porque estuviese aterrorizado, sino porque aquello era inútil.

Y ella no le demostraría absolutamente nada.

Theo planeó la boda rápidamente, como si su declaración de amor, que Rebecca repetía cada noche antes de acostarse, fuera un incendio que se acercaba cada vez más y la única forma de escapar fuese dar el «sí, quiero».

Seguramente por eso le permitió tomar todas las decisiones. Hasta que admitiese que la quería, esa boda no era real. Sí, iría al altar con un vestido blanco y daría el «sí, quiero» delante de sus padres. Y sí, lo hacía principalmente porque lo quería y pensaba que él también tenía que quererla. De alguna manera.

Pero no se trataba de amor. Aún no. Primero tenía que encontrar la manera de convencerlo.

Estaba resultando más difícil de lo que había previsto, y podía admitir que era culpa suya. Había pensado que el amor triunfaría, pero no había tenido en cuenta todos los traumas del pasado que tendría que superar para lograr que él admitiese que creía en el amor.

No sabía por dónde empezar, de modo que se lo demostraba cada día. Cada noche. A veces, ponía la mano de Theo sobre su vientre y observaba su expresión de asombro y emoción… que intentaba disimular inmediatamente.

Quería a su hijo. Él lo llamaría de otra manera. Sentido del deber, probablemente. Pero era capaz de amar. Estaba en él. Solo tenía que encontrar la forma de que Theo reconociese que lo que se reflejaba en su rostro, por su hijo, por ella, era amor.

Y el amor no era inútil, ni algo a lo que temer. Theo estaba nervioso, más gruñón que antes, brusco con casi todos los que los rodeaban.

Rebecca sabía que esa frustración era debida al miedo, aunque él no fuese capaz de admitirlo. Solo hablaban de la boda, de los planes para su hijo… y de cosas deliciosamente obscenas en la cama porque no podían controlar la atracción que ardía entre ellos. Ni siquiera cuando ella decía que lo amaba, ni siquiera cuando él se negaba a corresponderle.

Si intentaba hablar de cualquier otra cosa, incluso de algo tan trivial como el tiempo, Theo cambiaba de tema.

Las semanas pasaban y ella lo dejó estar. Tenía que darle tiempo. Podría dejarlo, pero eso sería un error. Ya le habían dejado demasiadas veces; su propia madre, las mujeres que entraban y salían de la vida de su padre. Y, en cierto modo, Atlas también lo había dejado para que tuviera que valerse por sí mismo.

Marchándose no conseguiría nada, pero el día de la boda se acercaba y seguía sin saber cómo convencerlo.

Llegaron sus padres. Llegaron Atlas y Ariana. Eran completamente diferentes, pero se llevaban bien. Rebecca los observaba con cierta diversión, Theo no hacía más que fruncir el ceño.

Rebecca despertó sola el día de su boda. No se había acostado sola, pero no había tiempo para darle vueltas. La casa estaba llena de gente corriendo de un lado a otro para preparar la ceremonia, que tendría lugar por la tarde.

Una vez peinada, maquillada y vestida, Rebecca se miró en el espejo de cuerpo entero, con su madre sentada a su lado. El vestido blanco era precioso y disimulaba el embarazo. Sabía que estaba guapa, pero no estaba emocionada. Quería disfrutar del día. Quería creer que podría encontrar la forma de llegar a Theo, y que para eso tenía que casarse con él.

Aun así, estaba más resignada que nerviosa o feliz.

Sharon se levantó para quitar una pelusa inexistente de la manga de seda.

–¿Estás segura? –le preguntó.

Rebecca se encontró con la mirada de su madre en el espejo y levantó la barbilla. Porque quizá no estaba emocionada, ni nerviosa, ni siquiera feliz, pero estaba decidida. Aquello era lo correcto y lo llevaría a cabo.

–Sí –respondió–. Theo necesita que nos casemos. No podré convencerlo de nada hasta que me case con él.

–¿Y después?

–Tendrá que lidiar con el amor.

Sharon puso una mano en su hombro.

–¿Y si no lo hace?

–No voy a rendirme, mamá.

Pero no quería que su madre se preocupase. El fracaso de sus sueños olímpicos le había enseñado algo: podía estar destrozada y seguir adelante. Podía estar desolada y encontrar algo nuevo y maravilloso entre los escombros.

No veía otra salida que intentar que aquello funcionase. No quería discutir eternamente. Al menos casándose tendría la oportunidad de llegar a él.

Rebecca se llevó una mano al vientre, donde acababa de sentir una patadita, y decidió tomarla como un gesto de aprobación de su hijo. ¿Por qué no?

Se casaron en una vieja capilla que había estado abandonada antes de que Theo comprase la isla, pero que él había restaurado meticulosamente. Había decidido que se casarían allí, que su hijo sería bautizado allí, y a Rebecca le gustó que crease un lugar sagrado, un sitio lleno de buenos recuerdos solo para su familia.

Porque eso era lo que serían una vez que él aceptase el amor.

Y lo haría.

Caminó hacia el altar del brazo de su padre. Sabía que sus padres no aprobaban del todo esa boda, como tampoco habían aprobado su fallida boda con Patrick. Pero entonces, como ahora, si todo salía mal estarían allí para apoyarla sin recriminaciones.

Pero no saldría mal. Ella no lo permitiría.

Se encontró con Theo frente al altar y esbozó una sonrisa. Su expresión era cautelosa, quizá incluso había algo de tensión en su boca, pero la tomó del brazo mientras se giraban para mirar al oficiante.

El hombre habló de amor y de deber, del matrimonio como algo sagrado. Después de intercambiar los anillos les dio su bendición y, una vez comprometidos como marido y mujer, extendió la invitación a besar a la novia.

Rebecca se volvió hacia Theo. Era tan guapo, incluso con esa expresión severa y distante. Pero esa expresión era una señal. Sabía que escondía algo.

Aun así, bajó la cabeza para besar obedientemente a su esposa.

–Te quiero –murmuró Rebecca.

Porque cuando recordase ese día, no podría fingir que estaba allí por otra razón que no fuese el amor.

Después de la ceremonia hubo una cena en la terraza. Atlas y James se mostraron joviales, Ariana y Sharon un poco más reservadas. La mujer de Atlas llevaba un vestido holgado y eso la convenció de que estaba embarazada, pero no creía que fuese el momento de comentárselo a Theo, que estaba extrañamente callado.

Cuando todos se retiraron, los padres un poquito borrachos, Rebecca centró su atención en su noche de bodas.

Cuando entraron en el dormitorio esperaba que él se acercase, que la besara. Que le quitase el vestido de novia y la llevase a la cama. No creía que esas expectativas fueran descabelladas. Obviamente, no esperaba declaraciones de amor. Eso llegaría después.

Pero Theo ni siquiera la miró.

En cambio, se dirigió al armario y sacó una maleta.

–No pensé que iríamos de luna de miel –dijo Rebecca, sorprendida.

–No habrá luna de miel. Ahora que estamos casados volveré a Atenas.

Ella no quería ir a Atenas, pero…

–¿Qué has dicho?

–Atenderé mis asuntos allí hasta que nazca el niño. Tú puedes quedarte aquí o en mi finca a las afueras de la ciudad. Si quieres ir a Irlanda, tendré que insistir en que lleves a la doctora Doukas contigo y vuelvas antes de que nazca el niño. Mi hijo nacerá aquí.

Rebecca no podía encontrar su voz mientras él guardaba sus cosas en una maleta. Para irse, para dejarla. Justo después de su boda.

No tenía ningún sentido y, tal vez por eso, al fin dijo algo que debería haberse guardado para sí misma si tuviese algo de amor propio.

–¿Y si quisiera ir contigo?

–Eso no es posible.

–¿Por qué no?

–No es necesario que estemos juntos antes de que nuestro hijo llegue al mundo y yo tengo mucho trabajo.

Rebecca tragó saliva. El dolor se enroscaba en su interior, haciendo que le resultase difícil respirar.

Theo estaba huyendo.

–Te seguiré queriendo –dijo, intentando desesperadamente contener las lágrimas–. Mi amor por ti seguirá ahí cuando vuelvas. Puedes huir de ello ahora, pero eso no cambiará nada.

Theo ni siquiera la miró.

–Cree en el amor si quieres, Rebecca, pero eso es irrelevante para mí. Es irrelevante para las decisiones que debemos tomar sobre nuestro hijo.

–Pero…

–Alguien me llamará cuando te pongas de parto.

Rebecca no pudo contener las lágrimas. Parecía tan frío, tan seguro de sí mismo. Quizá lo había malinterpretado todo. Quizá no lo entendía en absoluto.

–No voy a vivir así.

Podía oír el pánico y la desesperación en su propia voz, pero no estaba dispuesta a aceptar la situación. Eso no era lo que esperaba. Necesitaba tiempo para hacerle cambiar de opinión, para que le abriese su corazón, de modo que arremetió con la única arma que poseía.

–Si te vas, no seguiré casada contigo.

Theo ni siquiera miró atrás mientras salía por la puerta.

–Sí, lo harás.

Capítulo 17

Theo se sentía frustrado. Llevaba un mes de vuelta en Atenas, pero no se atrevía a trabajar en nada importante, de modo que se arrastraba por las oficinas como un ogro gruñón y exigente.

Y por mucho que supiera que estaba mal, no podía detenerse. Porque la única solución era volver a la isla, enfrentarse a Rebecca y oírla decir «te quiero» cada día. Y no sabía si podría soportarlo.

Parecía un ángel de blanco en la capilla. Por un instante incluso creyó que se había salvado.

Entonces lo recordó. No había salvación. Solo existía la decisión correcta. Incluir el amor en ese matrimonio, aunque solo fuera una ilusión de Rebecca, hacía que todo fuese precario cuando él quería que fuera sólido y estable.

Por el bien de su hijo, no podía estar cerca de Rebecca hasta que pudiera controlarse. El amor había sido la fuerza desestabilizadora de toda su vida. No permitiría que ella lo amase y lo arruinase todo. No se permitiría amarla y poner en peligro la estabilidad y la seguridad de su hijo.

Porque eso era lo que hacía el amor. Estaba seguro de ello, lo había vivido. Lo único importante era a quién quería y a quién perdía su padre. Nada más importaba. El amor lo convertía todo en arenas movedizas.

Pero el espectro de los Murphy, su vida acogedora y cálida, lo acechaba, desbaratando toda su experiencia vital.

¿Podría hacer que el amor fuese menos amenazante? ¿Podría ser bueno con Rebecca?

La extrañaba profundamente. Despertaba buscándola a ciegas. Más de una vez se había llevado el teléfono a la oreja para pedirle a

su ayudante que preparase el avión… solo para colgar justo a tiempo.

Podía volver a la isla. Podía exigirle que dejase de decir que lo amaba. Podía exigírselo. Podía…

La puerta de su despacho se abrió en ese momento, sin llamar, y la única persona capaz de hacerlo era su padre.

–Padre –lo saludó sorprendido.

Y tal vez un poco aliviado de que su repentina aparición le hubiera impedido cometer un error.

Atlas se acomodó en una silla y lo miró con una expresión severa que Theo no reconoció.

–Ha habido quejas, hijo.

«Hijo».

Theo hizo una mueca.

–¿No deberías estar en casa descansando? –le preguntó, en lugar de responder a tan extraño comentario.

–Los médicos me han dado el visto bueno para que vuelva al trabajo y creo que a Ariana le gustaría que me preocupase de otra cosa durante un rato.

–¿Preocuparte?

Atlas suspiró.

–No queríamos decir nada del embarazo durante tu boda, pero…

Theo tragó saliva. De modo que Rebecca tenía razón: Ariana estaba embarazada.

Su padre estaba más serio que nunca. Nada de bromas, nada de su jovialidad habitual.

–Supongo que esto te parecerá algo absurdo. Tener un hijo a mis años…

Su padre y él tendrían un hijo de la misma edad. ¿A quién no le inquietaría eso?

–Es asunto tuyo, padre.

–Si te molesta, te pido disculpas. De verdad, Theo. Te pido disculpas por todo lo que he hecho mal. Me he esforzado por corregir mis errores después del infarto, pero tú eres el error que nunca he sabido rectificar. Podría aliviar mi conciencia sobre la avaricia, pero las personas a las que he hecho daño…

–No me hiciste ningún daño, padre. No hay necesidad de dramatizar.

–No me entiendes, hijo. Crees que este cambio es algo temporal, basado en el miedo, pero no es así. Estaba tumbado en el suelo antes de que Ariana me encontrase y llamase a la ambulancia, pensando que me iba a morir, sabiendo que a nadie le importaría. Ariana estaba a punto de dejarme. Y tú… puede que te doliese un poco, pero no he sido tan buen padre como para que te doliese de verdad. Y era aterrador morir sabiendo que a nadie le importaría.

Theo se sentía incómodo. No quería oír eso. No quería explicaciones o conversaciones a corazón abierto. Daba igual. No quería profundizar en las complejidades de lo que sentía por su padre. Todo eso era confuso e inútil.

Inútil e irrelevante, como el amor.

–Cuando me dijeron que sobreviviría, con un cambio de dieta, ejercicio y demás, le dije a Ariana que sabía que iba a dejarme y que debía hacerlo.

Nunca había visto a Atlas tan vulnerable y Theo solo quería salir corriendo, pero su padre seguía hablando…

–Pero ella me dijo que debería dejar de esforzarme tanto por evitar el golpe antes de que llegase. Porque no tenía intención de dejarme.

Atlas miró a Theo y él tragó saliva.

Esas palabras fueron como una puñalada en el pecho, llevando una terrible comprensión. Cada paso que daba, cada decisión que tomaba no era más que eso: intentar detener el golpe antes de que llegase.

Theo intentó apartar de sí ese pensamiento, pero Atlas siguió hablando.

–Recuerdo lo descuidado que fui contigo, el muro que mantuve entre nosotros. No me daba cuenta entonces. Creo que es algo que solo puedes ver cuando miras atrás, cuando por fin te ves obligado a aceptar la muerte. Sabía que tú culparías a tu madre por marcharse porque yo me culpaba a mí mismo por no ser lo que ella necesitaba. Ahora, más viejo y más sabio, me doy cuenta de que por eso levanté ese muro, por miedo a no ser suficiente. Pero marcharse fue su

decisión. Eligió un título por encima del amor. Tenía muy poco que ver contigo o conmigo.

Theo nunca creyó que su madre ocupara un lugar especial en el corazón de Atlas. Se había casado tantas veces desde entonces. ¿Qué podría haberle importado ella?

Pero tal vez siendo más viejo y más sabio, y tras pensarlo detenidamente, se daba cuenta de que había levantado muros para escapar del dolor.

–Su decisión de dejarnos me cambió y no para bien. Aunque tampoco fue enteramente culpa suya… algo que estoy aprendiendo con ayuda. Estoy haciendo terapia, ¿sabes? Ahora me doy cuenta de que le pongo las cosas difíciles a las personas que me rodean, a cualquiera que pueda quererme o depender de mí. Es decir, a ti.

Theo no podía sostener la mirada de su padre. Que Atlas hablase de él con un terapeuta lo hacía sentir inquieto y vulnerable.

–La terapia fue idea de Ariana, claro –continuó Atlas–. Pero no la acepté hasta que me dijo que estaba embarazada porque no soporto la idea de volver a cometer los mismos errores. Sobre todo, con la edad que tengo. No me queda una vida entera para intentar compensarte a ti o a mi futuro hijo…

–No hay nada por lo que debas compensarme. Estamos bien.

–Bien –repitió Atlas, esbozando una sonrisa triste–. Agradezco que digas eso, Theo. Pero me gustaría estar más que bien. Estoy orgulloso del hombre en el que te has convertido. A pesar de mí, a pesar de tu madre y de algunas de las mujeres con las que me casé. Es evidente cuánto quieres a Rebecca y sé que eso te ayudará a ser mejor padre de lo que yo fui.

Atlas se levantó y rodeó el escritorio tras el que se encontraba Theo. Rompiendo la barrera tras la que se protegía para darle un abrazo.

–Deja de castigar a los que te rodean. Vuelve a la isla, vuelve con ella. No seas como yo, Theo. No pierdas años por miedo, alejándote del amor y aferrándote a sentimientos fugaces que parecen más seguros porque terminan. –Su padre lo apretó con fuerza antes de dar un paso atrás–. Hablaremos de nuevo cuando vuelvas de la isla.

Pero Theo no iba a hacerlo. No iba a hacerlo.

¡Ah, a quién quería engañar!

Los padres de Rebecca habían vuelto a Irlanda después de la boda, pero su madre regresó dos semanas después, cuando descubrió que Rebecca estaba teniendo contracciones falsas.

Había sido muy agradable tener a su madre allí, cuidándola, hablando sobre el bebé. Eligieron una habitación para el niño y empezaron a decorarla.

Si estuviera sola quizá no lo habría hecho. Quizá habría pensado que debía esperar a Theo. Quizá se habría hundido, como las dos primeras semanas. Pero no lloraría delante de su madre.

No podía controlar a Theo. No podía hacerle sentir como ella quería y eso le resultaba familiar. No había podido curar su cadera mágicamente. Había tenido que aceptar sus propias limitaciones y tendría que aceptar también las de Theo.

Y podía hacerlo sin endurecer su corazón, centrándose en prepararse para el nacimiento de su hijo. Y quizá una vez que fuesen una familia…

Quizá.

Así que no habló de Theo con su madre y Sharon no lo mencionó. Se limitaron a hablar del niño.

Hasta su última cita con la ginecóloga, cuando estaba de treinta y dos semanas. Rebecca no le dijo a su madre que había tenido dolor durante toda la mañana porque no quería preocuparla, pero la doctora le tomó las constantes vitales y la miró con gesto serio.

–Espera un momento –murmuró, consultando algo en su ordenador.

–Estás muy pálida –dijo su madre en voz baja.

–Mamá.

–Sé que te cuidas, cariño, pero eso no garantiza que todo salga bien. Necesitas a alguien que se preocupe por ti.

–Tengo a mi médico.

–Necesitas amor.

No pudieron seguir hablando porque la doctora la miraba con un gesto tan serio que se le encogió el corazón.

–¿Qué ocurre?

–Entre las contracciones falsas, la presión arterial y la hinchazón, creo que es mejor que vayamos a Atenas.

–¿Qué?

–No son contracciones falsas, es real. Tienes que ir al hospital, Rebecca. Es mejor no esperar. Mejor ir ahora que no es una emergencia.

–Muy bien, de acuerdo –dijo Rebecca.

–Llamaré al hospital para que preparen una habitación.

–Deberías llamar a Theo –murmuró Sharon apretando su mano.

Pero Rebecca no quería que fuese allí hasta que naciese el niño. No quería que estuviese rondando por el hospital sin nada que hacer.

–Prefiero no llamarlo.

Su madre torció el gesto.

–Rebecca…

Ella negó con la cabeza, decidida.

–No quiero visitas de compasión. Si nace el bebé, lo llamaremos. Si no, puede esperar.

Sharon suspiró.

–Muy bien, como quieras.

Capítulo 18

Theo le daba vueltas a las palabras de su padre. A la disculpa de su padre. No podía dejar de pensar en ello. Y, peor aún, en lo que lo había atormentado mientras la posibilidad de la muerte pasaba ante sus ojos.

Si él moría, ¿a alguien le importaría?

A Rebecca sí le importaría.

¿O el mes que llevaban separados la habría curado de su amor por él? ¿Lo habría destruido? ¿Había levantado un muro como su padre para evitar el dolor, arruinando cualquier posibilidad de encontrar la felicidad?

No quería ni pensarlo.

Pero él no se rendía nunca. Si lo había estropeado todo, lo arreglaría. Tomaría las medidas oportunas y ella…

Dios, Rebecca tenía razón. Todo lo que había dicho era verdad. Era la madre de su hijo, una mujer que decía amarlo, y mantener las distancias era una cobardía.

Pero, por su hijo, no podía ser cobarde. Por Rebecca. Tal vez incluso por sí mismo. El chico que había aprendido a ser cauteloso a la sombra de la desatención de su padre.

Iba a llamar a su ayudante para pedir que preparasen el avión cuando el sonido del móvil lo sobresaltó.

–Rebecca.

Tenías tantas cosas que decirle, pero solo pudo pronunciar su nombre.

–Theo, soy Sharon.

Sharon. Llamando desde el móvil de Rebecca. Se le encogió el corazón.

–¿Qué ha pasado?

–Estamos en el hospital. Rebecca ha tenido un parto prematuro. Han llevado a tu hijo a la UCIN, pero está bien…

«Tu hijo. UCIN». Theo había leído algo sobre bebés prematuros y…

–¿Está en Atenas?

–Si vienes al hospital, puede que te dejen verlo.

–¿Y Rebecca? ¿Está bien? Quiero verla. –Theo no sabía bien lo que decía–. No importa. Voy ahora mismo.

Tiró el teléfono a un lado, fuera de sí, y llamó a gritos a su ayudante. Cuando ella le preguntó qué hospital, Theo se dio cuenta de que no lo sabía.

Por suerte, Dmitra debió darse cuenta de lo asustado que estaba y se encargó de todo. Lo metió en un coche, con un conductor que parecía saber dónde iba, y poco después llegaban al hospital. Theo no oyó ni vio nada, no pensaba en nada salvo en encontrarla.

Entró en tromba en el hospital y se dirigió al primer mostrador.

–Dígame dónde está Rebecca Murphy.

La empleada lo miró enarcando una ceja.

–¿Disculpe?

–Rebecca Murphy. ¿Dónde está? ¿En qué habitación? No me haga destrozar este hospital para encontrarla.

Suspirando, con gesto aburrido, la empleada tecleó algo en su ordenador y luego negó con la cabeza.

–No tenemos a ninguna Rebecca Murphy. ¿Está seguro…?

Aunque Theo no estaba seguro de nada, necesitaba que estuviera allí. La necesitaba.

–No me mienta…

–Theo…

Él se dio la vuelta al escuchar esa voz con acento irlandés, casi creyendo que sería Rebecca. Pero era Sharon y se acercó a ella de una zancada.

–¿Dónde está?

La señora Murphy levantó la barbilla, en un gesto tan parecido al de su hija que casi le fallaron las rodillas.

–Te verá, pero debes tranquilizarte o no te llevaré a la habitación.

–Estoy tranquilo…

–Hijo, ni siquiera respiras.

Era ese «hijo», el acento. Rebecca tan cerca y tan lejos de él. Su hijo recién nacido. Todo chocando a la vez.

–Toma aire –dijo Sharon, poniéndole una mano en el hombro–. Luego exhala…

Theo siguió las instrucciones porque no sabía qué hacer. Todo se arremolinaba en su interior. Iba a perderlo todo. Todo. Porque ¿quién era él para tenerlo todo?

–Ambos están bien –dijo Sharon con su calma habitual mientras lo guiaba por un pasillo–. El niño tendrá que quedarse un tiempo en el hospital, pero el pronóstico es bueno.

Pronóstico. Un pronóstico significaba que había un problema que resolver.

Sharon se detuvo frente a una puerta.

–Rebecca no lo ha pasado bien. Tranquilízate o te sacaré yo misma a empujones.

–Sí, señora –dijo Theo con voz ronca, sintiéndose como un crío.

Rebecca estaba sentada en la cama, pálida. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Agotada, evidentemente. Pero lo miró a los ojos con gesto de desafío.

–El niño está en la UCIN. Tendrás que hablar con la enfermera antes de poder verlo.

Él niño. Su hijo. Ella. Ella.

–Rebecca.

Theo se acercó a la cama. No tenía palabras. No tenía nada. Rebecca había hecho aquello sin él.

Y se lo merecía.

–Rebecca –repitió–. Yo… deberías haberme llamado.

–No, Theo. Tú deberías haber estado en la isla, conmigo.

Sí. Debería haber estado allí. Nunca debería haberla dejado. Pero ¿cómo podía afrontar tanto amor, tanta necesidad? Todo lo que Rebecca despertaba en él era algo en lo que había aprendido a no confiar.

Salvo que confiaba en ella.

–Rebecca, por favor…

Ella negó con la cabeza, interrumpiéndolo. Afortunadamente, porque no sabía qué había estado a punto de decir.

–No necesito que cambies de opinión. No me quieres, Theo. Solo tienes miedo a perder la imagen de familia perfecta que crees que te protegerá del dolor. No lo hará…

En muchos sentidos, eso era lo mismo que había dicho su padre. ¿Sería tan receptivo si Atlas no hubiera estado en su despacho esa mañana?

¿O debería tomarlo como una señal de que era hora de curar y crecer, como estaba haciendo su padre?

Porque, por supuesto, la quería. Le daba pánico reconocer cuánto. Lo fácil que sería perderla, lo voluble que era todo. Cómo el amor había trastocado su vida más de lo que la había estabilizado.

Salvo cuando se trataba de ella.

Rebecca había irrumpido en su vida y la había trastocado, pero para mejorarla. Se sentía infeliz sin ella. La quería, la deseaba.

La amaba, pero ella creía que no era capaz de hacerlo, de modo que tendría que encontrar las palabras. De alguna manera. Tal vez dejándose llevar por el miedo a perderla.

–Me encanta verte por las mañanas, antes de que abras los ojos. Me encanta cómo tomas mi mano para ponerla sobre tu vientre y me miras a los ojos. Me encanta tu amor por los caballos y admiro el coraje que te llevó a seguir adelante después de que un accidente te arrebatara todos tus sueños.

Rebecca se quedó muy quieta, mirándolo con los ojos como platos. Pero él no podía detener el torrente de palabras.

–El valor que tuviste para ir a esa boda cuando te habían roto el corazón. Tu amor propio no es como el mío, no te aísla. Te ayuda a superar las dificultades.

–No, Theo, el amor me ha ayudado a superar las dificultades. El amor propio solo servía para… –Rebecca negó con la cabeza. Su rostro estaba nublado de dolor y Theo se daba cuenta de que no podía hacer nada para solucionarlo–. Supongo que me ayudaba a poner un pie delante del otro.

–También me encanta eso de ti. Lo he pasado mal, Rebecca. Quererte y no atreverme a… –Theo tragó saliva–. Te necesito,

Rebecca. No para tener una vida perfecta o una vida estable para nuestro hijo, sino por mí mismo. Aprendí desde muy joven a no necesitar a nadie. Es horrible necesitar a alguien y no tenerlo. Pero te quiero y te necesito. Por favor, Rebecca. No te alejes de mí. Yo no sé amar. No sé hacer otra cosa que lo correcto, pero eso es menos de lo que tú mereces. Menos de lo que merece nuestro hijo.

–Lo es, Theo.

Rebecca lo tocó por fin, solo un roce en la mejilla. Pero fue suficiente.

–Entonces, ¿por qué no intentar ser lo que merecemos?

La UCIN fue un recordatorio sorprendente de lo afortunada que era. Lo afortunados que eran los tres. Theo James necesitó muy poca intervención. Una maquinita para facilitarle la respiración y un tubo que le proporcionaba comida y vitaminas hasta que engordase un kilo más.

Había muchos otros recién nacidos conectados a máquinas, más pequeños incluso que TJ.

Se detuvieron a un lado de la pequeña cuna en la que dormía su hijo.

–Es demasiado pequeño –dijo Theo.

–Crecerá –replicó Rebecca, tanto para sí misma como para él.

Lo vio mirar la plaquita con su nombre en el exterior de la cuna.

Theodorou James Nikolaou.

–Rebecca…

Ella sonrió.

–Es lo correcto. No puedes enfadarte conmigo por hacer lo correcto.

Theo la miró fijamente. Tantas emociones se entremezclaban en su mirada…

–¿Cómo sabes que es lo correcto?

–Míralo, Theo. Mira ese mechón de pelo oscuro. Aunque sus ojos son azulados, como los de todos los recién nacidos, son de un azul muy profundo. Creo que pronto se volverán marrones. Es hijo tuyo.

–Nuestro.

–Sí, nuestro. Y lleva el nombre de dos hombres muy buenos. Ven, siéntate. Puedes sacarlo de la cuna, yo ya lo he hecho.

Como aún temblaba después del parto, y estaba conectada a una vía, la enfermera sacó a TJ de la cuna y se lo entregó a Theo. El niño pesaba poco menos de dos kilos, pero parecía aún más pequeño recostado sobre el ancho torso de su padre.

Theo cerró los ojos. La tensión de todo aquello se reflejaba en su rostro, pero ella lo observó mientras permanecía sentado, absorbiendo el ritmo constante de la respiración de su hijo contra la suya. Viendo cómo abarcaba el cuerpecillo de TJ con sus grandes manos, con una ternura que denotaba un amor profundo y duradero.

La clase de amor que ella entendía gracias a TJ. La clase de amor que le permitía perdonar. Porque ese podría ser su futuro. Padres. Amor. Familia.

Una lágrima resbaló por su mejilla. Tendría ese momento para siempre. Ese recuerdo. Padre e hijo, los dos hombres a los que quería tanto.

Theo abrió los ojos para mirar a su hijo y luego a ella.

–No sé lo que es el amor –dijo con voz ronca–, pero sé que eso es lo que siento dentro de mí. Esta abrumadora pérdida de control, y la calidez y la alegría que llenan ese vacío. Es aterrador y maravilloso… y os quiero a los dos. Siempre, siempre os querré.

Rebecca dejó que las lágrimas rodaron por su rostro mientras se inclinaba para besarlo en la mejilla.

–Siempre nos querremos.

Epílogo

Theo había mantenido en secreto el regalo de cumpleaños de TJ, incluso para Rebecca, ya que también era un regalo para ella.

Envió un mensaje a James diciéndole que estaban listos mientras observaba la pequeña fiesta en la playa. TJ y su tío, Atlas Juno, también conocido como AJ, gateaban sobre una manta mientras Rebecca y Ariana los vigilaban. Atlas y Sharon estaban a un lado, hablando de sus cosas.

Por un extraño giro del destino, Theo y Atlas estaban aprendiendo a ser buenos padres juntos y, al hacerlo, a reparar parte de lo que seguía roto entre ellos.

Theo decidió creer en esa esperanza, día tras día. Especialmente cuando Ariana le preguntó si podían mudarse a la isla. De ese modo, TJ siempre tendría a su tío como compañero de juegos y la familia impregnaría todo lo que hacían.

Los Murphy los visitaban a menudo y ellos habían llevado a TJ a Irlanda el mes anterior. Theo estaba seguro de que irían allí con más frecuencia cuando el niño fuese un poco mayor.

Fue James quien eligió el caballo y se encargó de transportarlo a la isla y mantenerlo oculto hasta la hora de la fiesta.

Cuando su suegro apareció, tirando de las riendas, Theo tomó a su hijo en brazos para que pudiese ver al caballo.

–Mira, aquí viene tu regalo.

Rebecca dejó escapar una exclamación de alegría.

–¡Theo!

–Es un regalo para los dos. Venga, lleva a nuestro hijo a dar un paseo a caballo.

Rebecca se apoyó en la rodilla de su padre para subir a la silla y luego Theo le entregó a TJ para que lo acomodase entre sus

piernas. El niño gritó de alegría cuando animó al poni a trotar.

Después de un corto paseo por la playa, sustituyó a TJ por AJ, que también parecía encantado. Los niños se llevaban de maravilla y Rebecca sabía que estaba justo donde debía estar.

Atlas charlaba con James mientras Ariana y Sharon jugaban con TJ sobre la arena y Rebecca sonreía, radiante, a lomos de su caballo.

Porque eran una familia. No eran perfectos. No eran correctos.

Y, de alguna manera, eran absolutamente perfectos. Absolutamente correctos.

Porque si había amor, todo era como debía ser.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Table of Contents

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Epílogo
Si te ha gustado este libro…